

TEXTOS
ESCOGIDOS



LEER
el CARIBE

**John Jairo
Junieles**



TEXTOS ESCOGIDOS



LEER
el CARIBE

JOHN JAIRO
JUNIELES



"Nací en un pueblo donde se juegan diez loterías al día. Bajo un árbol de almendras en la plaza central hay una rueda de la fortuna con colores brillantes, que hacen girar mientras alguien lanza dardos en busca del número ganador, mientras tanto, los jugadores cruzan los dedos y ruegan a los santos por su buena suerte".

John Jairo Junieles

TEXTOS ESCOGIDOS



LEER
el CARIBE

JOHN JAIRO
JUNIELES

Edición y selección de textos
AUGUSTO OTERO HERAZO

Fundadores del programa Leer el Caribe

Adolfo Meisel Roca
Alberto Abello Vives (q.e.p.d.)
Jorge García Usta (q.e.p.d.)

Organizan

Banco de la República de Colombia
Observatorio del Caribe Colombiano
Secretaría de Educación Distrital, Cartagena de Indias
Red de Educadores de Lengua Castellana

Apoyan

Universidad de Cartagena, Programa de Lingüística y Literatura
Instituto de Patrimonio y Cultura de Cartagena - IPCC
Corporación Cultural 4Gatos
Universidad del Norte
SUDEB

Agradecimientos

María Beatriz García (Área Cultural, Banco de la República)
Augusto Otero Herazo (Corporación Cultural 4Gatos)
Instituto de Patrimonio y Cultura de Cartagena - IPCC

John Jairo Junieles. Textos escogidos

Leer el Caribe

© 2019 John Jairo Junieles

© 2019 de esta edición:
Banco de la República de Colombia
Observatorio del Caribe Colombiano
Secretaría de Educación Distrital, Cartagena de Indias
Universidad del Norte
Red de Educadores de Lengua Castellana
Primera edición: Abril de 2019
ISBN 978-958-789-099-0 (impreso) | ISBN 978-958-789-100-3 (PDF)

Edición y selección de textos

Augusto Otero Herazo

Coordinación editorial

Zoila Sotomayor O.

Maquetación

Álvaro Carrillo Barraza | Munir Kharfan de los Reyes

Ilustraciones

Gabriel Acuña

Impresión

Imageprinting (Bogotá)

Esta obra está amparada por las normas que protegen los derechos de propiedad intelectual. No podrá ser reproducida, ni total ni parcialmente, sin previo permiso escrito. Todos los derechos reservados.

Impreso en Colombia

2019

*Como buen lector de cómics, historietas
y paquitos, quise ser Batman, Blue Demon,
Fantomas, Kalimán o El Fugitivo.
Pero en Cartagena solo se conseguían trajes de
Spiderman. Mi madre, cuando me veía salir
a la calle, empezaba a rezarle a San Judas
Tadeo, el patrono de las causas perdidas.*

CONTENIDO

LEER EL CARIBE EN EL 2019 JAIME BONET	15
ESCRIBIR ES COMO LA VIDA MISMA JOHN JAIRO JUNIELES	21
LA FE CON QUE REGRESO AL SUR Selección de poemas y cuentos breves	27
Vuelvo a tu nombre	29
El siempre abrazo	30
El siglo oscuro que va muriendo	31
Una vieja historia	32
La fe con que regreso al sur	33
No vengo de un planeta lejano	34
Lo que nadie sabe	35
Un ligero temblor	36
Hasta el final	37
No dejes los espejos boca arriba	38
La borra del café	39
Al salir de la oficina	40
Ella y la ciudad	41

El sueño de la patria	42
Algo nos ha sido confiado	43
Metafísica de la cocina	44
La criatura	45
El celador	46
El lugar de la batalla	47
El dulce sudor de los caballos	48
Si el mundo fuera plano	49
Los que oyen canciones en la oscuridad . .	50
Una flor crecida al descuido	51
Contra todas las puertas	52
Metafísica de los patios	53
Lugar común, el miedo	54
Los huesos mágicos	55
Aquí estuve y no fue un sueño	56
Ángel de la guarda, mi dulce compañía . . .	57
Levanta tu rostro contra el viento oscuro . .	58
En el jardín de los mártires olvidados	59
Como aire que se lleva el mundo	60
Muchacha de la avenida	61
Aquella música	62

Vengo de un barrio en las afueras.	66
Crónica de las ruinas.	64
Séneca, el cordobés	65
Un viejo poeta judío	66
El dios de los sueños	67
Como el pez que regresa.	68
Pasaba yo por los días	69
Vendrá la música.	70
Palabras de consuelo para John Cazale. . .	71
Barrio Blues	72
Todos los locos hablan solos	75

EL NARANJO Y OTROS CUENTOS	77
-----------------------------------	----

El naranjo.	78
El vaquero solitario	82
Una calle hasta ella.	88
Cómo paga el diablo a quien bien le sirve .	92
Fotos de cosas que ya no están	96
Sangre de amor perdido.	101
Los días contados	109
El día de la fuga.	114

Santa Nicole Kidman llena eres de gracia . . .	130
Una vida para mi madre	140
Serendipity	158
Epístola final de los Mártires	168
Donde no llegan los trenes	178

ALMENDROS CONTRA EL SOL (Fragmentos de novelas)	181
---	-----

Nadie juega dos veces en el mismo patio . . .	183
Almendros contra el sol	188
Donde Brando bendice a Santiago Barón antes de que el cronista viera la luz del mundo . .	200

EL SUELO BAJO TUS PIES Selección de crónicas	205
--	-----

Gabriel García Márquez: apuntes de memoria sobre el palabrero mayor	207
El suelo bajo tus pies	218

PALABRAS SIN FRONTERAS Comentarios sobre el autor y su obra	225
---	-----



LEER EL CARIBE EN EL 2019

JAIME BONET¹

En 2019, se cumplen diecisiete años de haber iniciado labores el programa *Leer el Caribe*. Son muchas las satisfacciones que dejan las labores adelantadas, pero, en esta ocasión, me gustaría destacar la mayor cobertura regional alcanzada, ya que el programa cubre actualmente todas las capitales de los departamentos del Caribe continental. Durante los primeros años, las actividades se concentraron en Cartagena y, poco a poco, fue involucrando a las otras ciudades hasta llegar a tener una presencia regional. Esta ampliación de cobertura regional ha permitido incrementar los beneficiarios. Mientras que en 2003 las actividades de *Leer el Caribe* llegaban a 14 docentes y 965 estudiantes, en 2018 el programa trabajó con 39 docentes y 2436 estudiantes en Cartagena, por citar solo un ejemplo.

El escritor caribeño que nos acompaña en la edición 2019 es John Jairo Junieles Acosta, un novelista, poeta y periodista nacido en Sincé (Sucre), con una producción literaria que ha recibido varios reconocimientos, entre ellos, el Premio Nacional de Literatura Ciudad de Bogotá en 2002 y su inclusión entre los 39 escritores menores de 39 con mayor proyección en América Latina del proyecto Bogotá39 en 2007. Con Junieles Acosta se extiende la cobertura geográfica de los escritores de *Leer el Caribe*, ya que se selecciona por primera vez a un au-

¹ Gerente del Banco de la República, Sucursal Cartagena.

tor su sueño en el programa. La calidad de la obra de Junieles Acosta permite vaticinar que tendremos un año muy exitoso en 2019. Mil gracias por aceptar nuestra invitación.

Junieles Acosta, abogado de la Universidad de Cartagena con un máster en Gobierno y Políticas Públicas de la Universidad Externado de Colombia y la Universidad de Columbia de los Estados Unidos, ha ejercido como periodista en varios periódicos y revistas regionales, nacionales y extranjeras. Durante siete años ejerció como periodista de la Oficina de Prensa del Festival Internacional de Cine de Cartagena (Ficci). Además, ha coordinado cursos de escritura creativa y ha sido profesor de Géneros Periodísticos y de Introducción a la Literatura Latinoamericana. Fue coordinador de la agenda cultural de Cartagena para el IV Congreso Internacional de la Lengua Española en 2007. Entre 2008 y 2010, ejerció como director de Comunicaciones y Relaciones Públicas de la Universidad de Cartagena. En 2011, participó como asesor editorial y director de contenido en la Colección Voces del Fuego: Testigos del Bicentenario, compuesta por 65 libros editados por Ediciones Pluma.

La obra de Junieles Acosta incluye poesía: *Papeles para iniciar el fuego* (1993), *Temeré por mí al final de estas líneas* (1995), *Canciones de un barrio en la frontera* (2002) y *Metafísica de los patios* (2008); cuento: *Con la luz que me queda basta* (1995), *El temblor del kamikaze* (2003), *El amor también es una ciencia* (2009), *Todos los locos hablan solos* (2011) y *Fotos de las cosas que ya no están* (2015); y novela: *Hombres solos en la cola del cine* (2002) y *Viajero con pasaje a tierra extraña* (2005). Una selección de su producción se encuentra contenida en este libro, por lo que se convertirá en un material de lectura excelente para el programa *Leer el Caribe*.

A la hora de agradecer es fundamental expresar un reconocimiento a las distintas instituciones que apoyan este programa: el Banco de la República y, en especial, las sucursales y agencias culturales de Barranquilla, Cartagena, Montería, Riohacha, Santa Marta, Sincelejo, San Andrés y Valledupar, la Corporación Cultural 4Gatos, el Observatorio del Caribe Colombiano, la Universidad de Cartagena, la Secretaría de Educación Distrital de Cartagena, la Red de Educadores de Literatura y Español del Distrito de Cartagena y el Instituto de Patrimonio y Cultura de Cartagena (IPCC). Este año también contamos con el apoyo de la Universidad del Norte, que prestó un gran apoyo en la edición, diagramación e impresión de este libro. A todas estas entidades van los más sinceros agradecimientos.



**ESCRIBIR ES COMO
LA VIDA MISMA**

PRESENTACIÓN

ESCRIBIR ES COMO LA VIDA MISMA

JOHN JAIRO JUNIELES

Hasta los siete años pensé que mi verdadero nombre era Bájate de Ahí. Así de travieso me dicen que era. Tenía la costumbre de gritar por la ventana para asustar a la gente que pasaba por la calle, luego empecé a tirarles cosas, y al poco tiempo me tiré yo por la ventana.

Como buen lector de cómics, historietas y paquitos, quise ser Batman, Blue Demon, Fantomas, Kalimán o El Fugitivo. Pero en Cartagena solo se conseguían trajes de Spiderman. Mi madre, cuando me veía salir a la calle, empezaba a rezarle a San Judas Tadeo, el patrono de las causas perdidas. Nadie apostaba nada bueno por mí y sobraban razones para esperar un desastre. Yo solo espero no haberlos decepcionado.

Me acuerdo que en Cartagena, cuando el mar se sale de madre, las olas saltan los espolones de piedra, llenando de algas, piedras y cangrejos la avenida (también lleva botellas, latas, bolsas, y todas las porquerías que la gente tira al mar mientras disfruta de él), a eso le llaman mar de leva. Recuerdo que durante el bachillerato yo me hacía mucho eso: echarme la Leva; así llaman allá cuando sales de casa, pero no llegas al colegio, también si te escapas de allí valiéndote de un profesor miope, o una paredilla muy baja. Entonces uno se iba a un lugar mejor.

Estar con los amigos del barrio parecía una condición para seguir vivos, por eso me identifiqué mucho con ellos, así que andábamos juntos de arriba para abajo. Me llamaban Vasito de Leche, porque eran negros, y yo era el más blanco de todos. Algunos de ellos se iban a dar vueltas en centros comerciales y tiendas de discos. Yo casi siempre terminaba en cine, en los antiguos teatros de Cartagena: Calamary, Bucanero, Cartagena, Colón, Padilla o Rialto.

Cada vez que paso frente a esos teatros y veo sus puertas condenadas, me siento como un fantasma rondando su tumba, y adentro, todas esas horas doradas enterradas para siempre. Tal vez por eso me puse a escribir, para evitar que algunas cosas se olviden para siempre, quizá para recuperar la memoria de alguna gente que no merece el olvido y dejar constancia de mi curiosidad por el mundo.

Si de verdad los fantasmas regresan para recoger sus pasos, cuando muera yo me pasaré la eternidad en los pasillos de algunas bibliotecas de Cartagena y Bogotá, donde he pasado muchos años leyendo y escribiendo. Antes que escritor soy un lector, nunca salgo de casa sin un libro en las manos, lo cual me permite aprovechar el tiempo leyendo sobre gente que no conozco, que viven cosas que hacen más entretenido el mundo, y terminan inspirando a cualquiera. Además, creo que detrás de cada libro hay dos seres que no se están disparando: alguien que escribe y alguien que lee, y eso, en un país como Colombia, es demasiado importante.

La literatura, hoy y siempre, no hace ni más felices, ni más buenos, ni más malos, a los lectores. Eso sí: los hace más conscientes de lo que son, los vuelve más rebeldes contra su propia condición, más conocedores de lo que tienen que hacer para lograr sus sueños. Porque los seres humanos te-

nemos un arma maravillosa para sobrevivir a nuestros dolores y frustraciones, para enfrentar los reveses y los golpes continuos que nos da la vida, esa arma es la imaginación, gracias a ella podemos aceptar lo que somos, también soñar y trabajar por ser diferentes, y tal vez mejores de lo que somos, en una suerte de lucha que comienza cada mañana frente al espejo y solo muere al final de nuestros días cuando hacemos el chequeo de los sueños y corroboramos la certeza de su cumplimiento o todo lo contrario: el baúl abandonado de ese que quisimos ser.

Cada escritor tiene sus obsesiones, su particular manera de sentir y vivir el mundo. Nadie escribe lo que quiere, sino lo que puede; es decir, a veces se empieza a escribir una historia, y otra historia diferente a la planeada va saliendo, no importa, hay que recibirla con gratitud. En realidad, se escribe con una sola tecla, la más importante: *Delete* (la de borrar). No es con las palabras, sino con los silencios que damos forma a lo impronunciable. La verdadera escuela está en leer y rayar, leer y rayar.

También pienso que debe ser aburridísimo ser escritor todo el tiempo, porque muchas veces es mejor olvidarse de uno mismo, y de esa manera perderse en las historias que cuentan los otros; aunque la soledad también tiene su gracia, por eso a veces pienso, no sé la razón, que hubiera querido ser también un guardia de faro, celador nocturno de una iglesia, chófer de bus en el desierto de La Guajira, o un experto domador de caballos en las sabanas. Mis otros ritos sagrados son bailar hasta que me caiga, ver béisbol o peleas de box en la tele, y hablar con los amigos en las esquinas del barrio. Y por encima de mis ritos sagrados creo conservar el hábito de mis siete años: la costumbre purificadora de seguir siendo el que se tira por la ventana cada mañana.

En otra oportunidad buscaré mis propias palabras, pero hoy quiero compartir las del maestro Juan Carlos Onetti, esas que siempre se encienden en mi memoria, como velas en lo oscuro:

“Hay sólo un camino. El que hubo siempre. Que el creador de verdad tenga la fuerza de vivir solitario y mire dentro suyo. Que comprenda que no tenemos huellas para seguir, que el camino habrá de hacérselo cada uno, tenaz y alegremente, cortando la sombra del monte y los arbustos enanos”.





LA FE CON QUE REGRESO AL SUR
(SELECCIÓN DE POEMAS Y CUENTOS BREVES)

VUELVO A TU NOMBRE

Con la confianza que dan los años
de vivir nombrándolo,
vuelvo con la certeza de no encontrar
nombrado en él todo lo que eres.

Vuelvo como el más personal
de los regresos.

Vuelvo a tu nombre,
el que me salva, a mí,
que no quiero salvarme.

(1993)

EL SIEMPRE ABRAZO

Hasta mi soledad llegan los amigos
ellos saben dónde buscarme y encontrar.
Aunque no conocen con certeza lo que soy
lo presienten —dicen—
no espero que puedan entender
por qué inútilmente debo ser John,
por qué tomo a veces el teléfono, me llamo
y no me respondo.
¿Por qué pierdo tiempo enseñando lo que no
se puede: que una palabra es la distancia?
A ellos me une algo más que unas cervezas
y una pila de libros mal leídos.
Pero la soledad estaba antes que ellos,
nunca se ha marchado y me reclama,
no es que la ame más, pero sí por más tiempo.
Los amigos, les digo adiós,
y enseguida lamento haberlo dicho.
(1993)

EL SIGLO OSCURO QUE VA MURIENDO

El siglo oscuro que va muriendo me ha dejado
lo que sé desde siempre ya fue mío.

Me abandonó por siempre a una tarde que todavía vivo
y sigo llorando. Me heredó el fantasma de un abuelo
que vivo haría menos daño.

Sus días me han confiado el secreto amor por una mujer y
celebrar el goce de poder verla.

De las noches he sacado una azul simpatía de gato,
café y lectura fácil.

Cuántos días me habrá de traer este siglo oscuro
que voy sorteando y que tendré el coraje alegre.

(1993)

UNA VIEJA HISTORIA

Esta es una vieja historia.
Mi primer hermano no llegó a nacer
y fue enterrado en el patio,
que es hoy un lugar sagrado.
Luego nació yo.

Mis padres me llamaron como a él,
condenado a saber que cada gesto
y acto mío es inferior a él,
quien hubiera sido capaz de volar,
mientras yo ocupo el espacio suyo,
el aire de sus palabras,
todo eso que me queda grande.

Ya no hay ruidos en el patio,
las gallinas son frutos extraños
en las ramas,
la tarde abre sus venas en el horizonte,
y me trae cosas de otro tiempo.

¿Cuántas lunas para llegar a mí,
si cuando miro atrás creo que
no son mías las huellas que he dejado?
Hay alguien morándome, yo sé,
somos dos sombras bajo una estrella
que no es la suya.

(1993)

LA FE CON QUE REGRESO AL SUR

A pesar de este tiempo incierto
y esta distancia irreal que nos separa.

Más allá de ti misma,
más allá de mí mismo,
habrá todavía un tiempo de calles
y parrandas hasta la mañana.

Días mejores vendrán,
como naranjas dulces
en mitad del yermo,
y seré feliz (trataré al menos)
de regreso al sur, a la noche,
de donde vengo y a donde vuelvo.

(1993)

NO VENGO DE UN PLANETA LEJANO

No llegué del espacio sideral sino de una vieja casa
con parientes.
El mar no fue un asombro si no un paraje diario.
Domingos con nalgas y toallas luminosas.
Nativos en busca de dinero con sonrisas aprendidas
del verano anterior.
Y sé que no vengo de un planeta lejano, sino del baño,
de una revista prohibida donde mujeres solitarias,
desnudas e inalcanzables me sonrén.
Desde hace muchos años hay un niño que solo veo yo
y me atormenta porque quiere juzgar mi vida.
Es un espíritu que aparece de vez en cuando,
me maltrata y pocas veces aplaude lo que hago.
He vivido con eso durante toda la vida,
esas cosas no desaparecen de pronto,
como el que abre una camisa en el patio
y espera que la luna borre las manchas.
Me acuerdo de estar acostado en el techo de una casa,
mirando las estrellas,
no sé por qué no he vuelto a hacerlo,
las estrellas siguen ahí, ¿pero yo?

(1995)

LO QUE NADIE SABE

Mi madre aseguraba que una taza de ruibarbo podía curarlo todo, hasta los males del amor.

Mi padre pensaba que un poco de dinero era mejor que el ruibarbo y el amor (además, podía comprar mucho más que eso).

Cuando yo tenía fiebre o estaba triste ella me daba ruibarbo. Mi padre me dejaba algunas monedas.

Cuando ella murió él se metió en su cuarto, apagó la luz y sentí que lloraba bajito. Jamás lo había visto hacer esas cosas y el aire empezó a faltarme. Toqué la puerta y cuando me abrió dejé en su mano una moneda.

(1995)

UN LIGERO TEMBLOR

Él no participó en el desastre aéreo de Bengala,
no puso los explosivos bajo el asiento de la rubia,
en realidad nunca aprendió a disparar y con el cuchillo
tampoco ha descollado.

No es una estrella del deporte,
nadie se ha interesado en retratarlo desnudo,
no fue el mejor o el peor de la clase,
tampoco el más gracioso o llorón.

No caminó al mediodía para salvar las ballenas.
Quizá por eso no comprende por qué sus manos
han crecido y ahora están llenas de plumas.

(1995)

HASTA EL FINAL

La vida es una mujer con sus dos manos para hacer lo que haga falta.

Un marcado aire de familia me une con esta modista que llevatreineta años frente a una máquina de coser Singer, que escucha radionovelas, y que aún conserva en un armario los tres ombligos de sus hijos.

¿De qué madera está hecha esta canoa que lleva medio río sin quejas, y piensa que todo mal lleva al bien amarrado en la cola?

¿Cuántas muertes me faltan a mí para parecerme a ella?, para decir como dice ella: “Si vives como si tuvieras fe, la fe te será otorgada”.

Años antes de que yo naciera madre colgó una estampa que aún pervive: Dos niños recogen flores a la orilla de un despeñadero y un Ángel de la Guarda conjura el peligro con su presencia.

Dime madre con tus ojos el secreto,
dime cómo se llega alegre hasta el final,
a pesar de los abismos,
dímelo a mí, que soy la única pluma sucia de tus alas.

(2002)

NO DEJES LOS ESPEJOS BOCA ARRIBA

Vengo de una casa con techo de dos aguas y cuartos de tierra pisada, alumbrada en las noches por velas y lámparas de petróleo.

Vengo de un patio donde siempre huele a azahar de la India,
a orín de caballos, se pasean tortugas enormes entre matas y piedras,
y buscamos nidos de alacranes para orinar sobre ellos.

Vengo de un cuarto,
de un rincón,
de un baúl sobre el que reposa siempre el almanaque Bristol.
Vengo de una hamaca donde el abuelo me da su primer consejo:
No dejes los espejos boca arriba,
Nunca sabes lo que puede salir de ellos.
(2002)

LA BORRA DEL CAFÉ

Cuando toma café, mamá parece mirar a través de las paredes
del apartamento y cruzar la ciudad y los campos hasta su tierra.

Es como si en la mudanza hubiese olvidado algo allá
y no pudiera recordar de qué se trata.

Cuando acaba su café, mamá mira en silencio el fondo
de la taza,
es como si en los oscuros restos pudiera encontrar,
tal vez, alguna respuesta.

(2002)

AL SALIR DE LA OFICINA

Cuando parece que ya nada queda en pie,
uno sale de la oficina,
y va con su cuchara al mediodía,
guardando distancia suficiente
para que no salpique la sangre de la duda.

Y uno va por la calle preguntándose cómo
decir lo invisible, lo que el pensamiento
no puede pensar: el hábito de las nubes
de repetir el universo, las señales secretas
que los romanos buscaron en el vientre
de las aves.

A ninguna conclusión llegamos,
seguimos caminando,
nos cosemos las alas en la espalda,
y vamos a los altares donde el mundo
promete sus panes, mientras olvidamos
—menos mal— que el tiempo
labra la impaciente materia
de lo que somos.

(2007)

ELLA Y LA CIUDAD

Para Irina Junieles

No hay lugar en esta ciudad
para un corazón como el de ella.

A través de las calles, de los hombres
ella ha andado,
como Alicia a través de los espejos
trayendo noticias de otra parte.

Dobla las esquinas y aparece
como desembarcando de una foto antigua,
con su sonrisa creciendo en la pereza
de la tarde.

Entonces se abren los jardines de la noche
y vuelve a casa.
En las ventanas de los autobuses
sus ojos como clavos en la pared
sosteniendo el paisaje.

No hay un lugar en esta ciudad
para un corazón como el de ella.
Su corazón de yerba entre las grietas,
mientras arriba sigue brillando la luna errante.

(2007)

EL SUEÑO DE LA PATRIA

Somos esta historia nuestra,
esta invisible frontera,
esta distancia que viene,
esa bala con nombre.

Los parques y los cafés,
y las esquinas también,
donde olvidamos ser Caín y
celebramos mujeres y goles.

Entre gritos soñamos
el sueño de la patria,
como las capas de la tierra
que tardan en hallar su justo acomodo.

Patria de duna y viento,
de sílaba y condena,
donde imaginamos que ya no somos:
esta rabia, este hueco y temblor,
esta alma de rodillas sangradas.

Y soñar el sueño de la patria,
con la fidelidad de quien acompaña
con su mirada la vuelta a casa de un viejo amigo,
como si suerte fuera también la nuestra.

(2007)

ALGO NOS HA SIDO CONFIADO

El primo Andrés les temía a los armarios,
pensaba que los malos sueños
salían de los armarios mal cerrados.

Andrés tampoco podía dormir
si antes no desataba los nudos de sus zapatos.

Hace mucho Andrés vive con eso,
sigue noche a noche soltando los cordones de sus
zapatos y cerrando armarios de casas y hoteles de
paso.

Andrés sigue pensando que un zapato atado
nunca puede descansar.

(2007)

METAFÍSICA DE LA COCINA

Dios tiene una falda de cayenas estampadas,
el cabello recogido con un peine,
y en su mano una cuchara, como la vara de Moisés,
para separar el turbio espejo de la sopa.

Ha llegado el hambre al altar del cuchillo,
al melodrama de las cebollas,
donde un fuego rencoroso
dicta su sentencia en el culo de las ollas.
Los comensales sueñan el ábaco de los frijoles,
los panes y su corazón de nube arrancada.
Budas profanos frotando sus barrigas,
como lámparas de genios:
el día y su apetito de panes y nalgas.

Los codos en su mantel,
el oro reposado de las frutas,
la plata mojada de los peces,
los huevos de las aves prefigurando
la forma oculta del universo.

El ayuno de la tribu ha terminado,
el exilio de los incisivos,
y se impone el imperio de la saliva,
la barbarie de los dedos como pezones.

Los relojes siguen midiendo el ajo y su estatura,
en este santuario donde la grasa será
un epitafio en el dorso de las manos.

Comemos y reímos entre ángeles,
con el alma al borde de ese plato,
olvidando que el tiempo y el azar
también nos devoran.

(2007)

LA CRIATURA

Sobre las aguas del lago una extraña criatura flota.
Cuando me acerco en mi barcaza me observa con
estupor,

Tiene ojos rosados y manos con solo dos dedos.

Me pregunta quién soy.

—Un hombre —digo.

—Vaya —dice—: Un hombre.

Y continúa flotando como si yo no existiera.

—¿Y tú quién eres? —pregunto a mi vez, un poco
molesto por su displicencia.

Y la criatura, después de echar sendos chorros de
agua por sus ojos, me dice:

—Soy un hombre.

Entonces entramos en una larga discusión.

(2007)



EL CELADOR

El celador dormita con la radio pegada al oído. El locutor está hablando sobre el bolero y cada cierto tiempo hace preguntas sobre el tema. El celador se las sabe todas pero no puede moverse de su puesto y llamar por teléfono, los supervisores pueden llegar en cualquier momento y no quiere ganarse una sanción por un premio tan exiguo como los que ofrece el locutor.

Es una emisora pobre, los patrocinadores no dan gran cosa pero la música es buena. Él tiene doce años de trabajar como celador y tres cuidando la fachada de aquella empresa. Todo el día pasa durmiendo y a las ocho vuelve a trabajar.

Las noches serían insoportables sino fuera por la radio, con ella el tiempo se desvanece en forma de música. A las ocho de la mañana entrega el turno.

(2007)

EL LUGAR DE LA BATALLA

Bisontes perezosos en la estepa. Agazapados contra el viento, empuñando hachas y lanzas, un grupo de cazadores se acerca lentamente, sorteando cimas y hondonadas.

De pronto, más allá de los bisontes, descubren en colinas cercanas las puntas de otras lanzas cercando el cielo de la tarde. El honor parece una promesa en el altar de ese día que no tendrá fecha ni nombre.

Separas las páginas y cierras las tapas del libro, como quien sierra una puerta. La ventana, ese otro altar, y Cartagena como un barco encallado en tu vigilia. El viento es el balido de un carnero sacrificado a oscuros dioses.

No lo sabes, y nunca lo sabrás, pero esta noche mientras duermes serás el lugar de la batalla que has leído, y alguien se arrastrará herido por la tierra, y rogará a sus dioses porque todo sea un sueño del que pronto despertará.

(2007)

EL DULCE SUDOR DE LOS CABALLOS

Tengo un caballo en mi corazón,
yo no quisiera,
pero así son las cosas, nada puedo hacer.
Él corre montes y hondonadas hasta mis ojos,
cuando se dispone a saltar fuera jalo la brida
y lo regreso al corral.

Entonces se encabrita, pero luego se calma,
Recuesta su cabeza en mis costillas,
siento su saliva gruesa,
oigo su sollozo de marea.

Tengo un caballo en mi corazón.
Una parte de mí quiere que salga,
que corra por colinas azules.
Pero la última vez la yerba se hizo amarga
y no quiero que pase otra vez por eso.

Cuando camino por la ciudad,
siento adentro que se para en sus dos patas y relincha.
Es su manera de pedir que lo deje libre.
Entonces acaricio su cabeza
y busco entrarlo en razón:
“Llorar por lo perdido es volver a perder.
¿Ya olvidaste la última vez?
Ella era dulce como el rocío antes del sol,
después solo había piedras en la planicie,
y tú delirando solo en tu estampida”.
Tengo un caballo en mi corazón, yo no quisiera,
pero así son las cosas, nada puedo hacer.

(2002)

SI EL MUNDO FUERA PLANO

La yerba de los montes invade los patios traseros
de las casas,
la cocina de las madres condimenta el aire del barrio.
Los perros vagabundos rondan por los alrededores.
Se ven más bicicletas que autos por estas calles.
Nadie que no viva aquí se acerca a este barrio tan lejos.

Si el mundo fuera plano se podría ver el centro
y las altas torres de sus edificios.
Mientras tanto, nosotros elevamos barriletes,
les atamos en la cola papelitos donde escribimos
nuestros deseos
y luego los soltamos para que el viento se los lleve.
(2002)

LOS QUE OYEN CANCIONES EN LA OSCURIDAD

Tú y yo sabemos que el amor gasta sus llantas pero hay que rodar y sentir el viento. Sabemos también que nuestro corazón es una espada, y no una cuchara, que un día cualquiera juntos oiremos amanecer el día en animales lejanos.

No estamos tan lejos como crees: Solo un gesto y pocas palabras. Niña blanda y dulce como un mango maduro al mediodía, como el sudor de los caballos, como la canción de un pájaro invisible.

Te lo digo con la voz de un cuervo criado con miel que escoge palabras de algodón para hablarte: Soy la señal de detente en el camino que llevas, soy la música que te hace bailar desde pequeña.

No viví en un armario antes de tu llegada, pasé veinte años en calles, bares y bibliotecas del mundo, para terminar tomando café en la cocina de mi madre, mirándola en su verdad, libre de una extraña forma: como si supiera algo distinto a todos nosotros.

Porque pensar que existes en algún lugar me ayuda seguir. Porque sé que en tu pecho sabes que los mejores besos son los que llegarán. Aquellos que guardo solo para ti, ese sueño que nunca olvido al despertar.

(2002)

UNA FLOR CRECIDA AL DESCUIDO

Kenya va y viene en el andén.
Parece que andara bajo una estrella propia pero
son efectos de un vestido plateado y estrecho que
favorece su culo en forma de corazón.

Cada vez que un auto aminora,
cruza palabras y se marcha dentro,
al rato vuelve y así toda la noche.

Kenya es bella, una flor crecida al descuido en la acera.
Tiene la piel melaza, los labios gruesos como la carne de
un
mango mordido, y su voz, una cuneta de agua lluvia
donde flotan barcos de papel periódico.

A veces, rumbo a casa, me la encuentro
y hablamos de muchas cosas: ella siempre me recuerda
el viejo sueño de tatuarme un caballo azul en el hombro,
y mi poco valor para hacerlo
(ella tiene un delfín bajo el ombligo).
Como una cenicienta del amanecer,
Kenya desaparece como un gato a quien el día persigue
con una escoba.

En casa Kenya tiene un hijo, música romántica,
y un álbum de fotos pegajosas.

(2002)

CONTRA TODAS LAS PUERTAS

Cuando los perros llegan a viejos
pierden el apetito
y luego se quedan ciegos.

Lucero cabecea perdida
como quien busca algo,
un plato de comida, un gato circulando
entre las cajas y matas de plátano.

Va de un lado a otro
como si escuchara voces
que la llaman de lados opuestos del patio.
Lucero choca contra la máquina de coser,
contra la pared, con el palo de escoba,
contra todas las puertas.

Aunque es una perra,
siempre ha levantado la pata para orinar,
ya no lo hace, orina en cuatro patas,
algo que para un perra, acostumbrada a hacerlo,
es una señal de que algo malo está pasando.
Al cabo del día, y tras una larga búsqueda,
Lucero termina en su lugar de siempre,
un oscuro y fresco rincón bajo el lavadero.

Esta perra vieja y ciega que pronto morirá
nos salvó por años con sus ladridos
de los ladrones que trepaban las paredes coronadas
por vidrios rotos.

Esta perra que nunca vio el mar
muere creyendo que el mundo entero es este patio,
y que no hay nada mejor que el rincón fresco del lavadero.
Me pregunto qué siente ahora que oye maullar los gatos.

(2002)

METAFÍSICA DE LOS PATIOS

En el patio, mi madre hace cortes en rosales y en pequeños árboles, y en ellos encaja otras ramas que luego sujeta con pedazos de tela.

El injerto que se hace en una planta termina por fundirse en ella, me dice: Ya verás, un día de estos te sorprendo con una rosa azul, o una guayaba con sabor a cereza.

Algo junta estas plantas y árboles contrarios, los convocan quizá las mismas ansias, coinciden fuerzas y flaquezas: la suerte de uno es el destino de otro (resulta difícil no pensar en John Donne).

Me digo, mirando a la jardinera, que, a pesar de las distancias, los hombres también somos almas contiguas.

Desde la raíz del tiempo nos injertamos unos en los otros. Nacemos y luego nos fundimos en los tajos del mundo. Nos agitan los mismos vientos, nos trepan las mismas hormigas del miedo.

Algunos —sin embargo— nunca dejamos de sentirnos los frutos caídos de un árbol que no crece bajo esta estrella.

(2007)

LUGAR COMÚN, EL MIEDO

Por miedo a los espantos, mi hermano y yo íbamos a orinar juntos a la cola del patio.

Los fantasmas se ven con los ojos de la nuca —decían los viejos—: “Y si hay azufre en el aire, es mejor salir corriendo, aunque se orinen los pantalones”.

De noche, la luna multiplicaba las sombras del patio. El viento sonaba en la hojarasca como una cadena que se arrastra (la respiración se volvía difícil, recuerdo).

Aquel tiempo ha pasado y la memoria guarda la dicha de compartir el miedo.

A veces, cuando se peina ante el espejo, mi hermano interrumpe, se voltea, y presiente que alguien se esconde tras las cortinas.

También lo acompaño, por encima del hombro, cuando toma sus alimentos, o por las noches, cuando lee sus libros de lejanas tierras: Marruecos, Tánger, Sudán, Mauretania...

Como ahora, que lee estas palabras que escribí en el margen de una página, y que ambos hemos leído.

Se vuelve, mira a través de mí, y descubro el miedo en su rostro. Pero ya no puedo decirle: “Tranquilo, solo estoy jugando”. Y empiezo a sentir miedo de mí mismo.

(2007)

LOS HUESOS MÁGICOS

En el peor verano que recordaban los más viejos, amaneció encallada en la orilla del mar una ballena en las playas del barrio Albornoz, una zona antigua de la ciudad, lejos de las murallas.

Los primeros que vieron a la ballena hicieron lo posible para que regresara al mar profundo, fue así como ataron al gran pez, con cuerdas jaladas por cinco burros y mulas, pero el proyecto resultó imposible, fue como intentar mover una montaña.

Entonces la bañaron con baldes de agua salada durante dos días, para mitigar los estragos del sol, a la espera de que la marea subiera por las noches y el animal se desplazara por sus propios medios. Pero a la mañana del tercer día ya estaba muerta, pobrecita, entonces el carnicero hizo lo suyo, y todo el barrio comió ballena durante un mes.

El esqueleto de la ballena duró muchos años enterrado en la playa, algunos niños se escondían entre los huesos cuando jugaban, y luego con el tiempo la ballena, hueso por hueso, se fue desapareciendo hasta no quedar restos de su naufragio.

Todavía en algunas casas del barrio Albornoz se encuentran huesos de aquella ballena, olvidados en los rincones, o sirviendo para mantener abiertas las puertas que intenta cerrar el viento.

Los viejos dicen que cuando se anuncia un temporal de lluvia y truenos, entierran los huesos de la ballena en la mitad de los patios, entonces la tormenta se acaba como por magia.

(2011)

AQUÍ ESTUVE Y NO FUE UN SUEÑO

Como arden las cenizas de los amantes en el silencio que
las sopla.

Tu nombre que me cerca y me libera.

Tus gestos imborrables, multiplicándose como los peces
y los panes de aquel evangelio.

Me encuentro en la multitud de tu mirada, me sostiene ese
viento que trae caballos hasta tu pelo.

En esta página, nos morimos los dos como algo que no
acaba de nacer todavía.

(2007)

ÁNGEL DE LA GUARDA, MI DULCE COMPAÑÍA

Con esta abundancia de escasez
un ángel de litografía colgado en la pared
—decorando nuestra miseria—
resulta suficiente para perdonar el olvido
de aquel Dios indescifrable.

Suspendido en lo que Alfonso Reyes llamó:
la región más transparente del aire,
se le fuga a la órbita de los sentidos,
pero sabemos que allí está, oficiando,
tan vivo que parece un pensamiento.

Mirada de perro bueno, fiel como un magüey
colgado tras las puerta, espantando malas horas
y desgracias.

Se adentra transparente en mi conciencia,
esa voz borrosa detrás de la oreja que me aleja
de los acantilados del mundo.

Irreal y evidente, ensimismado en su tarea,
su nervio vivo crece en la luz de esta tarde
en que siento que la esperanza huye de mi vida.
Entonces inicio aquella vieja plegaria.

(2007)

LEVANTA TU ROSTRO CONTRA EL VIENTO OSCURO

¿Por qué parece que fueras pateando el alma
mientras caminas?
Hasta las viejas se santiguan cuando te ven pasar.

No vives en la falda de un volcán,
y tu cara tampoco está
en el cartel de “Se busca vivo o muerto”.

La vida va sentada en el autobús extraño que llega
cuando has perdido la ruta de siempre.

Todavía quedan refugios que desconoces,
Y alguien te espera en esa ciudad (impronunciable)
bajo tu índice en el mapa.

Ahora, levanta tu rostro contra el viento oscuro,
sal de los jardines vallados.

Recuerda que existen lugares donde hay cosas
que despertaron hoy, pero mañana ya no estarán.
(2015)

EN EL JARDÍN DE LOS MÁRTIRES OLVIDADOS

Alguien me debe una patria.
Aquí las camisas de domingo también
sirven de mortaja,
no alcanzan las paredes para colgar
los santos que nuestro miedo demanda.

Aquí,
en el jardín de los mártires olvidados,
los perros muerden primero y luego ladran
y si alguien te pide un beso es para morder tus labios.

Alguien me debe una patria.
Me robaron la risa innumerable,
el fútbol bajo la lluvia,
las calles donde bailaba,
los besos profundos en la azotea,
donde llegaban las balas perdidas.

Alguien me debe una patria,
maldita sea, y no es mi madre.

(2015)

COMO AIRE QUE SE LLEVA EL MUNDO

(A la memoria de mi padre, Jesús Junieles)

A dónde tu pecho y las viejas palabras
hoy que los muros y el bronce publican tu nombre,
hoy que me dan ganas de tirarle piedras a Dios,
y casi puedo verte, mi viejo,
lejano y triste, como un santo sin milagros ni día de fiesta.
Cordero mudo ante el pastor que lo ha esquilado.

Que los vivos griten lo que los muertos callan,
padre (incomprensible rostro del amor),
te imagino en un lugar donde los caminos ya
no tienen orillas,
donde la hierba no se dobla cuando la pisas.

De allá vienes, alma de mi alma,
como aire que se lleva el mundo,
un fantasma atravesando paredes para llegar
hasta esta página: tú, para limpiarte las cenizas,
yo, para calmar mi pena.

Los años se llevan tanto de nosotros,
pero dejan la respuesta para todas las preguntas:
que nada importa, viejo, que todos somos inocentes,
que ya podemos dormir tranquilos.

(2015)

MUCHACHA DE LA AVENIDA

Apareces como un espejismo entre edificios
todas las mañanas camino a tu oficina,
por estas calles donde se cosechan pañuelos como flores,
donde el mundo parece morder a todos y contagiar su
rabia.

Vienes de otra parte, naranja recién caída,
como todos los de aquí, pero tú vienes de más cerca,
de lo profundo de un sueño,
y si está lloviendo, mucho mejor:
te vuelves un arco iris instantáneo.

Milagro de mi rutina,
beso en la distancia tus labios de fruta en movimiento,
vigilo tus párpados,
mientras espero el momento perfecto
en que nuestras vidasse encuentren.

(2015)

AQUELLA MÚSICA

Desde dos jaulas, distantes entre sí, dos pájaros cantan.
El canto de uno acompaña el canto del otro,
y en un momento del día, el canto de los dos se vuelve uno
solo.

Nunca se verán, ocultos como están entre paredes,
pero se conocen más que si hubieran compartido la misma
jaula toda la vida.

No quiero pensar en la mañana cuando alguno de los dos
falte.

El sobreviviente tendrá que seguir cantando,
mientras espera que regrese aquella música que la brisa
le traía desde alguna parte.

(2015)

VENGO DE UN BARRIO EN LAS AFUERAS

Las calles de este barrio son serias
como un ataque cardíaco.
Solares y descampados entre madera y matorrales,
un lugar donde pasa de todo y no pasa nada.

La risa de los muchachos anega futuras calles,
llantas comidas de caminos flotan en el barro,
la yerba crece entre sueños viejos de colchones
abandonados.
Vidas duras que sangran canciones del Joe Arroyo
mientras ven pasar los autos como estrellas fugaces
que no esperan los deseos.

Aquí todavía la esperanza es una mata de sábila
detrás de la puerta —si tienes puerta—.
La tarde huye de este tramo atroz de la carretera,
la noche emancipada ha echado encima su vino oscuro.

Algo hay en el aire y no es confianza.
Aquí termina la ciudad, lo que queda de ella,
y empieza a escribirse la página roja de los periódicos.
(2015)

CRÓNICA DE LAS RUINAS

La mano del arqueólogo araña el polvo (lo palpa, lo pesa, lo interroga). Se detendrá en las pinturas de una vasija y sabrá que en el reino de Benín se creía que cada sombra sirve de testigo el día del Juicio final, para juzgar a cada uno de nosotros.

En una colina, con evangelios, mapas y astillas de madera, volverá a levantar una cruz, y sentirá que no está solo, verá otra vez las golondrinas de aquella tarde, volando a ciegas con las espinas de una corona clavadas en los ojos.

Rasgará el sudario de arena que guarda esa ciudad en Nubia, de hace cinco mil años, tomará la medida exacta de sus muros (bajo ellos, otra aldea, que hacía culto al número cero, también espera ser descubierta).

Una tribu de huesos dispersos cantarán de nuevo invocando lluvias. En la tumba de un mariscal prusiano se encuentra una pieza musical de Pitágoras. Las profecías de Averroes, envueltas en piel de carnero, entre los cimientos de un centro comercial.

El manuscrito de las memorias de Shakespeare, escrito por la mujer que imaginó a un hombre llamado Shakespeare, está detrás de una pared en Wapping, viejo barrio marinero de Londres. Un cazador pintó con sangre la memoria de su jornada en las paredes de una cueva que llamarán Altamira.

El arqueólogo, encorvado sobre la tierra donde hubo un mar, espera que un día alguien descubra sus huellas, mientras el viento pasa como un Nostradamus errante, escribiendo en las dunas (como en la palma de una mano) el presagio de otro mundo que se acaba.

(2015)

SÉNECA, EL CORDOBÉS

El viejo animal vierte sus carnes en la lluvia que duerme en la alberca. Se siente desnudo, como la música, y cree que todo le sobra, hasta el aire del pecho. La oscuridad lo acompaña, y usurpa las formas que vienen a ser su rostro.

Otros tiempos no entenderán la servidumbre de este hombre a su destino, pero no hoy, pero no ahora, cuando las primeras sombras deshonran la mirada, y el mundo queda abolido.

(2011)

UN VIEJO POETA JUDÍO

El bibliotecario camina y tose entre los armarios. A veces su mano roza el lomo de mi libro. Solo el polvo se demora en las páginas.

Mis palabras buscaron imitar a Yahveh en su misterio. Amasé acertijos insondables: no son mías las líneas de mis manos. Fui como el amanuense de un ciego que hablaba dormido. Mis palabras, que quisieron ser como el hacha cayendo sobre el tronco. Con ellas busqué atraer las estrellas, separar las aguas, detener las nubes. Mis pobres palabras, que ya olvidaron el calor de la página abierta (un suspiro de muchacha enamorada).

En una línea hablo de un sonámbulo que camina sobre un río, de un pescador que cierra los ojos y el mar desaparece; en otra, un pájaro arma su nido en el viento, y una flecha sueña con un arquero ciego. ¿También hay un caballo pastando en alguna parte? (Ya no lo recuerdo).

Empiezo a ver el olvido como un amigo de siempre, y a desear que llegue la noche más larga. Pronto seré un fantasma.

(2011)

EL DIOS DE LOS SUEÑOS

Un hombre, trajeado con aseada pobreza, sale de una oficina, toma el autobús de vuelta a casa y encuentra en su asiento un libro olvidado. Llega a casa, se quita la camisa, y más con cansancio que con deseo sacia su hambre.

Luego abre sin ganas la primera página del libro y empieza a leer las líneas de una lengua que no es la suya, y que sin embargo comprende: No llores, no hagas duelo por mi muerte; hazte flautas y cítaras y arpas. Sobre mi tumba no derrames polvo sino odres de vino añejo y nuevo.

Lo lee y siente miedo de sí mismo, como un espantapájaros frente a un espejo. Sabe que son sus palabras; también sabe que su nombre no es el de la portada, Selomo Ibn Gabirol, de quien se da noticia como alguien nacido en Málaga, España, en 1021, gloria de las letras del Al-Ándalus.

Entonces su cobardía encuentra el coraje que necesita su esperanza. Abre la ventana y lanza con fuerza el libro hacia la calle. Luego se dirige nervioso hacia su cama. Cuanto más pronto duerma escaparé de este sueño terrible, piensa y cierra los ojos.

Amanece. Qué terrible sueño he tenido. Abre la ventana, busca lápiz y papel, y escribe lo único que recuerda: No llores, no hagas duelo por mi muerte; hazte flautas y cítaras y arpas. Sobre mi tumba no derrames polvo sino odres de vino añejo y nuevo.

Selomo Ibn Gabirol lee las líneas, suspira satisfecho, y da gracias al dios de los Sueños.

(2011)

COMO EL PEZ QUE REGRESA

Porque los pasos que dimos en las direcciones incorrectas
también nos salvaron,
en un mundo donde alguien como yo,
solo por nacer siglos más tarde,
se salva de morir quemado en la hoguera.

Como los peces que regresan al origen para poner huevos
y morir,
regreso con esta biología que me instala en las plazas,
en busca de una memoria que me cure,
donde haya canciones que hablen de muchachas de ojos
grandes.
Feliz como un fanático del fútbol que regresa a su estadio
después de largos años de ausencia.

Acepto que la fórmula no es sencilla,
porque uno ha sido presa del desencanto,
pero siempre alguien llega,
y abre de par en par las puertas de la fe,
entonces uno retoma el camino bajo la lluvia,
libre de profecías y de certidumbres,
hermano para siempre de la esperanza.

(2015)

PASABA YO POR LOS DÍAS

Pasaba yo por los días, amor,
cruzaba la vida urgente
como el viento llevando semillas
y también males a futuros enfermos.

Mi alma de acróbata reducida
a un autobús cruzando lugares
donde todavía se escucha la radio
con los ojos cerrados.

Todo pesaba, amor,
como si hubieran pasado siglos,
aunque para el resto solo fuera un instante,
un día más sobre la tierra de nuestros padres.

Y parece que todo se venía abajo, amor,
pero a mí, heredero de nada en particular,
también le llegó su hora para la buena suerte.

Ahora no me sale decir adiós, amor, no me sale,
respiro hondo, sigo adelante, basta recordarte
para perdonar al mundo.

(2015)



VENDRÁ LA MÚSICA

Vendrá la música, amor,
abriremos un hueco en el aire,
y nos crecerán las plumas.

La muerte se sentará en un rincón
a mirarnos y morderse los labios.

(2015)

PALABRAS DE CONSUELO PARA JOHN CAZALE

Qué diablos vas a hacer
con ese pan que tienes por alma,
muchacho.

Lo bueno de los golpes
(ay, los duros golpes, muchacho,
los del alma) es que por fin
descubres que no estás hecho de
porcelana.

Sigue tirando los dados, muchacho,
cuando el destino cierra una
puerta siempre abre una ventana:
lo que hace vivir y lo que hace morir
son plumas del mismo pájaro.

Habrá un después:
lo que vamos dejando atrás
es lo que nos hace ir hacia adelante.
Muchacho,
recuerda siempre que vivir
a cada quien le cuesta lo suyo.

(2015)

BARRIO BLUES

(Fragmento)

¡Anda,
ponte de pie y diles quién eres!,
que cada célula de ese cuerpo tuyo fue una estrella,
que llegaste con tu vida adentro y sin profecías
arrullado en la noche por un rumor de ángeles
descalzos y despeinados,
a este Barrio Blues donde se presume de saber bailar,
matar y también morir.

Hay algo muy *power* ahí en todo eso,
porque esto de la vida no viene de golpe,
sino como la respiración que no se piensa.
Saliste con tu sangre de lo oscuro,
con tu propensión al delirio,
a un mundo escrito por muchas voces
tentando con sus altares:
¿¡Ay madre, cómo se llama esto!?

Una mesa de patas cojas y un mantel de plástico
con frutas estampadas que huele a sopas viejas.
Ventanales para ver el mar entero y todos sus naufragios,
pocillos de café con flores astilladas,
tenedores torcidos de diablo pobre
y en la azotea una perra que cantaba ladrones.
Y casi puedes decir que estás en la nave del Enterprise,
que escribes tu bitácora del capitán, año tres mil catorce,
y tu misión es:
Explorar nuevos mundos, descubrir nuevas civilizaciones,
viajar temerariamente hasta donde nadie ha llegado jamás,
en un barrio que huele a mil demonios,
cosmos regido por las leyes de la carencia,

donde hay muertes juradas en las esquinas
y mantener la dignidad cuesta muy caro como para
no perderla.

Nadie pide permiso para escapar de casa
y buscar el cielo que haga falta.
La moneda está en el aire,
no sabes a dónde vas, pero vas,
no sabes qué esperas, pero esperas,
porque hay entre tu piel y los huesos una profundidad
que no se toca,
mientras corres arrebatado hacia los días felices,
como si fueras a vivir siempre, como si fueras a
vivir mañana.

Muy pronto,
descubres en el horizonte temporal que un día caerás
de bruces,
un montón de huesos que ni siquiera servirán para
un collar,
pero el mundo es ancho y por aquí se llega a todas partes,
y así te vas, con tu escafandra,
pisando el aire como un verdadero héroe.
Hundes tu nariz en el barro de la contienda,
pierdes poco a poco todas las plumas
(¡miren todos el aullido de mis extremidades!),
hasta que te vas con el amigo más desvalido,
el de la ceniza en la frente,
el que te hace reír hasta que duele la panza,
el que tiene binoculares para ver cómo se desvisten
las vecinas
que olvidan correr las cortinas en Barrio Blues,
también les da vino tinto a los gatos para ver si es verdad
que se ponen a volar a medianoche cuando están
borrachos.



“Si tienes mucho miedo (dice) puedes ponerte al revés el suéter y las medias para ahuyentar al Diablo”.

Nos queríamos mucho, casi todo el mundo necesita a alguien para seguir andando.

[...].

(2015)

TODOS LOS LOCOS HABLAN SOLOS

Y después salimos para volver a ver las estrellas...

Dante

El Infierno

Canto XXXIV

El hombre sale de la cueva vestido de harapos, con sus llagas envueltas en vendajes. No hay gente en las ventanas, no hay ventanas en los muros, tampoco hay muros. Las columnas en pie parecen cerillas quemadas. Altos bosques de humo forman nubes negras, como cosechas de moscas que se acercan oscureciendo el aire. En realidad no sabe si es de día o de noche.

Cierra los ojos cansados cuando pasa el viento alzando el polvo. Un viento que viene de allá, de ese abismo donde dicen que había un mar. Los árboles quemados parecen contemplar al hombre y compadecerse: las moscas de su pelo, la mirada de casa sola, los peces cansados de su sangre.

No hay nostalgia de unidad en estas ruinas que el hombre observa con la uña rota de su mirada. La memoria le da duro con su martillo, pero algo adentro no se rompe, algo que lo sostiene en mitad de la zozobra (el invierno también tiene sus hojas).

Entonces regresa a su oscura cueva, a levantar nuevos muros en el fondo de la tierra, a grabar en ellos las historias que todavía recuerda. Habla solo, consigo mismo, como dicen que hablan todos los locos. Las últimas líneas que dicta su corazón agonizante las leerá dentro de mil años alguien que vendrá de lejanas estrellas: algo nos borró a todos, pero no fue la muerte.

(2011)



Citrus X fratris

**EL NARANJO
Y OTROS CUENTOS**

EL NARANJO

El patio era largo como un callejón al cielo. Había muchos árboles de guayaba, mango y ciruela, pero sobre todos esos guerreros de extensas jornadas de sol y lluvias esquivas, destacaba un naranjo dulce, iluminado por una extraña luz como si el Sol anidara sobre él.

De noche me sentaba en un tronco a observar el árbol, su oscura incandescencia que parecía surgir de la tierra. Entonces tenía seis años y ahora no sé si las cosas fueron de ese modo o si la memoria se empeña en hacerlo así, o si alguien, detrás de la memoria, me dicta ese recuerdo para aferrarse a la vida.

El árbol tenía su historia: un niño que debió ser mi hermano mayor y llamarse con mi nombre nació con el cordón enredado en el cuello. Murió a las pocas horas. Murió sin haber visto jamás la claridad de un patio en donde los alambres se llenaban de ropa lavada por mujeres pequeñas e incansables. La ropa goteaba agua que la tierra sedienta devoraba en segundos. Su cuerpo menudo fue enterrado en ese patio, y sobre él plantaron el árbol.

El que pude ser yo yace en una tumba pequeña y poco profunda. Yo conocí la historia por boca del abuelo. No sé si por aquellos días capté toda la fascinación que el árbol había ejercido en mí desde siempre, o si la fui inventando con el tiempo para reparar esa herida con nombre propio. Porque quizá yo no sería Santiago, si Santiago estuviera aquí, y me pregunto quién habría sido yo, si no hubiera sido él.

En ocasiones, cuando la familia se queja de mí por algún incidente doméstico, creo percibir en sus palabras un reproche que va más allá de eso, como si mi vida ocultara otra, como si yo fuese un extraño, el aguafiestas. Mamá suele ser

más delicada y solemne. A veces siento que a través de mí le pide excusas al difunto por no haberlo traído sano y salvo a este mundo.

Entonces me encierro con un sentimiento hondo y vacío como un agujero en el agua, me pongo escéptico, me digo que esta vida no me pertenece, que no tengo que responder por ella, que él debería salir de su refugio bajo el árbol y hacerse cargo de los sueños de estos viejos.

Me gustaba jugar bajo el naranjo, aun antes de conocer la historia. No solo era la luz, ni las dulces naranjas que brotaban sin importar la estación, sino que había como una calidez, como una complicidad entre ambos. Él, Santiago, me hablaba desde abajo, me decía que era cómodo estar allí, que el cielo flotaba arriba como un globo de cumpleaños.

Yo despertaba sobresaltado, un niño temblando y con lágrimas. Desde su habitación, mamá me preguntaba: “¿Qué pasa, Santiago?”. Y yo contestaba: “Nada mamá, todo está bien”. Ella insistía: “¿Te sientes solo?”. Pero yo no contestaba porque sabía que ya no hablaba conmigo.

En casa no se conversaba sobre eso, tampoco habría sido necesario, estaba en la atmósfera, afectaba a todos de manera distinta. Yo me sentía como la piedra en los zapatos de los demás. No me gustaba llamarme así, quería un nombre propio y auténtico.

De alguna manera, él era más visible y vibrante, se le tenía más en cuenta. Yo no pasaba de ser un fantasma incómodo, un reemplazo, alguien que rompe el florero que adorna la sala, el que estaba en el baño justo cuando ellos lo necesitaban. Él, en cambio, no estorbaba. Su presencia era grata y apropiada como una sombra en el verano.

Cada día yo trataba de aparecer menos. Solo encerrado en mi habitación lograba cierto sosiego, aunque tampoco ese

cuarto con afiches de viejos músicos era del todo mío. Él estaba libre bajo el árbol, y dondequiera que nosotros estuviésemos yo seguía prisionero de su ausencia.

Con el abuelo nunca me sentí así. Él parecía entender mejor que nadie mis temores. Recuerdo una conversación mientras recorríamos el patio recogiendo frutas. Yo tendría seis o siete años, y él toda la edad del mundo. Su voz era grave y amistosa:

—Los árboles son los mejores amigos, Santiago, te dan sombra y te protegen de la lluvia. Te procuran alimento y no se enojan jamás. No son bravucones ni habladores, por eso duran tanto.

—Me gustan mucho los árboles.

—Eso he visto, y también que te gusta tomar la sombra bajo el único naranjo del patio. ¿Por qué?

—No lo sé, es fresco. Creo que es la luz. De noche es como una luciérnaga grande.

—De noche es mayor la oscuridad, Santiago, salir al patio y ver demasiado a esas horas no es bueno.

—¿Es malo tener miedo?

—No, hijo, después de los árboles, el miedo es el mejor amigo de un hombre, se necesita superar los miedos para saber quiénes somos realmente.

Yo creía tener muy claro lo que era ser un valiente o un cobarde. Ahora sé que estaba equivocado, que entre un valiente y un cobarde no hay mayores diferencias, y que no siempre las cosas son como uno piensa que deben ser.

Mi padre está leyendo el periódico. Mamá lava los platos y mi hermano menor juega a la guerra en la sala, con soldados y apaches de plástico. La casa es suave. No sé cuánto durará

este momento. No sé qué acto va a descomponer esta frágil paz. Eso es lo de menos. Sé que tengo miedo y que aún lo tendré por mucho tiempo, quizá para siempre.

Él está bajo el árbol y bajo mis pensamientos. Nunca ha querido dañarme. Tal vez los demás siempre lo usan para recordarme que no soy él. Lo hacen porque me quieren, y no desean perderme a mí también, confundido como él, entre la cuna de raíces del naranjo.

(1995)

EL VAQUERO SOLITARIO

Un muchacho tímido acaba de llegar a la ciudad, viene de salir con su primera chica y termina de ver su primera película: *The Good, the Bad and the Ugly*, con un Clint Eastwood de poncho y pistolas. Bueno, la verdad es que me asusté un poco cuando ese caballo parecía venir hacia nosotros, pero a Claudia le pareció divertido. Nuestras manos se agarraron en la oscuridad. Me sentí mejor que Eastwood cuando, después de matar a cuatro bandoleros antes que desenfunden, la chica rubia lo abraza y lo premia con un beso. Por supuesto que Claudia no es rubia, pero sus ojos son más claros que el Lejano Oeste, y están más cerca, lo cual no deja de ser ventajoso.

Salimos del teatro Padilla, compramos cocacolas y perros calientes en la esquina de Puerta del Sol, y regresamos a casa en autobús. Ella es vecina mía. En nuestro barrio hay un gimnasio de boxeo: Chico de Hierro. Precisamente, caminábamos por allí cuando una manada de boxeadores salía del lugar. Uno de ellos, un muchacho alto y fibroso, empezó a azuzarnos. Se burló primero de mí. Luego empezó a piropear a Claudia con palabras sucias: esa fue la chispa.

En ese instante me olvidé de mi metro sesenta y cuatro, y de que aquel muchacho era una máquina de tirar golpes. Solo pensaba en mi amiga, en su rostro rojo. Me volví. Con los ojos cerrados me fui encima de aquella masa negra de músculos. Lo golpeé una y otra vez. Al principio fue una pared, luego el vacío. Abrí los ojos: ¡Sí!, lo había tumbado. Todos en la calle me miraron perplejos.

Un viejo que salía en ese momento del gimnasio ayudó a levantar al muchacho mientras lo insultaba. También lanzó improperios a los otros, y luego se acercó a mí y me pidió que lo buscara al día siguiente en el gimnasio, me llamó “campeón”.

Eso me gustó. Mi amiga se veía orgullosa. Yo tomé aire y saqué pecho de soldado, pero realmente no pensaba ir al gimnasio, y no lo consideré hasta que, al despedirme, Claudia me pidió que no dejara de contarle lo que me dijera el entrenador.

En casa no dije nada sobre la pelea. Después de muchos años trabajando alejados de mí, mis padres habían decidido traerme a la ciudad. Era una nueva oportunidad y no quería que se preocuparan, que pensarán que yo solo era un buscapleitos.

En la tarde del día siguiente me acerqué por el gimnasio. El viejo me hizo entrar y me presentó con el muchacho de la pelea quien se disculpó entre dientes y me dijo que no entendía cómo pude derribarlo. Fue un golpe de suerte, le contesté, pero el entrenador afirmó que hacía años no veía una derecha como la mía y que estaba interesado en entrenarme. Yo le expliqué que no sabía nada de boxeo. Sin embargo, él me contestó que había estado toda la vida metido en ese gimnasio y que sin duda yo tenía madera. El muchacho me lanzó una mirada desdeñosa y se fue a hacer sombra. La mirada me molestó tanto que acepté ser entrenado. Esa tarde empecé.

Cuando le conté a Claudia se emocionó mucho. Me comentó que los campeones de boxeo viajaban por todo el mundo y ganaban mucho dinero, que se hacían famosos y todo el mundo los respetaba. Yo le dije que no era más que un aficionado a prueba, pero ella estaba segura de que yo sería un campeón.

Durante quince días asistí a los entrenamientos. En casa se opusieron al principio, pero mi tío William afirmó que eso me haría bien, que los hombres debían saber defenderse. Incluso, algunas veces fue a verme y se pavoneaba diciendo: “¡Ese es mi sobrino!”.

Por fin llegó el día de mi primera pelea. El oponente era más bajo, pero más fornido. Yo me sentía fuerte, había trabajado duro. Allí, entre los espectadores, estaba el tío William

y Claudia: su mirada de luciérnaga iluminaba el *ring* mejor que las pantallas.

El primer asalto fue de estudio. Por televisión había visto cómo lo hacían Kid Pambelé o Sugar Ray Leonard. El rival me lanzó unos golpes, pero los esquivé con elegancia. Claudia pegó un grito entusiasmado que se elevó entre los vozarones de los boxeadores y sobre la frase de batalla: “¡Ese es mi sobrino!”, de ya saben quién.

En el segundo asalto me fui sobre el rival, logré conectarlo en la cara y de su nariz salió un hilillo de sangre. Entonces hizo un movimiento extraño que me desconcertó. Mientras intentaba recuperar la calma, recibí un directo en la barbilla, vi puntos amarillos dándome vueltas y caí. Claudia gritó asustada. Unos boxeadores, a su lado, se burlaron de ella. Eso me puso caliente por dentro. Me levanté a la cuenta de cinco y ataqué a mi adversario hasta dejarlo tirado en el piso, sangrando por nariz y boca. Ella aplaudió y devolvió las burlas a sus vecinos. También oía a mi tío William diciendo que yo era el mejor del mundo, que llevaba su sangre, que era su sobrino favorito.

Todo eso era nuevo para mí, se sentía bien en el pecho. Pero al pasar los días, y con los siguientes combates, me crecía la sensación de que no era eso lo que estaba buscando. Seguía preocupado por los rivales que tiraba, por el vacío y el resentimiento en sus ojos: algunos de ellos fueron desechados por el viejo entrenador y no volvieron al gimnasio.

El Chico de Hierro era un lugar húmedo, el *ring* estaba desgastado. Todo allí era pobre y lo único que le daba un toque vistoso y alegre era Claudia gritando en cada pelea. Éramos muchachos pobres, soñando con potentes equipos de sonido, tenis nuevos y *jeans* de marca. A mí, la verdad, no me importaba el boxeo. Solo estaba allí llevado por la corriente y, sobre todo, por Claudia y el tío William.

Solo quería ser un vaquero, como Clint Eastwood en aquella primera película que habíamos visto, y que Claudia fuera montada conmigo en un caballo por la inmensa pradera. Pero ella solo hablaba de boxeo, récords, viajes; sabía más que yo del tema. Lo peor era que nunca más habíamos vuelto al cine. Peleaba y ganaba, pero casi no tenía que ver conmigo. Si mis rivales no me hubieran insultado y tratado de golpearme, yo no habría hecho lo mismo con ellos. Pensándolo bien, más que por otra cosa, ganaba buscando los besos que Claudia me daba al final de cada pelea. Catorce peleas, catorce besos, el último ya no de paloma sino húmedo y dulcemente rabioso.

Y llegó la pelea quince. Mi rival era el muchacho con quien había peleado aquella primera tarde, el que había cambiado el curso de mi vida. Ahora íbamos a enfrentarnos en el *ring*. Él tampoco había perdido ninguna pelea (salvo aquella extraoficial). Quien ganara asistiría a un campeonato nacional en una ciudad lejana, un lugar rodeado de montañas donde nunca dejaba de llover. El nombre de aquella ciudad parecía venir de la imaginación.

Claudia parecía más entusiasmada que yo. Se había puesto sus mejores plumas, y, antes de la pelea, las miradas se concentraban en ella. Nadie miraba el sitio donde nosotros nos preparábamos: ella brillaba más que cualquier cinturón mundial. Yo estaba algo ido. Mi rival parecía muy serio y contenido, no había hecho ninguna bravata. Fuimos al centro y empezamos. Hasta el cuarto asalto todo parejo. Yo miraba de reojo al tío William y a mi amiga, que hablaban con los demás espectadores y señalaban el *ring*. Una tristeza se me había anidado. La ciudad de las lluvias me sonaba lejos, como algo fantasma. Yo no quería ir a lugares fríos, yo quería ir al oeste, a caballo entre bisontes.

Mi contrincante me lanzó un golpe al hígado y lo esquivé, pero enseguida se revolvió como una serpiente y me tiró a la cara. Caí como un rayo, pero no estaba aturdido. El golpe, en vez de adormecerme, me hacía ver las cosas con una extraña nitidez. Allí, arrodillado, lograba ver a mi rival en la esquina neutral, a mi tío y a Claudia, silenciosos y expectantes, a los amigos de mi rival contando con el árbitro: uno, dos, tres...! Podía levantarme, pero me sentía perdido en ese cuadrilátero, viendo cómo las películas se habían acabado, cómo ella hablaba solo de un futuro de trofeos, cinturones dorados, comerciales de televisión y no parecía darse cuenta de que yo estaba allí, en el presente. Yo no quería besos por pelea ganada, yo no quería besos por batirme de duelo.

Cuatro, cinco, seis... Aquella tarde yo hubiese derribado fácilmente a ese muchacho, creo que si me paraba todavía tenía chance de hacerlo, pero no. Estaba allí, en la lona. Vi a mi tío William agachar la cabeza, y a ella quedarse en silencio. El árbitro llegó a diez. Nadie vino a decirme nada; solo mi rival se acercó y me preguntó cómo me sentía. Bien. Preguntó por qué no me había levantado. “Esto no es lo mío”, le respondí. El entrenador trató de animarme, pero le dije que no volvería. Él dijo que ya lo sabía, que seguía pensando que era un gran prospecto, pero que me faltaba lo principal.

—¿Qué es lo principal?

—La sed, muchacho, la sed —dijo él—. Nadie busca el agua sin la sed.

No entendía, tampoco me importaba. Solo quería salir de allí y buscar a Claudia, decirle que me había quedado en la lona por ella, que no quería ir a esa ciudad lejana, ni ser famoso, que quería ir a ver más películas, andar por las calles con ella, ir al parque para besarla solo a ella. Pero no pude encontrarla en el gimnasio, ni en el parque del barrio. En su casa me dijeron que no estaba. Esa noche tampoco era

el sobrino de nadie. Ella comenzó a evadirme y a negarse. Con el tiempo decidí no volver a buscarla. Así que me dediqué a ser un vaquero solitario, sin una rubia como la de Clint Eastwood. Yo creo que ella sí tenía esa sed de la que hablaba el viejo entrenador, y como yo no era agua, no tenía caso andar conmigo.

No me extrañó —no mucho— cuando meses después vi a Claudia en una calle en compañía de mi rival. Él ya había ganado el título nacional. Me saludó amistoso y dijo:

—Me ganaste una y te he ganado dos.

—Es cierto, pero la campana todavía no suena.

Los dos nos sonreímos. Ella miraba hacia otro lado. La brisa movía su falda.

Me alejé de ellos. Los bloques cuadrados de las casas y edificios parecían cubos de azúcar, grandes y sucios; salían pájaros de los techos. No me sentí mal, o no tan mal como se supone que debería estarlo. Me alegró la idea de que se acercaba la vespertina y de que todavía me quedaban muchas películas por ver.

(1995)

UNA CALLE HASTA ELLA

Hay muchas cosas que odio de mí, pero hay una en especial que detesto, aunque a veces resulte conveniente: mi manía de andar siempre entre dos aguas, de no concentrarme jamás en el presente porque mi mente divaga en busca de otros mundos, como un pez que en su pecera sueña con el océano.

Cuando el presente es una aburrida conversación entre periodistas en mi trabajo, o el monólogo de un jefe de redacción furioso, esta manía de evadirse es una tabla de salvación; pero cuando se trata de un momento mágico en el cual el universo se revela frente a ti —como en este momento en que camino por una calle, tomando de la mano a la mujer que amo—, entonces esa manía es de lo más inoportuna. Así debe sentirse un pez que deambula libre por el océano, pensando que está atrapado en una pecera.

Ir tomado de la mano de una mujer puede parecer una trivialidad, pero se trata de Ella, y es la primera vez que me permite tal gesto. Ella y yo tenemos cierta relación que por algún motivo prefiere mantener a oscuras. Quizá se avergüenza de lo nuestro. Ella se agita cada vez que pasa un carro blanco porque su padre tiene uno, y yo me pregunto qué tiene de malo que su padre sepa que nos queremos; nuestras vidas tienen suficiente equilibrio como para ir juntas: yo no soy un monstruo, ni un criminal buscado en siete países, y ella no es Nicole Kidman.

En fin, por más que medito, nunca he logrado saber qué es lo que ocurre, y no debería estar pensando en eso, sino disfrutar de la caminata, que quizá sea irrepetible. Sentir su mano aferrada a la mía como si sospechara que algún transeúnte la fuera a agredir, porque Ella teme a las multitudes, y eso es algo que tenemos en común. También compartimos el amor por el cine, y muchas otras cosas sutiles. Por eso no comprendo por qué no puede ser público nuestro deseo.

No debería estar pensando en esas cosas, sino vivir este presente. Quizá al final de la calle me suelte, vuelva a perderla, y ya no tendré un recuerdo consistente por estar divagando, como un pez de mar que durante toda su vida siente que ha estado atrapado en una pecera de verdad, sin haber disfrutado del mar cuando estuvo en él.

Ahora ha empezado a llover lentamente. Nos hemos cobijado bajo el saliente de un tejado, estamos a veinte metros del final de la calle. Su mano y la mía siguen juntas. Suenan truenos lejanos, y recuerdo a un niño que les tenía miedo, que se metía bajo la cama. Ahora ese niño está lejos, y cerca, porque Ella está aquí. Pero mi mente también está en Cuba, donde conocí a una jinetera. Prometí escribirle, lo hice, y le pedí que me escribiera. Ella me ha escrito en el reverso de mis cartas porque en Cuba no hay papel, y yo pregunto si estos recuerdos son más importantes que estar bajo este alero, pasando la llovizna junto a Ella.

Debería pedirle una explicación, pero continuamente le doy vueltas al asunto. Ella jamás ha confirmado mis temores, siempre tiene una excusa o una broma para escapar a mi rodeo. Es como un pez que está en el océano, pero que no lo maravilla, no le dice nada, no disfruta de tal océano porque jamás ha estado en una pecera.

La lluvia cede un poco, seguimos avanzando. Me pregunto si no sería más honesto conmigo mismo estar con alguien que se sienta pleno al estar junto a mí, pero no me atrevo a soltarle la mano porque quizá la pierda para siempre, y yo necesito de Ella, aunque no siempre esté dispuesta a aceptarme en su vida.

Yo necesito soñar que Ella abandona sus temores y deja que los carros blancos pasen sin alterar su ánimo.

Veo parejas que no se toman de la mano. Tal vez eso no es nada especial porque cuando lo han querido no han tenido impedimento, y me pregunto si, al negarme ese contacto público durante tanto tiempo, Ella me estaba preparando para el regocijo de tenerlo ahora, y yo, en vez de reflexionar sobre este hecho, debería vivirlo. Debería no ser mi mente, solo mi mano la que va dentro de la suya, y la suya que anida a la mía; pero la calle y los avisos de los almacenes se roban mi atención.

Mi mente crea asociaciones que me llevan a un lugar en las montañas, donde conocí a un anciano que no había visto el mar, ni le importaba conocerlo. Cuando le hablé del mar no se sorprendió, me dijo que él tenía suficiente con la montaña donde vivía. Pensé que era un viejo necio por negarse a conocer otras cosas, pero quizá yo era el necio, y él, un hombre sabio. Él era tan sabio como el árbol que le basta con ser árbol. Estaba convencido de que una montaña era un lugar tan vasto que una vida no alcanzaba para conocerla, que ponerse a pensar en otros mundos es vanidad, una forma de no vivir el lugar del que haces parte.

Él pertenecía a la montaña, estaba hecho de su sustancia, como yo estoy hecho de vías de escape hacia pensamientos donde no tengo que aceptar que Ella se avergüenza de mí. Por eso huyo de su lado, como ahora que Ella me habla y yo no sé qué responder, porque no alcancé a oírle. Solo digo “sí” intentando ocultar el ensimismamiento, y Ella hace un gesto de desaliento, porque sabe que no la escuché. Lo peor es que cada vez hacen falta menos pasos para llegar al final de la calle.

Ella se ha hundido en un silencio grave, mientras yo miro con temor el final de la calle, que viene hacia nosotros como un patíbulo. Me atrevo a preguntarle qué cosa me estaba diciendo, pero Ella es cruel, se mantiene en silencio, se apro-

vecha de mis divagaciones para hacerme sufrir. Justo antes de alcanzar la esquina, le suelto la mano en un segundo que dura eternidades de asombro en su rostro. La lluvia regresa de repente, nos metemos en un café que está en la esquina, nos dirigimos a la mesa del fondo.

Ella comienza a llorar sin explicarme por qué. Me siento culpable. Le digo que eso es lo que busca, hacerme sentir miserable, que ya lo ha logrado, que se calme y viva su triunfo. Ella llora aún más, algunas personas miran de reojo. Entonces Ella me pregunta que si realmente quiero escuchar de lo que hablaba hace un momento, mientras yo estaba nadando hacia otros mundos. Le digo que nada me gustaría más. Ella me cuenta que estaba pidiéndome que no le soltara la mano, que le gustaría seguir caminando por el resto de su vida. Siento que algo me quema por dentro y se escapa por los ojos.

Le pregunto por qué no me dejó hacerlo antes, Ella me responde que quería preguntarme lo mismo, que sentía que yo siempre estaba pensando en otras cosas al estar con Ella, que quizá era porque yo sentía vergüenza de Ella. Le digo que soy un estúpido y Ella comenta que la estúpida es Ella. Le digo que ya somos dos los estúpidos, que esa es una buena razón para permanecer unidos. Sonríe.

Siento que he vivido como un pez que cree estar encerrado en una pecera, en el fondo del mar, y que golpea con la nariz la pecera, pero no se rompe porque es solo una ilusión, y sale al mar que siempre ha estado allí, rozándolo. Entonces la beso, aunque los carros blancos sigan pasando.

(1995)

CÓMO PAGA EL DIABLO A QUIEN BIEN LE SIRVE

Cuando eres un muchacho, cuando tienes solo diecisiete años, se puede ser de verdad un estúpido, tener cara de estúpido. Se puede incluso pensar que uno lo sabe todo, que se está listo para dejar las viejas reglas y aventurarse por corredores oscuros.

En el Colegio Central se sabía que la gente dura se reunía en los baños a fumar cigarros y planear diabluras; también se sabía que muy pocos de tercero podían participar. Yo era uno de esos, un tipejo bajo y flaco, no muy bien dotado para la guerra, pero lleno de ínfulas. Así que me colé de buenas a primeras.

Entre esos camajanes malevos pagué la novatada. Me patearon el trasero tanto que se encariñaron conmigo y me convirtieron en algo así como una mascota. La verdad, no me importaba el rango mientras pudiera estar con ellos, ser un duro, dejar de ser clavo y convertirme en martillo. Podía hacer lo que quisiera con los otros cursos, solo bastaba decir que pertenecía a Los Gallos. Ese era el nombre de la pandilla, y su líder era el Nacho, un tipo pelirrojo y pecoso de sexto, magro, alto y amenazante.

Mi niñez no había sido gran cosa, solo una sucesión de misas y zurras. Me había hecho una idea bastante pobre de mí mismo y me sobraban razones para creerla, pero Nacho me cambió la vida, me enseñó la diferencia entre un infierno imaginario y uno verdadero: la realidad real. Me lavó la ingenuidad y puso malicia y temeridad en mis acciones, pintó mi mundo de un color intenso y mandó el azul celeste al desván del pasado. En algún momento todos hemos tomado las palabras de cierta gente como señales de un dios, sin saber que en

verdad están tan perdidos como nosotros mismos.

Nacho llevaba siempre un cigarro tras la oreja, usaba *jeans* apretados, botas puntiagudas, y repetía mucho esa camiseta de Nirvana donde el bebé nada tras un billete. Llevaba el pelo cortado al rape, así que su cabeza parecía una bola erizada de agujas rojas. Sus pupilas tenían la contracción de los conejos cuando los alumbran en la noche, era una máquina de mascar chicle. Miraba alzando el labio superior en una estudiada mueca de desprecio, y las venas de su frente eran gruesas como dedos.

Era un verdadero bruto, capaz de arrebatarle al diablo su trinche y hundírsele en la espalda. Se decía que cargaba una navaja automática. En clases no digería ni una sopa de letras. Había repetido todos los años, pero los miembros de la pandilla lo seguían como perros. Nos tragamos su anzuelo con todo y carnada. Yo también me dejé llevar por su carácter frío, y me endurecí de tal forma que en pocos meses pasé de novato a mano derecha de Nacho. Poco a poco relegué a los otros; debí soportar muchos resentimientos.

Una vez tuve que enfrentarme a una mole de dieciocho años y casi cien kilos de ferocidad. Le di con rabia hasta que me lo quitaron. Me sentí igual que una flecha rumbo al blanco: fuerte e invariable. Nacho me dio palmadas en la espalda, mi gran momento había llegado, la niñez había quedado atrás, hundida bajo la hierba: yo, Santiago, el tipo cruel, había tomado las riendas y nadie podría desafiarme así como así. Incluso pensé que debía ser el número uno, pero no hice el intento. “Lo que madura pronto, se pudre temprano”, me había dicho alguien. Además, Nacho era todavía un hueso duro.

Con la pandilla me inicié en el licor. Fue un gran comienzo aquella botella de *whisky* robada en la rectoría del colegio. En mi casa estaban demasiado ocupados sobreviviendo

como para enterarse de mis andanzas. Era el dueño de mi vida, quizá más que el propio Nacho. Llegué a esa edad en que te reconocen suficiente cordura y la gente adulta deja de vigilarte. Me sentía superior, pero no tanto para dar el zarpazo. Después de todo, Nacho me había dado la oportunidad, le debía una. No era que él me importara mucho, pero la paciencia es algo que nadie debe desdeñar: siempre, siempre hay un momento justo, y yo estaba esperándolo.

Maithe era simple y un tanto ida, pero era una dulzura de mujer, suave como la piel transparente de una salchicha. Su madre le preparaba emparedados deliciosos que compartía conmigo en los descansos. La pandilla me criticaba por esa amistad, no era de duros trabar relaciones estables, pero los pechos de Maithe volvían loco a cualquiera. Era capaz de desafiar al mismísimo Nacho por ese par de emparedados.

Para Maithe yo era un ídolo, la había salvado de una buena con el profesor de Cívica, quien la invitó a su apartamento para discutir unas notas. Ella me contó. Le dije que aceptara, y con dos de Los Gallos los seguimos. Habíamos adquirido suficiente práctica con vigilantes y celadores, cerraduras y candados. Entramos con sigilo al apartamento, y justo cuando el profesor quiso aprovecharse de la situación, aparecimos en escena, con cámara en mano tomando fotografías. Dejamos frío al profe.

De allí en adelante debió caminar en puntillas con nosotros y arreglarle la materia a todo aquel que nos venía en gana o que nos pagaba. El chantaje acabó con él y fue despedido por negligente. El agradecimiento de Maithe no decayó en los meses siguientes. No sé qué habrá sido de ella, era una dulzura. ¿Quién se estará comiendo sus emparedados?

Los Gallos, con sus crestas hirsutas y sus espuelas afiladas, habían incursionado en las reyertas con navaja, habían saltado al ruedo de los robos grandes en los barrios ricos de la

ciudad. Muchos, entre ellos Nacho, se habían retirado del colegio o habían sido expulsados.

Una tarde, un domingo de noviembre, tiraba piedras al agua en el muelle de los Pegasos. Entonces ocurrió uno de esos momentos: en el fondo, por ahí dentro, en alguna parte, empecé a pensar que realmente no estaba para eso, viajaba en el tren equivocado. Así que me fui alejando sutilmente de la pandilla. No se pueden calzar siempre los mismos zapatos. Alguien me dijo que a veces hay que perderse para encontrarse. Me lo olí de la misma manera en que un gato huele a los perros: cada quien a lo suyo, yo estaba para otra cosa.

Muchos años después me crucé con Nacho en una calle, nos miramos, estrechó los ojos intentando recordarme. Se subió a un auto enorme. “Te recuerdo”, me dijo desde la ventanilla, “yo salía de las peleas con mis manos, y tú con las piernas”.

No le respondí nada, pensé que en algún sentido tenía razón. Él había prosperado a su manera, era respetado por el hampa criolla. Se decía que manejaba una centena de hombres, que le encantaba el sabor de la sangre ajena.

Eso pensaba, hasta que un día llegó a mi mesa de trabajo una fotografía y un informe lacónico: “Traficante baleado por la policía. Se le conoce como el Nacho, se le imputan varios crímenes, era considerado un asesino cruel”. Cómo paga el diablo a quien bien le sirve. El asesino cruel estaba sobre una acera, lo rodeaba un charco de sangre y tenía una cara más estúpida que la que yo tenía a los diecisiete años.

(2006)

FOTOS DE COSAS QUE YA NO ESTÁN

Recuerdo que entraste a mi habitación buscando algo que habías perdido y descubriste bajo mi colchón la colección de revistas porno con la que había convivido durante meses. Me llamaste, dijiste que me vistiera. Debía acompañarte a una diligencia. Cuando desperté al día siguiente las putas le echaban agua a las matas en la entrada de la casa de citas. Tú estabas al frente con un celador y un taxista. Hablaban de fútbol. Tomamos el taxi y regresamos a casa.

Recuerdo que una vez dijiste: “Un par de tetas jalan más que mil carretas”.

Yo tomaba café con leche. Tú habías llegado de visita a casa de los abuelos, porque mi madre y tú se habían peleado de nuevo. Ella nos había instalado otra vez en la casa materna. Ella no estaba. Mientras esperábamos su regreso, una frase hiriente dio paso a otra más filosa todavía. A llorar me puse. Me dijiste que no parecía hijo tuyo. Envejecí cien años en ese instante. El olor del café con leche desde entonces siempre me da náuseas, y tengo que buscar un baño, o algún matorral cerca para vomitar.

Recuerdo que una vez dijiste: “El que está debajo del techo es quien sabe en dónde cae la gotera”.

Mamá decía que llorar mucho ayuda a limpiar los pulmones, algo normal en una optimista delirante como ella, más acostumbrada a perder que a ganar, diestra en el arte de reír, mientras el corazón llora, y a escuchar el silencio del tiempo que pasa. La lluvia nos recordaba nuestras propias lágrimas. Porque hubo un tiempo, padre, que gracias a ti la tierra era más dura que el hierro y el agua más dura que cualquier piedra.

Recuerdo que una vez dijiste: “El pescador que quiere pescados tiene que mojarse el culo”.

Te gustaban los boleros de Daniel Santos. Usar mancuernas en las camisas de domingo. Caminar diez calles detrás de cualquier mujer con el cabello largo. Recuerdo una tarde en que jugabas en el patio con los perros, mamá barría las hojas que la brisa se robaba, yo los miré un instante y tuve que irme de prisa hacia el baño llorando impotente de rabia contra la muerte.

Recuerdo que una vez dijiste: “Al mal que no tiene cura hacerle la cara dura”.

Recuerdo tu mano en la mía, llevándome a ver el cuerpo muerto del abuelo, a quien el ataúd le sentaba bien: se veía muy descansado. La luz de las velas acuñaba tu rostro, padre, parecías un vendedor de loterías ciego en una calle donde todo parece moverse muy rápido. Hasta la muerte tenía dudas sobre quién era el muerto que se llevaba. Todo lo que recordamos está expuesto al polvo y la herrumbre, pero todavía escucho las letanías de esa noche, grabadas en la memoria como en un camafeo.

Recuerdo que una vez dijiste: “Oye mucho y habla poco, si no quieres volverte loco”.

Una vez madre me envió por ti. Estabas cerca de casa. Te encontré bebiendo solo en una de esas viejas tiendas con muebles de madera despintada. Todos tus amigos se habían marchado, cansados, o borrachos también. Estabas con la mirada perdida en cavilaciones insondables. Me senté a tu lado, viéndote terminar la cerveza. Dijiste algunas cosas en tu delirio, entre ellas que habías matado a un hombre veinte años atrás, pero que no te arrepentías: se lo había merecido.

Recuerdo que una vez dijiste: “Bueno es Dios, pero también mata gente”.

Tu cara de no romper un plato cada vez que aparecías ebrio y oliendo a putas. Madre y su forma de echar las cosas malas a un lado para darles paso a las cosas buenas. Ella me decía: “No lo juzgues mal. No conozco a nadie que esté satisfecho con su vida. Él solo está perdido, como mucha gente, porque las cosas no terminan siempre como uno quiere”. Yo me dedicaba mejor a mirar largamente al viejo risueño de la avena Quaker, viendo cómo se repetía una y otra vez su imagen en la lata, en un acto de magia incomprensible que deseaba entender y nunca he podido.

Recuerdo que una vez dijiste: “Dios escribe derecho con los renglones torcidos”.

Solíamos tirarnos al suelo boca arriba, a mirar el viejo cielo raso como si fuera una pantalla de cine. Nos quedábamos observando las manchas, descubriendo las figuras que allí estaban, cómo se inventan princesas y monstruos en el fondo de una taza de café. Lo mismo hacíamos en el verano con la forma de las nubes. En las cuatro esquinas de mi cabeza hay una ventana por la que todavía los dos nos seguimos asomando.

Recuerdo que una vez dijiste: “Herradura que mucho suena es porque algún clavo le falta”.

El frenesí de tus monólogos borrachos. Te veías acorralado, hacías recuento de tu vida, le pedías perdón a alguien que no éramos nosotros. Nos repetías que lo lamentabas, que te abriste paso lo mejor que pudiste. Todos intentábamos tranquilizarte, pero parece que nunca decíamos las cosas que querías escuchar. Había muchos agujeros entre tus palabras, faltaban puentes para cruzarlos, y tus ojos perdidos en la intensidad de un recuerdo difícil de olvidar. Al despertar, la guerra había terminado. Olvidabas todo, y nosotros fingíamos estar distraídos.

Recuerdo que una vez dijiste: “Con paciencia y con maña el elefante se comió la araña”.

Me gustaba estar sucio de tierra. Muchas veces corríste detrás de mí para meterme al baño. Andabas por allí, echando la vida a suertes, sin cabuyas en la selva. Hablando en las esquinas del barrio, sentado en los corredores, hilvanando historias y escuchándolas, para luego contarlas en casa y hacernos reír hasta que doliera la panza. Mamá con una pañoleta en la cabeza, bailando una música en tus brazos. Tenías mucho de santo para ser un diablo, papá, y mucho de diablo para aspirar al cielo.

Recuerdo que una vez dijiste: “Cuando el bien nació, el mal ya era bachiller”.

El drama no se hacía esperar después de andar ensimismado. No había que enlistarse en el ejército para ir a la guerra. La salvaje razón de tus horas malas llegaba puntual; entonces la casa daba miedo y olía a celda de castigo. Acaso querías saber cuánto podíamos doblarnos para no rompernos. Tal vez el dolor retenido en algún sitio, una pena lejana, una voz venida de los malos sueños. Nosotros más tarde sonreíamos a regañadientes, aceptando que la vida podía resultar interesante. El sueño de un mañana distinto acompañaba el ritmo de aquella vida todavía presente, mientras tanto llevábamos nuestra cruz de las preguntas sin respuesta.

Recuerdo que una vez dijiste: “Cuando el Diablo no tiene qué hacer mata moscas con el rabo”.

Ayer pasé frente al hotel donde nos vimos por última vez. Yo había salido a caminar mi desvarío con algunos amigos, a buscar constelaciones en los ojos de las muchachas. Pasé frente a un edificio viejo amenazando ruina. La escalera subía desde la luz de la calle hacia la oscuridad. Saqué de mi morral la cámara y tomé varias fotografías. Una amiga ebria

me preguntó si estaba loco. ¿Por qué tomaba fotos donde no había nada? Respondí cualquier cosa. Estaba cansado. Ya era madrugada y quería dormir. Si hubiera respondido algo, tal vez habría dado pie a una extenuante conversación sin fondo ni dirección.

Recuerdo que una vez dijiste: “La música ayuda a esperar que las cosas vengan o se vayan”.

Me llevó mucho tiempo olvidar todo esto, y después me llevó mucho más tiempo recordarlo, como ocurre con los hechos en las guerras perdidas. Los recuerdos escapan como peces asustados hacia la tierra en que las flores duran para siempre. Estoy tratando de poner todo esto en palabras que son fruto del apremio y la ignorancia, que buscan anular los relojes para que tú todavía estés allí, papá, al pie de la escalera, en algún lugar entre las cosas.

Recuerdo que una vez dijiste: “A bailar, a bailar, que el mundo se va a acabar”.

(2013)

SANGRE DE AMOR PERDIDO

Nos conocimos un domingo de fútbol. Dos vecinos de grada rajando del partido. Los dos equipos daban pena, veintidós gordos a punto del retiro. Empezamos a silbar, nos pusimos de pie y gritamos de todo: “sapos”, “troncos”, “farsantes”. De repente, toda la tribuna saltaba, rechiflaba y coreaba nuestros insultos. Nos fuimos cuando empezaron a escalar la alambrada y a quemar las camisetas.

Se llamaba Alfonso y era muy gracioso, siempre andaba echando chistes y haciendo bromas: “Un tipo se encuentra con un amigo, y dice: Acabo de llegar de Brasil y allí solo hay putas y futbolistas. El amigo responde: Oye, mi mujer es brasileña. Y dice el primero: ¿Ah, sí? ¿Y en qué equipo juega ella?”.

Vivíamos a tres calles de distancia. Había pocas casas de dos pisos en el barrio y menos con garaje. Él vivía en una de esas. Se había mudado recientemente. Su viejo era un cachaco bogotano, dueño de un camión de dieciocho ruedas y un granero en el mercado popular.

Foncho tenía una Kawasaki deportiva que todos aprendimos a conducir para hacer piruetas frente a las novias. Dos pequeñas ventajas: era blanco y tenía los ojos verdes. En cualquier fiesta, mientras nosotros sudábamos la lengua convenciendo a las muchachas, Foncho se daba el lujo de estirar la mano y bailar con quien deseara.

Llegó a tener varias novias al tiempo. A una de ellas se la llevaron del barrio antes de que la barriga se notara. Todo eso le valió amenazas y hasta disparos al aire. Foncho se pacificaba por temporadas. Entonces volvíamos a buscarnos para ir al estadio, pero tarde o temprano reincidía. Su fama de mujeriego perdonavidas le obligó a frecuentar otros barrios, donde también hizo estragos.

Para esa época llegó al barrio una feria de circo. Con alambres cercaron un solar y alzaron sus viejas carpas. El cielo se llenó de rancheras, guarachas y vallenatos que sonaban desde altavoces colgados en postes de madera. Venían animales exóticos que debían inspirar temor, pero estaban tan muertos de hambre que daban ganas de abrir las jaulas: las costillas marcadas de los tigrillos, los tucanes descoloridos, cacatúas desplumadas y pirañas amazónicas comiéndose entre sí. La cuota de alegría la daban los payasos y malabaristas, los tragafuegos, esos dragones tristes, las gitanas, inventando la suerte en las manos, y en todas partes el ronroneo mecánico de las máquinas de azar y los disparos de tiro al blanco.

La noche inaugural, Foncho y yo nos tropezamos en la calle y fuimos a la feria. Dimos vueltas hasta llegar a una galería de monstruos. El cartel anunciaba un cerdo con cara de niño que soplaba una flauta. Un viejo llamado Camaleón, que tenía seis dedos en cada mano, y la lengua tan larga que podía limpiarse las cejas con ella. Un hombre albino de pelo blanco, con ojos rojos, que comía zanahorias con largos colmillos, y que llamaban el Hombre Conejo. Y la niña Manatí, una muchacha con tres senos que, según el cartel, había sido capturada por pescadores a orillas del río San Jorge.

Pagamos la entrada a un muchacho pelirrojo. Entramos a un corredor con paredes de tela. Las cortinas se iban abriendo y cerrando revelando a los monstruos. Entonces la vimos. De pie, con el pelo largo y negro cayendo a los lados, sus ojos oblicuos, los pómulos salientes, los labios llenos. Una capa la cubría desde el cuello hasta los pies. La muchacha se abrió la bata en un solo movimiento. Empujé a Foncho con el codo, pero no prestó atención. Estaba inmóvil, con su lata de cerveza en la mano, mirando a la muchacha, sus tres senos colgando del pecho que, a pesar de la sorpresa, se

veían jóvenes, deseables. Tres aureolas de un rosado marrón que parecían cubiertas de rocío.

El pelirrojo hizo sonar su campana: “¡Que pase el siguiente valiente!”. Aparté la cortina y salí. Foncho miraba hacia atrás. “¿Viste?”, le dije, “¡qué cosa tan rara! ¿Por qué habrá nacido así?”. “Verdad que es muy rara”, me respondió, y se tomó la cerveza de un trago: “¿Le viste los ojos? Los tiene de colores distintos, uno es café y el otro verde, como los míos”. “Mañana entramos de nuevo”, le dije. “Mañana no, ahora mismo. Yo te invito”. Repetimos la función, y cuando Foncho estuvo de nuevo frente a la muchacha, le sonrió, pero ella se mantuvo impassible. El resto de la noche yo seguí hablando de muchas cosas y Alfonso pareció distante.

Adonai era el administrador de la feria, un negro exbeisbolista, encargado de revisarlo todo antes de cada función, lidiar a los amigos de lo ajeno, poner en cintura a los borrachos y pagar las cuentas. La dueña de todo era una vieja de nombre Petrona, pero a la que todos llamaban Patrona. Dormía en una casa rodante con aire acondicionado. En ocasiones salía para fumarse un cigarrillo bajo unos almendros. La carne se le había ido del cuerpo, así como los dientes de la boca. Sus labios eran arrugados y hondos. Solo parecía aferrada a sus cigarrillos y a un cuaderno de contabilidad. Varias veces le oímos pelear con el negro Adonai: “¡Cuida los centavos, negro idiota, que los pesos se cuidan solos!”. Esa parecía su frase de batalla.

Jugábamos damas con Cartucho, un payaso de la feria que soltaba la lengua cuando fumaba marihuana. Nos dijo que la niña de tres senos se llamaba María Auxiliadora, como la Virgen, y tenía quince años. Había nacido en La Mojana sucreña. Su madre se sentía culpable de la desgracia, rezó rosarios y encendió velas a la Virgen por muchos años, pidiendo perdón por sus pecados. El padre no soportaba las ro-

merías de gente frente a su casa. Llegaban de muchos sitios solo para ver a la niña Manatí, como le decían, ese animal del río que da leche por sus tetillas, sangra como una mujer, y con quien los pescadores se aparean.

La feria pasó por un pueblo cerca de la región. El padre vio a los fenómenos y supo entonces a dónde pertenecía la niña. “Se la vendió a la vieja Petrona, y desde hace seis meses anda con nosotros”. Los ojos —continuaba Cartucho—, ¿le han visto los ojos? Cosas de otro mundo. Ella casi no habla, pero una noche el negro Adonai se metió a su carroza con intención de violarla y ella despertó a todos con los gritos. La Patrona hizo un disparo al aire: “Te le acercas otra vez y te mato”, le dijo al negro.

—Entonces esa vieja la protege mucho —dijo Alfonso.

—Esa vieja, allí donde la ves, tiene casi cien años. Le robó el trinche al diablo y se lo hundió en las nalgas. Dicen que conoció a Melquíades, un mago famoso que aparece en un libro. La vieja quiere venderla a buen precio en un circo grande. Hace seis meses andamos con esa niña. Esta es la primera ciudad a donde llegamos y su espectáculo promete mucho.

En una tienda me encontré con otro miembro de la feria, el muchacho pelirrojo. Se llamaba Jeyson. Empezamos a tomar cocacolas y a leer unas historietas que llevaba en el bolsillo: Blue Demon, Vampirella y El Santo.

—Ese amigo tuyo le tiene ganas a María. Viene todas las noches y entra cuatro veces a verla. A ella le gusta, ya se ríe con él, y le recibe papelitos. Me han dicho que tiene broncas con gente de aquí. Es como medio loquito, tu amigo, se le cruzan los cables. Se le fueron las cabras al monte.

—Tiene un par de tejas corridas en el techo, como mucha gente, pero no está loco —le dije.

—Entonces se hace el loco para pasar la fiesta encuero. Que se cuide. Puede meterse en líos.

Ese día acompañé a mi madre donde una tía. No se oía la música cuando regresamos. Llegué a una esquina y vi a los últimos vecinos saliendo de la feria. El negro Adonai custodiaba la puerta. Yo no tenía sueño, así que me quedé sentado en un corredor escuchando música de mi walkman. Entonces vi a Foncho llegar a la puerta de la feria. Iba a gritarle, pero decidí no hacerlo. El negro y él cruzaron palabras. Foncho sacó algo de su bolsillo y se lo entregó al negro Adonai, quien abrió la reja y lo dejó entrar. No esperé la salida de Foncho. Duró mucho tiempo adentro. Me fui a dormir.

Días después, le pedí a Foncho que me acompañara a ver un partido de fútbol, pero dijo que estaba ocupado esa noche, que tal vez en otra ocasión. Esa misma noche me senté en la esquina para ver si se repetía el misterio. De nuevo Alfonso apareció y el negro Adonai lo dejó entrar. La curiosidad pudo más que el sueño. Prendí mi walkman, dispuesto a esperar, y lo vi salir un par de horas después, casi de madrugada.

Nos encontramos en una parada de buses. Hablamos de todo un poco, como en los viejos tiempos, y creí que iba a comentarme algo sobre sus aventuras nocturnas. No dijo nada. Yo tampoco dije nada de mis suposiciones. Cada quien vive su vida como quiere, o como puede, decía mi abuelo. Yo tenía mis propios líos, cuatro materias reprobadas en el colegio y una nueva vecina que salía todas las noches a regar el antejardín.

Una tarde yo hacía las labores del colegio en la casa, cuando una amiga de mi madre llegó a prestar algo de la cocina. Me saludó, felicitó a mi madre por lo juicioso que me veía, rodeado de libros y cuadernos. Mi madre y yo nos vimos: “Cuidado con el perro que muerde callado”, dijo ella. La mujer me preguntó que si era amigo del Foncho, pues lo



había visto varias veces conmigo en la calle. Yo le dije que sí, que lo conocía. “Entonces ya debes saber lo que pasó anoche”, agregó. “Me lo contó mi marido, que regresaba de un turno, y lo vio todo”.

“Parece que este muchacho estaba de novio con esa muchacha de la feria”, y continuó. “Esa que es un fenómeno. Yo la recuerdo. Entré a verla una vez. ¡Qué cosa tan extraña! Pues la dueña del circo los sorprendió a los dos en la cama y le dio un disparo en la pierna al muchacho. Mi marido lo vio salir corriendo y cojeando, con la ropa en la mano”. “Te vuelvo a ver con ese muchacho”, dijo entonces mi madre, “y te baño en agua caliente”. Metió su mano en una olla, luego me miró y sacó por las patas a una gallina: era mi futuro y se le estaban cayendo todas las plumas.

La feria no tardó en marcharse. Volvían entonces los partidos de fútbol. Un negro flaco —Silbido de Culebra, le decían— con dientes blancos y grandes como fichas de dominó, ofrecía raspados para aliviar la sed y el calor. Movía la manivela y la cuchilla de la máquina arañaba el hielo, llenaba de nieve un cono de papel y luego le echaba jugos de miel y colores. Más de un Maradona jugó en esas canchas. Túneles, tacos, chilenas, bicicletas, tijeras, rompecinturas. Milagros sin prueba, como los hechos de la Biblia.

Muchos de mis amigos se quedaron en los barrios ofreciendo loterías, o vendiendo en carretas muebles de sala, espejos y aparejos de cocina. O se dedicaron a cambiar llantas en los talleres, levantando paredes para nuevos barrios. Otros se fueron a vender a las playas camisetas chinas, gafas de sol, tabacos cubanos. Oficios de aquí y de allá, de hoy sí, pero mañana quién sabe.

Entre cuentos y chismes de esquina me enteré del resto de la historia de Alfonso. La Patrona largó de la feria al negro. El nuevo administrador era el muchacho pelirrojo, Jeyson,

quien lo descubrió todo y se lo reveló a la Patrona. María Auxiliadora habló con la vieja, le dijo que se había enamorado y que se iría a vivir con Alfonso. Más sabe el diablo por viejo, la Patrona sonrió y le deseó buena suerte.

María fue a la casa de Foncho, tocó a la puerta un largo rato hasta que este apareció por la ventana y conversó con ella. Le dijo que mejor se olvidara de él, que estaba metido en muchos líos por su culpa, que ya no le gustaba, que lo dejara en paz. Imagino que María Auxiliadora lloró todo el camino de regreso, que los muchachos murmuraban en las esquinas y se reían al verla pasar. Este barrio es así. Regresó a donde la vieja Petrona, quien se echó a reír cuando María le contó. Lo sabía, gritaba la vieja, mientras se reía: “Todos los hombres son iguales, dulces para pedir y amargos para pagar”.

Después de eso, Foncho desapareció del barrio. Decían que había dejado de estudiar y que ahora se dedicaba a los negocios de su familia. Un día nos vimos en una calle del centro y nos saludamos. Yo iba a pie, como siempre, y él en su moto veloz. Supe de su vida un par de años después, cuando vi su foto en el diario y leí que había sobrevivido a un intento de homicidio: lo hallaron desangrándose porque lo habían castrado con un cuchillo.

El universo conspira en forma incomprensible, como cuando piensas en alguien y a los pocos minutos te tropiezas con ese alguien. Días después de leer la noticia sobre Alfonso, me topé en una calle con Cartucho, aquel payaso de la feria, que había dejado la vida nómada. Ahora se llamaba Rafael y era rector de un colegio evangélico. Me invitó a un refresco y a una biblia de bolsillo.

Le pregunté si recordaba a Foncho, si había leído la noticia. Me contó algo para no creer: “El diablo pone las ollas en la candela, pero no les pone tapas, mi amigo”. No hay nada oculto para Dios ni para sus profetas, como yo. ¿Recuerdas a

la vieja Petrona, la dueña de la feria? Ella vendió a la novia de tu amigo en un prostíbulo muy lujoso, aquí en el centro de Cartagena, donde van políticos, millonarios y gente de la televisión. Conocí al dueño del sitio, un ciudadano ejemplar, muy influyente, que siempre vestía de blanco. Se enamoró de la niña y se la llevó a vivir con él. El viejo murió de un infarto y la dejó a ella con mucho dinero”.

“Qué sorpresa”, le dije, “las vueltas que da la vida”. “La historia no acaba allí, mi amigo”, continuó Cartucho: “Para salvar almas tienes que buscarlas en el infierno, entre policías, ladrones y asesinos. Entonces escuchas las cosas que no salen en los diarios”. Esta niña, María Auxiliadora, pudo localizar a tu amigo, Alfonso. Lo citó para reencontrarse en una casa lujosa. Él aceptó. Seguramente se enteró de la buena suerte de ella. Venganza, sangre de amor perdido, quién sabe. Después de estar juntos, la niña le dio un sedante en el *whisky*. Lo hallaron medio muerto, amordazado y atado a la cama”.

“Mi amigo, conozco la Palabra, conozco el rencor de un corazón enamorado. Lo que no se puede medir no se puede controlar. Estoy seguro de que ella esperó a que despertara para castrarlo. La policía confirmó que las tripas se las echó a los perros. Llamó a una ambulancia antes de salir de la casa. Quería que sobreviviera a su propia desgracia. Poco se sabe de ella. Sacó mucho dinero de los bancos y compró un pasaporte falso en el mercado negro. Tal vez salió del país, quien sabe. Se la tragó la tierra.

(2009)

LOS DÍAS CONTADOS

La primera vez que visité aquella casa estaba lloviendo. Yo era un niño entonces, y cada vez que intento ir más atrás, una luz azul me ciega.

Es difícil definir la impresión que me produjo el encuentro con Publio Randall, porque se mezclan elementos contradictorios como el miedo y la fascinación.

Estaba allí, en mitad de una estancia fresca y umbría, agarrado de la mano de mi madre, que buscaba el remedio para una enfermedad. En los muebles viejos, llenos de cajones y compartimientos había sapos secos, yerbas con púas de apariencia venenosa, botellas que contenían extrañas raíces con formas humanas, amuletos, maderas grabadas, alambiques, recipientes con líquidos rojos y verdes, muñecos traspasados por agujas de tejer, manos en osamenta, flores de nombres extraños escritos en papeles amarillentos, cabezas y crestas de gallinas, y frascos gordos con líquidos amarillos donde flotaban fetos de cerdos, perros y humanos.

Randall tenía unas manillas metálicas en las muñecas, y en la mano izquierda un anillo de miedo donde la cabeza de una serpiente con ojos de zafiro parecía a punto de atacar. Mi madre escuchaba con atención sus palabras. Era un lenguaje extraño, quiero decir, era mi lengua, pero no podía descifrar su mensaje oculto. Un ventilador de alas metálicas daba vueltas. En las paredes colgaban retratos de gente antigua y animales disecados; en aquel auditorio de muertos se sentía una respiración de tiempos y lugares ajenos a los sentidos y una incierta alusión al mal.

Habíamos atravesado la ciudad de un extremo a otro. Hicimos fila frente a una casa de madera y colores pálidos. Entramos. Afuera, bajo un sereno apacible, otros esperaban su turno.

El viejo entregó a mi madre un frasco verde con un líquido espeso. Ella sacó un pañuelo anudado en las puntas, de una de ellas extrajo billetes que desenrolló y entregó. Luego, ambos se despidieron con palabras amables y nos dispusimos a marchar.

Antes de salir volví la mirada, me encontré con la de Randall y todo pasó. Un ánimo distinto, algo surgió en mí con esa mirada, una fuerza como la del centro de la Tierra. Durante días no pude dormir. Mis ojos se hundían en la oscuridad de mi cuarto, donde me parecía que tarde o temprano el viejo Randall surgiría, y brillarían sus ojos de animal de pantano.

Fue un día, al atardecer. La luz ponía distintas variaciones de azul en la piel del viejo. El sol rojo descubría en su cara facciones amarradas a las cavernas de sus ojos avivados por fiebres interiores. En la atmósfera parecía haber una zoolo-gía de animales invisibles flotando entre nosotros.

—Usted tiene algo que decirme, señor Randall.

—¿Cómo entraste muchacho? —dijo, conformista, sabiendo que sobraba la pregunta.

—Eso no importa, usted lo sabe.

—Eres muy joven todavía para ciertas preguntas, y más para las respuestas.

—He venido solo, señor Randall.

—¿Hasta aquí?

—Yo tampoco sé cómo lo hice, pero estoy aquí.

—Está anocheciendo, muchacho, en tu casa deben estar preocupados. Vete ya, los santos lloran las horas perdidas.

—No puedo, siento que usted sabe algo de mí, tiene que decírmelo. Hable y me iré.

Hubo un silencio largo poblado de asedio. Extraños hilos nos movían. Me dio la espalda y se internó en la casa. Aunque sus palabras habían tocado mis nervios, yo lo seguí hasta un patio de plantas de tallo alto y hojas anchas. Se había hecho de noche. Apenas adivinaba su presencia entre las sombras. Si no hubiese sido por sus ojos brillantes lo hubiera perdido. Brillaban como si tuvieran el universo contenido.

No sé qué diminutos resortes movieron mi lengua. Las palabras me quemaban el paladar; sin embargo, había una fiebre que me abandonaba con ellas. El viejo se acercó, puso su boca en mi oído y me reveló en murmullos el secreto, la oscura luz de los días venideros. Su voz era cálida como la cama de la que una mujer se levanta en la mañana.

No sé cuánto tiempo pasó, pero con cada palabra que pronunciaba parecía robarme las pocas certezas que me quedaban. Si hubiese reunido la fuerza para correr, lo hubiera hecho, pero cada palabra llevaba a la otra. Supe que era mágico ese conocimiento que habitaba en el espíritu de las palabras, supe que el orden se había roto, que sabía lo que a todo hombre le estaba vedado: la fecha del fin de sus días.

—Es imposible que usted pueda saber eso —dije, apelando a la mentira, esa vieja arma de los hombres. Era inútil. Mis palabras se enfriaban y él tenía más fuegos que mil medio-días.

Yo, que pude tener una oportunidad en el mundo, ahora sabía el secreto que abría las piedras de mi tumba, la fecha de mi muerte pero no sus circunstancias. Mi absoluta certidumbre en lo revelado por el viejo Randall, el misterio de mis días contados resuelto en una fecha desvelada, me negaba la paz de un destino ignorado y oscuro. Me condenaba a vivir bajo el peso de una maldición serena, la enfermedad de saber lo que no se debe.

—No sé por qué te lo he dicho. Cómo voy a comprenderlo, si tú mismo no sabes qué te llevó a preguntarlo. Hay algo más grande que nos ha empujado a estar aquí, ahora, cometiendo este pecado. Desde ahora, la palabra mañana no saldrá tan fácil de tu boca.

Tenía razón, yo no lo comprendía, pero poco tiempo faltaba para que mi mente descubriera la dimensión de esa verdad. Un secreto que jamás debí desentrañar, un dolor anticipado y que no podría apaciguar jamás con frases sentidas.

Me guio hasta la salida. Yo era solo un muchacho, y a él no le importaba enviarme de regreso por las calles anochecidas. Entonces comprendí: ambos estábamos seguros de que nada nos pasaría esa noche.

Muchos años después cabeceo el sueño frente al murmullo del televisor. Estoy solo, acostumbrado a la ausencia de espacios acogedores: vivo en un edificio de “ambiente familiar” con cuatro cerraduras en la puerta del apartamento. Salgo poco, salvo a una oficina de redacción, donde el teatro es más difícil.

Mi única riqueza es una limitada colección de música: boleros, *jazz*, las gimnopedias de Satie. Gustos anacrónicos, voces capaces de sustraerme un poco del vacío que da levantarse cada día más cerca del fin. Era la oveja que había escapado del redil. Colgado en la pared, un almanaque con fechas desesperanzadas.

Ayer me tocó, en una extensión ocasional del trabajo diario de página, hacer un informe sobre el estado del viejo camposanto de la ciudad. Al estar ahí el recuerdo se acercó. Me aproximé a un grupo familiar, gente al parecer adinerada, congregada frente a un mausoleo de mármol, ideal para distinguir los muertos de las estirpes ávidas de poder, aun después de podridos. Los deudos estaban allí, juntos y

fríos, apretando en sus bocas la vieja pastilla de los viejos resentimientos. También yo, escribiendo impresiones y detalles para la crónica, presintiendo el futuro como un traje incómodo.

Me alejé unos pasos del cortejo y encendí un cigarro. Había cerca otros nichos y tumbas, también una lápida abandonada a la voracidad de las yerbas. Sobre la losa, un ramillete azul de lirios de pantano. En ella, una inscripción grabada, oscurecida por un musgo que raspé sin esfuerzo con mi zapato: P. R. Al leerla no pude dejar de sentir miedo.

(1995)

EL DÍA DE LA FUGA

Ganaron la avenida, pero era mejor no confiarse. Los tres muchachos vigilaban el tráfico de buses, taxis y carretas, atentos a la primera oportunidad. En la otra orilla estarían a salvo. Miraron hacia atrás y vieron el tropel de mochilas, camisetas y faldas entrando al colegio. Pronto sonaría el timbre de la primera clase, pero ellos ya estarían a salvo.

Pudieron haberse citado en una esquina lejos de allí, pero hoy lo habían decidido a último minuto, una determinación que cobró fuerzas entre dudas y vacilaciones. El examen de matemáticas los atormentaba. “Muy largo, es todo el libro, la mitad del curso va a perderlo, es mejor pagar el supletorio”, dijo David. “Mierda, entonces qué hacemos”, dijo el Gordo. “Vámonos”, ladró el Mono Arana, “ese hijueputa me tiene condenado, no me dejará tranquilo hasta que repruebe. Ya nos inventaremos algo”.

Cruzaron la avenida y se confundieron entre la gente. Era la segunda fuga del mes. Otra vez un viernes. Era mejor los viernes, porque después de andar por allí todo el día terminaban bailando en algún lugar y tomando cervezas gratis. En Cartagena sobra quién brinde cervezas, pero los remedios hay que mendigarlos. “Okey, muchachos, queda oficialmente declarado el día festivo, solo para los tres”, dijo el Mono.

Llegaron primero a la Mundial del Disco para enterarse de los últimos éxitos. Se tapaban las orejas con los grandes audífonos, y escuchaban música durante horas. “¿Madonna?, David”; “¿Madonna?, pero si Madonna es para mariquitas; tienes que escuchar a Guns N’ Roses, ¿qué te pasa men?”. “No me llames mariquita, Mono, yo no soy quien anda con los *jeans* apretados”. “Oye Gordo, ¿qué estás oyendo?”. “No me llames Gordo, un día de estos te voy a meter una som-

brilla por el culo, Mono, y te la voy abrir adentro”, dijo el Gordo. Por alguna razón, el Mono y el Gordo se odiaban, seguramente por la misma razón que los hacía andar juntos. David parecía el testigo de un matrimonio de payasos.

En poco tiempo, la tienda se llenó de gente que iba buscando música para el fin de semana. Los tres se hicieron señas como espías de una película y salieron a la calle; ya no tenía sentido seguir allí. Cruzaron la calle y se dirigieron al Magaly París, un centro comercial cercano. Esquivaron los objetos para la venta tirados en el suelo: trampas y veneno para ratones, fotos del santoral criollo con sus respectivas oraciones, cuchillos, tijeras y destornilladores, casetes de música y afiches de muchachas en cueros.

El Mono Arana compró dos cocacolas y una kola román. “No duren tres horas tomándolas, por favor”, dijo la mujer entregando las vueltas. “Y usted, deje de cuidar lo ajeno, que esto no es suyo”, le dijo el Mono dándole la espalda y dejándola con la boca abierta y un dedo alzado. “Muchacho malcriado y majadero”. Se arrellanaron en los asientos de la cafetería y empezaron a disfrutar del aire acondicionado.

En la mesa se reían de todo el que pasaba, hasta que una morena, vestida de uniforme, les robó la atención. El Mono se levantó y le salió al paso, la muchacha lo esquivó, pero él le colgó en la oreja la voz: “Niña, ¿dónde está tu madre para darle un premio?, ¿a dónde vas, dolor de cabeza, si aquí está tu medicina?”. La muchacha continuó su paso disgustada, después miró hacia atrás amagando una sonrisa, suficiente gasolina para que el Mono le diera alcance.

La próxima semana cumpla dieciocho, el Gordo tiene diecisiete. Si no se despabila, esos *walkman* lo dejarán sordo, desde aquí puedo escuchar la guitarra. El Mono tiene veinte, tal vez veintiuno. Su papá es dueño de una tienda grande en el barrio, tiene mucha plata y una camioneta roja, bonita,

en la que a veces vamos a la playa o damos vueltas en la noche. El Mono quiere viajar, también quiere ser militar. A su viejo no le gusta la idea, una vez los vi discutiendo.

David solo piensa en Jimena, en las piernas de Jimena. El viernes pasado se dieron solo un beso, nada más. El sábado llamó, pero no estaba: “Salió a donde Lucy, llámala más tarde”, dijo la mamá, mientras peleaba con alguien. Esa semana no había querido hablarle, siempre estaba ocupada. Jimena era la más bonita del curso, después de Claudia, por supuesto, que había salido por un tiempo con el Mono.

Al cabo de un rato, el Mono regresó con su sonrisa de treinta y dos dientes y un papelito con el teléfono de la morena. “Eres un peligro, no te quiero cerca de mi hermana, no es un elogio, es una amenaza”, dijo el Gordo. En señal de victoria, el Mono se tomó toda la cocaola en un interminable trago, la garganta le palpitaba como si el corazón se le hubiera subido allí de repente. “Gordito, qué culpa tiene el gato si los pescados están frescos, mucha envidia o qué, Sancho Panza, cuando quieras le enseño a tu papá cómo hacer bien los hijos”. Dicho lo dicho el Mono eructó. “¡Eres un cochino sonofobitch!”, dijo el Gordo, y se volvió a incrustar los audífonos.

El inglés apache del Gordo le recordó a la gringa del barrio. En los últimos días, la cabeza se le calentaba de tanto pensar. Último año, Jimena, los aretes que le había prometido. Necesitaba dinero. Pura mierda en la televisión, nada lo entretenía. Tenía que salir de casa, cambiar de aires. Hizo calor el domingo, mejor salir con zapatos de hierro porque camino al parque las suelas de los tenis se le habían pegado al cemento. Si tuviera plata me iría para la playa. El parque se sentía bien ese domingo. Vio a la gringa comiendo hielo y mirando por la ventana. Un ventilador desde dentro le meneaba el pelo amarillo. No es joven, pero es bonita.

—¿Y tú qué vas a hacer cuando acabe esta mierda?

—No sé, Mono. Creo que voy a estudiar, mi papá quiere que siga estudiando.

—Yo sé lo que voy a hacer —dijo el Gordo—, quiero abrir una tienda de discos. Me voy a pasar todo el día escuchando música y vendiendo discos, y arriba voy a poner una tienda de tatuajes. ¿Cómo les quedó el ojo?

—Pero antes tienes que tener plata, Gordo, y ¿qué vas a vender para conseguirla?, ¿el culo?

—El culo de tu madre, y no me digas Gordo, ya sabes.

El Gordo golpeaba al Mono por encima, y lo pateaba por debajo de la mesa. El Mono se protegía mientras se reía del Gordo. “Otra vez este par de maricas, ya cálmense, y tú, Gordo, no te dejes jalar la lengua”. “¿Tú también me vas a llamar Gordo, David?, ¿tú también me vas a llamar Gordo?”. Entonces el Gordo empezó a golpear a David. El Mono reía como un papagayo borracho, se partía de la risa y daba golpes a la mesa. Las botellas rodaron, una cayó al piso y se hizo pedazos.

—Ya está bueno —dijo un vigilante que apareció de la nada—. Hace rato los vigilo y solo hacen desorden. Esta no es la sala de su puta casa. Se van para la calle o llamo a la policía.

—Ese Mono es un vándalo, un pillo, no respeta ni a su madre. Llevan dos horas con la misma cocacola. Los clientes se van porque no hay mesas libres —dijo la mujer de la caja registradora.

Los tres se levantaron, tomaron sus mochilas, saltaron los vidrios, y se fueron. El Mono no dijo nada mientras bajaban la escalera. Iba demasiado ocupado riéndose, sujetándose la barriga con las manos. El Gordo iba detrás con las mejillas

rojas, recordándole la madre al Mono, a David, a todo el mundo. David también empezó a reírse.

Un lunes, de regreso a casa, la descubrió caminando delante de él. Menuda, con una apariencia de fragilidad muy peligrosa para el barrio. Se hacía de noche. Una bolsa que llevaba se rompió y unos mangos salieron rodando por la calle. Ella murmuró algo en inglés. Los dos recogieron los mangos.

—Gracias, *boy*, muchas gracias.

—No fue nada.

—¿Cómo te llamas?

—David, me llamo David —debía decir algo más, en las películas siempre decían algo más—. ¿Eres nueva en el barrio?

—Hace poco me mudé, allá delante en aquella casa —los dos caminaron juntos hasta aquella casa.

—Entonces somos vecinos.

—Yo vivo allá, en la próxima esquina, en la casa de rejas blancas. ¿La ves? —la mujer estrechó los ojos para ver. Eran grises, casi azules, había delgadas líneas en torno de sus ojos—. ¿Y tú cómo te llamas?

—Yo me llamo... Ángeles.

—¿Ángeles?

—Sí, Ángeles, como la ciudad. Allá nací —sonrió, y le puso un mango en una de sus manos—. Chao, *boy*, gracias por la ayuda.

El sol blanco del mediodía les quemó los ojos. El Gordo abrió su mochila y se puso una gorra. Miró al Mono inquisitivamente, fugazmente, luego a David. Nadie dijo nada. Tomaron el camino de siempre, hacia el parque San Diego. El resplandor del sol sobre el cemento volvió la calle un espejo. Las fachadas de las viejas casas parecían vestigios de una época negándose a desaparecer. Los oropeles gastados del pasado pujando por perpetuarse. A esa hora, el único habitante del parque era un muchacho que lavaba una motocicleta. Los artesanos no estaban. Los bares lujosos y caros para turistas estaban cerrados, y todavía faltaba mucho para que la gente común llegara a pasarla bien, con música de tienda y cervezas frías y baratas.

Caminaron sobre la muralla y llegaron hasta una de sus salidas, cuando La Candelaria abrió sus puertas. David y el Gordo se sentaron sobre la muralla, a ver el espectáculo de cientos de muchachas desfilando en la calle camino a casa. El Mono empezó su número. Lanzó sus mejores anzuelos, las frases probadas en combate. Les siguió el paso a varias, pero ninguna prestó atención. El espectáculo duró poco. Pellizcó a una muchacha blanquita en el hombro, que se volvió para quemarle la cara con las uñas. Las muchachas se burlaron, el Gordo y David también, entonces vieron al Mono subiendo enfurecido la muralla, puteándolos y dispuesto a pelear. Saltaron fuera y echaron a correr hacia Las Tenazas, una playa cercana, donde se veía un gran tropel de alcatraces y gaviotas sobrevolando. Algo pasaba.

En qué momento empezó a tutearla, no sabía, pero le pareció una señal de progreso no haberse dado cuenta. Tampoco recordaba haber producido una reacción tan grande en alguien, con un detalle tan pequeño; por eso se asombró cuando Ángeles abrió la puerta y vio la bolsa de mangos en

sus manos. La sonrisa ancha en su cara de sorpresa, su mano sobre la boca intentando tapanla.

—Creí que los gringos solo venían aquí de vacaciones.

—No, yo trabajo en un hotel de la San Martín; atiendo teléfonos, les ayudo con el inglés, y hago otros oficios.

—¿No te sientes extraña?; aquí vivimos puros negritos.

—Tú no eres negrito, eres cafecito.

La temperatura de su cara cambió y bajó la mirada. Después hubo un silencio que ocuparon en vaciar un plato con trozos de mango, untados con sal y limón. Ella observaba la puerta como quien mira el vacío que deja en la pared un cuadro robado.

—¿Qué son esas hojas colgadas detrás de las puertas?

—Son plantas de maguey. Dicen que alejan la mala suerte y protegen las casas del mal de ojo. ¿Por qué no tienes una?

—Creí que servían para espantar insectos o arañas. Debo conseguirla, necesito buena suerte. ¿Dónde las encuentro?

—Yo te la consigo, sé dónde las venden.

—¿Por qué crees que la necesitas?

—En Estados Unidos a mi esposo le dio cáncer, el tratamiento fue largo y costoso. Murió. Me quedó un apartamento, pero ya no podía vivir allí, parecía una tumba, demasiados recuerdos. Mis mejores recuerdos con él son de acá: vinimos de *honeymoon* a pasar una semana y duramos quince días. Se me despertó la curiosidad, decidí vender todo, aprender español y venir. ¿Entiendes por qué necesito buena suerte?

—Entiendo.

—Debo prepararme para salir, voy a un colegio bilingüe para una entrevista de trabajo. Quiero volver a dictar clases, eso era lo que hacía antes.

—¿No te gusta el hotel?

—Sí, pero no gano mucho. Quiero conseguir algo mejor, antes de que se acaben los ahorros. Gracias por los mangos, están mejores que los míos. Tengo bastantes para todo el mes.

David fue hacia la puerta, en el umbral se volvió a mirarla. “Mucha suerte, ya crucé los dedos”. Amarillo pálido, así era su pelo, como filamentos de oro viejo, y recogido de esa forma hacía la forma de un algodón de azúcar. Tenía pantalones de sudadera y una playera. Tenía los pechos grandes con respecto a su cuerpo delgado, no llevaba *brassière*.

Desde la playa, dos grupos de hombres jalaban largas cuerdas, que se hundían en el mar, a lo lejos. La enorme malla de pescar se hacía cada vez más pesada en la medida que se acercaba a la costa, arrastrando peces, langostinos, cangrejos y todo aquello que se enredara en sus hilos. Sentado en un tronco, un viejo negro y flaco fumaba tabaco mirando la maniobra, una nevera de icopor a su lado decía “Agua y cerveza”, y tenía un sol pintado. El Gordo se sentó a su lado. El viejo lo miró, luego volvió a mirar el mar.

El Gordo se quitó los audífonos, parecía deslumbrado por la escena. El tropel de aves picando el agua, los curiosos mirando. Había visto la escena desde los buses, pero nunca se había acercado.

—¿Qué hacen? —dijo el Gordo.

—Bobo, ¿no ves que pescan? —dijo el Mono, y le pasó un billete al viejo—. Tres cervezas jefe —luego puso la mochila en el tronco, se quitó la camiseta del colegio y envolvió su cabeza con ella, como un turbante.

—Pareces un Kalimán marica —dijo el Gordo.

El viejo entregó las cervezas. Se quitó el tabaco de la boca:

—Están jalando la malla contra la corriente, debe pesar como dos camiones. Cuanto más se acerca a la playa más pesa. Eso es así, al principio es fácil, se pasan la soga sobre los hombros y aguantan con los brazos en cruz, entonces empiezan a jalar con las piernas. Miren las piernas, flacas y duras como mangles.

Quería volver al cine con Jimena, como todos los viernes, los sábados, los domingos. Jimena pelo de caballo, Jimena piernas largas bajo la falda, labios gruesos, boca caliente. Luego tan juntos, de mano por la calle, hasta un lugar donde los dos pudieran ser un solo y largo temblor. Se dormía cansada sobre el pecho de David, que saltaba como el corazón de un caballo.

No te tragues, cabrón, esa florecita roquera está muy buena, parece novia de mafioso. Ese huevo quiere sal, cualquiera le compra un Levis, un Girbaud, un perfumito Givenchy, y si te vio no se acuerda. Busca plata, *maifren*, esa muñeca necesita cuerda para que ande. La lengua del Mono no tiene huesos, pero los rompe. Le gusta jugar al malo.

Por fin la red fue saliendo. Mientras David andaba en las nubes haciendo rayas en la arena, el Gordo y el Mono se habían quitado las medias y los zapatos, y habían ayudado a jalar la cuerda. Los hilos traían agua y arena sembrada de peces largos como cuchillos, peces redondos como monedas vivas, anguilas, cangrejos frenéticos entre pequeños pulpos agitando los tentáculos, buscando donde agarrarse. También salieron cervezas, condones, aviones de icopor, botellas de vino. Todo revuelto entre algas y madera podrida. El Gordo y el Mono ayudaban a echar pescados en una canoa encallada.

Pasaron el resto de la tarde allí en Las Tenazas. Echaron cuentos con los hombres de la malla y comieron empanadas

y butifarras con limón. Ayudaron a sacar tres veces la red, cada vez con más basura y menos cosas vivas. Los buzos llegaron y echaron su viejo cuento: que Las Tenazas fue por muchos años la única entrada y salida de la ciudad, que habían encontrado monedas antiguas de la Colonia, que muchos los llamaban locos, pero que un día se harían ricos con algún tesoro enterrado allí bajo el agua. El Gordo estaba emocionado, no cabía en el cuerpo.

Algunos turistas que pasaban se sentaban un rato en el muro bajito que separaba la playa de la avenida, luego seguían su camino. Una francesa bonita llegó a tomar fotografías. El peor estudiante de francés en el curso, el Mono Arana, recordó entonces todas las palabras y frases galantes necesarias para encantar a la francesa. La muchacha le dio los datos de su hotel, aceptó salir a bailar con él esa misma noche y se despidió con un beso.

Los pescadores los recompensaron con una bolsa de mojarras y corvinas, que entregaron al viejo a cambio de las últimas cervezas. El Gordo lloraba del orgullo, quería llevarlos a su casa y mostrarlos a su padre, quien siempre decía que no servía para nada, salvo para escuchar todo el día ese maldito *walkman*. Pero sabía que no podía llegar con ellos, se suponía que había estado en clases durante la mañana y estudiando en casa de alguien durante toda la tarde. El Mono lo agarró del cuello con su brazo y le revolvió el cabello. Por un rato anduvieron persiguiéndose en la playa, hasta que los dos cayeron exhaustos con la lengua colgando. El rojo amaranato del cielo se fue oscureciendo poco a poco.

Los tres subieron hacia la avenida y abordaron el autobús. La máquina bordeó el cordón de murallas y pasó junto al Parque de la Marina. David recordaba que allí armaban las ciudades de hierro, algunas con una rueda de Chicago enorme, de muchas bombillas, y unos reflectores de luz que

apuntaban al cielo, pintando monedas de luz en las nubes. Al lado derecho vieron la península de Bocagrande; dándole la espalda a la tierra, la muchedumbre de edificios huyendo hacia el mar, la larga sucesión de luces diluyéndose.

A la altura del mercado Bazurto, en la avenida Heredia, el autobús se detuvo. El Mono Arana compró un paquete de mentas por la ventanilla. Rumiaron mentas como vacas durante todo el camino, querían borrar el vaho de cerveza. El Gordo fue el primero, chocó nudillos, pidió parada y se bajó. El próximo debía ser David, pero dejó pasar su esquina, dijo al Mono que debía comprar algo que había olvidado, y que, de paso, lo dejaba en su casa.

Se bajaron y se internaron en el barrio. Había un par de calles mal iluminadas. De pronto, sintieron el rumor de un motor aproximándose. Miraron hacia atrás: era una camioneta roja. El Mono hundió la cabeza entre los hombros y se agachó, fingiendo anudarse el cordón de un zapato. La máquina se detuvo en la esquina, la puerta se abrió y bajó una muchacha que cerró la puerta tras de sí. La camioneta aceleró de nuevo. Un taxi pasó y sus faros alumbraron a la muchacha. Se quedó un instante mirando a David, por un momento pareció que iba a saludarlo, incluso que caminaría hacia él, pero cambió de opinión, cruzó la calle de prisa y siguió su camino.

David vio al Mono Arana ponerse de pie, desviar los ojos, bajar la mirada. No entendía todavía. “¿Qué hace Jimena bajando de la camioneta de tu viejo?”. El Mono no decía nada. El mundo empezó a detenerse alrededor de David. Un muchacho alto y negro pasó silbando, mientras rebotaba un balón rojo contra la calle. El balón chocaba el pavimento y saltaba con fuerza. El balón salía lentamente de la mano del muchacho, cruzaba lentamente el aire, lentamente pegaba contra el suelo, y entonces el corazón de David estalla-

ba contra las costillas. El balón y su corazón eran uno solo. Eran un solo golpe en la calle.

“Te lo advertí, hombre, no digas que no te lo advertí”, dijo el Mono Arana finalmente, encogiéndose de hombros, mientras cortaba el aire con las manos abiertas, en un gesto incomprensible. David parecía mirarlo, pero en realidad sus ojos buscaban recuperar el rostro de Jimena, iluminado por aquella luz. Le dio la espalda, y empezó a recoger los pasos. El Mono Arana fue quedando atrás, diciendo cosas que él ya no alcanzaba a escuchar.

Caminó sin rumbo un rato. Vacío de pensamientos su cabeza, simplemente se dejaba llevar por los zapatos. Llegó a una tienda, se tomó una cerveza, luego tres calles más allá llegó a otra tienda y se tomó otra, luego fue a otra todavía más lejos, hasta que sus bolsillos quedaron tan vacíos como su cabeza; entonces emprendió el regreso a su casa, con la sensación de que había sido el día más largo de su vida, pero aún era temprano en la noche, y faltaba algo por hacer.

Tocó el timbre. Podía ver su casa desde allí. Imaginó a su hermano menor en la esquina, cambiando cromos de colección con otros niños, o empapado de sudor jugando fútbol en alguna calle cercana. A su hermana mayor, frente al espejo, con la pistola para secar el pelo, en la mano, porque saldrá esta noche al cumpleaños de alguien. Su madre hablando en la sala con una vecina que vende cremas para el cuerpo y pastillas para quemar grasas. Su padre debe estar en algún sitio viendo partidos; el plato de su comida lo espera sobre la estufa.

Lo recibió con su sonrisa de siempre, y un cuchillo de cocina en la mano. Dio la vuelta y se fue a la cocina:

—Llegas a buena hora, preparo algo de comida.

Él entró y cerró la puerta:

—Qué tal si me acompañas un rato, pronto estará el pollo; no me gusta comer sola, me he acostumbrado a todo en esta vida, menos a comer sola.

—Está bien, el pollo siempre está bien, pero el pescado me gusta más.

—A mí también, pero es difícil hallar pescados frescos en esta ciudad —se volvió a verlo. David se mordía el pulgar y parecía en las nubes.

—No te veo animado. Dónde has estado, tienes el suéter un poco sucio.

—Por allí, con unos amigos. Hoy no fui a clases, hasta ahora vengo del centro.

—¿En qué año del colegio estás?

—En último año de bachillerato.

—¿Y qué vas a hacer después?

—No sé. Mi padre quiere que siga estudiando, yo no estoy tan seguro; quiere que sea abogado, como él. Mi mamá no cuenta, solo repite lo que él dice.

—¿Y a ti qué te gusta?

—Lo único que me gusta es el cine y las cervezas frías.

—En Los Ángeles queda Hollywood, tú sabes, el barrio del cine. Una vez fui a dejar una amiga, contratada para ser extra de una película con Al Pacino. Ese día una mujer falló a la filmación, mi amiga habló con alguien del sindicato y reemplacé a la extra. La cámara no se demora mucho, yo solo entro, pido café, y me siento en una mesa a leer el periódico; pero allí estoy.

Fue a su cuarto, abrió una gaveta y regresó con un libro de recetas en la mano, del que sacó una hoja de papel. Mira esto. Le extendió el papel.

—¿El autógrafo de Al Pacino?

—Increíble, ¿no?

—Creo que he visto todas sus películas: *Serpico*, *Caracortada*, *El Padrino*, pero la que más me gusta es *Frankie & Johnny*, donde trabaja con Michelle Pfeiffer. La recuerdo bien: Frankie es la mesera de una cafetería, Johnny es un exconvicto y ha descubierto en la cárcel que quiere ser cocinero.

—El mundo no es un pañuelo, David, en realidad es un sello postal. En esa película de Al Pacino fue donde yo trabajé. Eso me recuerda algo que leí, dicen que todas las personas del mundo están unidas, solo hay una separación de seis grados entre ellas.

—No entiendo.

—Aquí tengo la revista; la teoría de los seis grados de separación afirma algo muy simple: cualquier persona del planeta está conectada con cualquier otra a través de una cadena de conocidos con no más de cinco eslabones o puntos de unión. Mira este dibujo —le pasó la revista abierta en una página—. Él la recibió, la miró a los ojos con gesto incrédulo, y observó la revista.

—¿Cuál es tu actriz de cine favorita?

—Me gustan los ojos de Vanessa Redgrave, pero Nicole Kidman es mi favorita, no preguntes por qué.

—Eso significa que entre tú y Nicole Kidman, solo hay seis personas que los separan o, mejor dicho, hay una cadena de seis personas que los unen. Quién sabe, tal vez algún día puedas pedirle un autógrafo.

—Realmente, tuviste suerte: el autógrafo de Al Pacino. Pero tendrás más suerte todavía si tienes esto contigo. Abrió el cierre de su mochila —ella miraba con ojos curiosos mien-

tras mordía un pedazo de zanahoria. Sacó de la mochila una bolsa que abrió enseguida, era una planta de maguey con hojas largas puntiagudas y una pequeña raíz. A ella le pareció que estaba viva.

Fue a la cocina, trajo clavos y un martillo. Él la esperó en la sala, montado sobre una silla y frente a la puerta. Mojó con saliva la punta del clavo, con pocos golpes lo hundió en la madera, y colgó del clavo la mata de maguey. David sabía que existía una oración, una plegaria o algo así, escrita en alguna parte. No basta creer para que pasen cosas buenas, eso lo había aprendido ese día. Eso y muchas otras cosas.

En ese instante el teléfono timbró. Ángeles habló brevemente, colgó sonriendo. Parece que de verdad tu maguey trae suerte, pero ya no estoy segura de si eres tú o el maguey. Me has vuelto una verdadera creyente. ¿En español se dice creyente?

—Supersticiosa, se dice supersticiosa. ¿Y por qué lo dices?

—Porque una amiga me ha llamado para decirme que desde mañana voy a ser profesora —Ángeles fue hacia la nevera—. Mira, la suerte no se acaba, tengo un par de cervezas para celebrar.

La miró con los ojos sucios de ese largo día. Con la certeza de que algo se había roto dentro de él y los pedazos estaban dispersos. Los pedazos eran muchos y muy pequeños, pero parecían estarse juntando de nuevo, respondiendo a una lógica que no entendía, pero que era buena; como la fuerza invisible de un imán.

Pero su ánimo no mejoraba del todo. Fue a la cocina, donde Ángeles destapaba las botellas. Se acercó y rozó su hombro, ella se volvió, David llevó las manos hasta las caderas de ella y sin vacilar le dio un beso en la boca con los ojos cerrados.

Ella lo recibió con los ojos abiertos, pero luego fue cerrándolos poco a poco. Le respondió con un beso todavía más profundo e intenso que el de él, más que un beso parecía una invitación a quedarse toda la noche.

(2007)

SANTA NICOLE KIDMAN LLENA ERES DE GRACIA

Hay gente que se arrodilla frente a estampas de vírgenes o de santos y confía su destino a lo que puedan hacer estos por sus vidas. Mi hermano mayor, por ejemplo, no salía de casa sin marcarse una señal de cruz en su cara, con la misma mano que había tocado su afiche del Che Guevara. También tenía una Virgen de Guadalupe azul tatuada en el hombro.

Yo, por mi parte, no creo en santos. Dice el refrán que quien traga muchos santos termina cagando diablos. Pero tengo algo que me ampara: un afiche de Nicole Kidman pegado en la pared frente a mi cama. Como no sé mucho sobre mujeres, me dije: Con diecisiete años deberías practicar con lo que tengas a mano, y quién mejor que tu actriz favorita para tomar confianza con su género. En vez de soñar dormido, siempre será mejor soñar despierto con alguien como ella, que te lleva al cielo con solo mirarla.

En la pared derecha de mi cuarto está Al Pacino con una chaqueta azul y un tabaco colgando de su labio, lanzando nubes de humo azul, como un viejo jefe indio que habla sobre lunas, estaciones y cosechas con otras tribus que lo miran desde lejanas azoteas. Yo le hablaba a Pacino, mientras la Kidman estaba entretenida escuchando a un feo director italiano. Todos estábamos celebrando la *premier* de alguna película, seguramente en el bar de un hotel en Tribeca.

Esto que parece un fetichismo desvergonzado que raya la locura, resulta comprensible cuando has crecido en un barrio donde viven muchos negros, entonces aprendes su música, su ritmo y sus gustos: niñas blancas, ojos azules, pelo rubio. Todo lo que mis amigos no eran, ni nunca seríamos. Por eso las queríamos así, por inalcanzables.

Pronto vendrá Chano: “¿Viste la última de Óscar de la Hoya?, ¿la de Julio César Chávez?”. No tengo muchas cosas en común con Chano, salvo que es amigo de mi hermano. Veíamos con Chano peleas de box y partidos de fútbol en la tele. Yo solo era un espectador ocasional, pero Mario y Chano eran otra cosa. Intercambiaban camisetas para ir a las rumbas, se prestaban películas, música y dinero. Por esa amistad, Chano se siente obligado a seguir visitando nuestra casa, aunque ya no esté Mario, y pocas cosas lo atraigan hasta aquí.

Mi mamá está en la cocina, haciendo magia con una libra de papas y cuatro porciones de pollo. Mi hermana menor no ha regresado de su clase de guitarra. Mi padre, trabajando en el almacén eléctrico de un tío al que le ha ido mejor que a nosotros, tiene carro, casa finca, y todos los hijos en colegios caros. Ninguno de ellos tiene la foto de un hermano en una hoja fotocopiada pegada en los muros:



DESAPARECIDO,

RESPONDE AL NOMBRE DE MARIO FRÍAS, VEINTE AÑOS, 1,78 DE ESTATURA, TIENE UN TATUAJE DE LA VIRGEN DE GUADALUPE EN EL HOMBRO DERECHO.

RECOMPENSA A QUIEN DÉ INFORMACIÓN SOBRE SU PARADERO.

Teléfono: 691 8369

A veces me asalta la culpa. Me pregunto si en realidad hice todo lo que estaba en mis manos para ayudar a resolver la situación, sobre todo cuando Claudia lloraba y yo veía sus lágrimas bajar hasta sus labios gruesos. Entonces le tomaba la mano y me quedaba en silencio. Eso parecía calmarla, porque su pecho dejaba de saltar, pero yo seguía vacío.

Mientras regresaba a casa, repasaba cada detalle de la vida de Mario que pudiera revelar dónde estaba. Desde la noche en que no volvió, hacia atrás, en conteo regresivo, cada día, cada hora, imagen, diálogo o silencio que me hablaran de él.

El primero a quien llamé fue a Chano. Me levanté a orinar en la noche. Vi a mi madre de pie en el balconcito, mirando hacia el extremo de la calle. Me dijo que Mario no había llegado. “Si fuera viernes o sábado no estaría preocupada, pero es miércoles, y no ha llamado”. La mamá de Chano se molestó un poco por la hora, pero lo despertó. Él me dijo que no había visto a Mario desde el domingo, cuando estuvieron en su casa viendo partidos en la tele.

A las seis de la mañana yo estaba frente a la casa de Claudia, esperando a que saliera para el colegio. Había decidido no volver a mis clases hasta que se resolviera lo de Mario. También esa vez me fijé en sus piernas saliendo de la falda a cuadros, en cómo sus pechos llenaban la blusa del uniforme. Debía sentirme culpable, pero no lo estaba, y no sabía por qué.

Cuando le pregunté por Mario, se llevó un dedo a la boca y empezó a morderlo. Me dijo que había estado con ella en el cine la noche anterior, en la última función. Luego la trajo hasta su casa, y se despidió. La mamá de Claudia, que había visto todo desde la ventana, salió a preguntar qué pasaba. El papá de Claudia apareció abotonándose la camisa. Se hizo entonces un pequeño grupo en cuyas caras descubrí nuestro propio rostro para los días que vendrían.

Hace seis meses ya de todo eso, pero parece que el tiempo no hubiera pasado, como si el planeta hubiera seguido dando vueltas, pero no para nosotros, su familia, que nos quedamos en un punto fijo, en una burbuja irrompible donde el tictac de los relojes no existía, y solo quedaba una sensación inenarrable de impotencia. Sensación que nacía del estómago y luego, como una metástasis, taponaba todos nuestros poros, impidiéndonos respirar.

¿Cómo alguien que está celebrando los goles del Manchester en la televisión recibe una llamada, sale de su casa, ve una película de aventuras con su novia, se despide de ella y luego desaparece de la faz de la tierra? Medito cómo se dieron las cosas. Repaso circunstancias y detalles, porque tal vez la respuesta estaba diseminada en los actos, diálogos, objetos y gestos de todos nosotros, y solo bastaba hallar un detalle revelador para que la oscuridad se iluminara, como quien oprime el interruptor en una habitación oscura.

Acompañé a mi padre hasta la casa de un policía que vivía cerca y que conocía muy bien a Mario, porque muchas veces habían jugado fútbol. Nos acompañó de regreso a casa, dijo que ya salía para la estación a dar aviso, pero que era necesario, antes de poner el denuncia, esperar algunas horas para ver si aparecía, si recibía alguna llamada, o si descubrirían nuevas pistas sobre el desaparecido. El hombre prometió hacer lo necesario. Mi madre le dio una foto reciente y le describió las prendas que llevaba la última vez: una camiseta roja de su equipo de fútbol, un vaquero y una gorra azul. Los zapatos no los recordaba por más que se esforzaba. Yo tampoco.

Entonces nos quedamos solos. No escuchamos los barrotes, pero una cárcel de silencio se cerró a nuestro alrededor. Mi hermana fue hacia mi madre, y las dos empezaron a llorar. Luego todo pasó muy rápido y yo estaba pegando de mala

gana el anuncio con la foto de Mario en todas las paredes. De nuevo Mario era el centro del sistema y todos girábamos a su alrededor. Ya un par de veces en los últimos años había pasado: duraba tres o cuatro días en algún paseo con sus amigos, creando esta conmoción en la familia, pero siempre hacía una llamada oportuna. Ahora llevaba una semana y yo hablaba con los choferes de autobuses y colectivos que tenían nuestro barrio en su ruta. Pedía permisos en las tiendas, talleres, quioscos y peluquerías, para pegar el afiche en sitios visibles.

Mario el de las buenas notas, Mario echando chistes con papá y mamá en la cocina, Mario con siete trofeos del colegio y varios campeonatos de fútbol y billar, mi hermana celebrando su llegada a casa, Mario el de los amigos tocando a la puerta para ir a las fiestas, Mario que llegaba mostrando su santa tatuada en el hombro y era celebrado por mi madre. Mario... Mario... Mario... Siempre Mario...

A pesar de que ya estaba en último año de bachillerato, las clases dejaron de ser algo importante para mí. Las semanas siguientes odiaba llegar al colegio, donde también estudiaba Mario, porque allí todo el mundo, todos los días, preguntaba por él. Más tarde era bajarme del bus, caminar las calles hasta mi casa, mientras me cruzaba con los vecinos, gente conocida que estaba al tanto de la falta de nuevas noticias. Me miraban como a un huérfano, lanzándome un “Salvador, ¿cómo andas?”, y me daban palmadas en la espalda, mientras decían algo sobre Mario con un optimismo que cada día fue sonando a lo que suenan las falsas esperanzas.

Los domingos íbamos a la iglesia. Procuraba no mirar a mi madre: su nariz roja, sus lágrimas calientes. Alguien tenía que mantener la cordura, y abrazarla cuando camináramos de vuelta a casa. Mi padre cada vez se embriagaba más y pasaba menos tiempo en casa. Mi hermana dejó de existir: su

entusiasmo por la música desapareció. Los grandes problemas domésticos, que antes ocupaban todas nuestras horas, ahora resultaban distantes e insignificantes y se resolvían de cualquier forma.

Prender la televisión era ver la sangre gritando desde la tierra: el pasado, como siempre, cobrando sus deudas. Unos tipos barbados en los montes decían que estaban peleando por todos, mientras mataban a todos, por su parte los políticos decían que defendían nuestros derechos entretanto se robaban todo lo que pudieran, allá en su trono un presidente con dientes de conejo decía que velaba por nuestros intereses al tiempo que se daba la gran vida. Todos prometiendo el oro y el moro, y entre todos matándonos a todos, poco a poco.

Afuera el barrio vivía su propia película. Hasta mi cuarto llegaba un vallenato en el que alguien celebraba un amor conquistado, y que no encajaba del todo con ese momento que se vivía en la casa. Todos fingíamos que éramos todavía una familia, que había un después de todo lo vivido, de los malos presagios, de la incertidumbre, la permanente duda sobre la suerte de Mario —quien seguía demostrando un prodigioso don de ubicuidad: estaba en ninguna parte y en todas—.

Una noche mi madre despertó gritando. Cuando llegué a su habitación, mi padre la regañaba, y decía que estaba cansado de todo. Ella estaba llorando, decía que no recordaba el color de los zapatos de Mario: “¡Cómo es posible que no lo recuerde! —decía—, ¡qué clase de madre soy!”, y de pronto mi padre se puso a llorar. Mi madre se levantó, empezó a encender velas a todos sus santos, y a rezar con una voz distinta. Años más tarde sabría que ese tono agónico se usa muy a menudo, pero nada tiene que ver con el dolor sino con una especie de cansancio.

Claudia y yo conversábamos hasta muy tarde en la noche, sentados en la terraza de su casa. Veíamos pasar la gente

del barrio, nos burlábamos de todos, haciendo bromas sobre cualquier cosa. Ella reía más a mi lado que cuando estaba con Mario. Claro que la vida de él se movía más rápido que la mía, tanto que su sombra no dejaba ver mis pequeños logros. Recuerdo que una vez llegué temprano a casa: no había nadie. Unos jadeos me atrajeron hasta la zona de lavado, y los vi entre la ropa colgada. Claudia contra la pared, con la falda subida, Mario empujando con fuerza entre sus piernas.

Después de eso, cada vez que Claudia llegaba de visita, yo me encerraba en el cuarto. Miraba el afiche de Al Pacino y parecía que su gesto burlón tenía un solo destinatario. No salía hasta que ella se marchaba, para evitar toparme con esos ojos que me trastornaban, con miedo a que ella leyera en los míos el deseo y el miedo, que calentaban mi cara.

A veces me encontraba con Claudia en la calle, entrando o saliendo de la casa, o de pronto escuchaba su voz en una esquina, donde hablaba o reía con sus amigas, al tanto que esperaba el autobús. Me temblaban las rodillas, daba una vuelta sobre mis pies para buscar otra esquina, y esperar el colectivo que me llevara hasta el colegio.

Después de lo de Mario, yo intenté seguir con mi vida, pero iba cada vez menos a clases. Prefería quedarme vagando con los amigos, y regresaba a casa a la hora en que se suponía debía regresar. El afiche de la Kidman seguía allí, mi música, las películas, los cómics. El resto del tiempo que pasaba en la casa procuraba volverme invisible: el estado ideal si se quiere estar en todas partes al mismo tiempo, como el mismo Dios.

Mi hermana dice que anoche mi padre volvió a llegar borracho y se peleó de nuevo con mi madre porque la comida estaba fría. La rabia, como una inundación, se apropió de todo. A mi hermana la regañó por perder el tiempo con la guitarra. También se peleó conmigo, que no había llegado, porque estaba con Claudia. No estaba yo, pero sí mi recuer-

do incómodo, esa cosa no resuelta que era yo, ocupando un espacio que otro con más agallas sí se merecía.

Cuando llegué, ya todos dormían. Imagino que mi padre vio los libros, las películas tiradas por todas partes. Dijo algo a mi madre sobre su indulgencia para conmigo, que yo no iba a llegar a ninguna parte por ese camino, como si yo quisiera llegar a ese lugar que él nombraba, tan irreal y distante.

Yo solo quería quedarme con ellos, esperando el regreso de Mario. Contra todos mis pronósticos, a pesar de las faltas a clase y el bajo rendimiento, gané el último año del bachillerato. Pero estaba visto que no sería posible unir los pedazos. Las ausencias profundas se convierten en presencias duraderas. Era mejor ser un fantasma del que se recuerda todo lo bueno que ser alguien real no tan bueno como los fantasmas. Ellos ya no cometen errores.

Ahora yo era ese alguien que muchas veces olvidaba cerrar la llave del baño, que a veces comía por equivocación los alimentos que otro había guardado en la nevera para más tarde. Ahora era yo quien en la mesa hacía ruidos con los cubiertos. Los errores de Mario ya no estaban allí para acompañar los míos, ya no podíamos compartir las tensiones de la vida en familia.

Cuando entré a mi cuarto no encontré nada para mí. Imagino que mi padre vio los libros, las películas, el afiche de Nicole Kidman, el de Al Pacino y el de un mar que se veía a lo lejos entre los edificios. No quiero pensar qué hizo con ellos en medio de su rabia. Era mejor mirar hacia otra parte, pensar en otra cosa.

Al día siguiente salí temprano de casa. Me sentí como una tortuga que alguien en un patio ha puesto boca arriba y sabe que nadie vendrá a darle la vuelta para salvarla del sol y las hormigas. Afuera estaba Cartagena, sus calles claras como

mil mediodías, sus calles oscuras como las mangas de un viejo tahúr. El mundo, ese lugar grande para encontrarnos todos, también para perdernos. Pero donde hay otros que buscan lo mismo que uno está buscando.

En la noche me vi con Claudia por última vez. Ella pronto viajará hacia otra ciudad, a vivir con un familiar cercano, para estudiar enfermería o alguna otra cosa. En realidad los dos sabemos por qué se marcha. Yo agradezco que tenga el valor que no tuve para poner entre nosotros tierra de por medio, antes de que la culpa creciera entre nosotros, como una de esas plantas trepadoras que escalan las paredes, los cables eléctricos y ahogan las ramas de los árboles donde crecen, hasta que los árboles se secan y mueren.

Había conversado en la tarde con Chano, lo puse al tanto de todo. Creí en su gesto preocupado. Me dijo que había una oportunidad de enganche en el hotel donde él trabajaba. A su propuesta le dije que sí de inmediato. Por fin el inglés aprendido con tantas películas y canciones gringas me serviría para algo distinto que seguir las voces de Fredy Mercury y Los Beatles —otros miembros de mi santoral privado—.

Cuando todo pasara, volvería por mi madre y mi hermana. Por lo pronto sabía que los santos estarían con ellas: San Judas Tadeo, patrono de causas perdidas. San Gregorio Hernández, médico y siervo de Dios. Virgen del Socorro, guarda de nuestro destino y sueños. Almas benditas del Purgatorio y la Virgen de Guadalupe, patrona de la casa que se viste con el cielo. Veo a mi madre encender sus velas, empezar sus oraciones, agradeciendo a todos los santos esa forma tan obediente de arder por todos nosotros.

En alguna parte yo encontraría otro afiche de Nicole para pegar en cualquier pared que me esperara. Seguiría fantaseando con mis viejos amigos. Tal vez un día de estos que

se haga un milagro encienda mi vela a la Kidman, llena eres de gracia, y como en un cuento que leí, yo también pueda decir: y cuando desperté, Nicole todavía estaba allí. Cuando tienes diecisiete años, y en el mundo real ninguna mujer de carne y hueso tiene la gracia que solo encuentras en las mujeres imaginarias, esta chica de papel, hermosa, accesible con solo cerrar los ojos y dejar correr la música, puede convertirse en la respuesta para todas las preguntas y plegarias. A veces solo nos queda olvidar, imaginar otro mundo que nos consuele, otro mundo con algunas partes de este. Por eso tanta gente ve películas o telenovelas y sigue leyendo libros, para perderse y encontrarse. Cualquier cosa sirve cuando ayuda a seguir andando.

¿En qué momento pasamos Claudia y yo de los gestos compasivos hacia esa sensación placentera e insoportable de estar cometiendo un pecado cuando estábamos juntos? Ella era una pluma esperando a que yo la arrancara. Nuestras miradas, gestos, silencios, empezaron a desembocar en un impulso inconcluso. Porque hay espejos donde es mejor no mirarse, porque también somos lo que hemos perdido, porque habíamos llegado a ese punto en que yo no tenía nada más qué decirle a ella, ningún otro cuento qué contar y hacerla reír, salvo quedarme callado e imaginarla en mis brazos, hablándole con ardor al oído, sin esa mancha imborrable en la conciencia, con la despejada alegría de aquellos que no tienen remordimientos, lejos de esa sombra que siempre nos visitaba cuando estábamos juntos: el recuerdo de Mario.

(2009)

UNA VIDA PARA MI MADRE

El Diablo no puede estar en todas partes, por eso hay gente como mi padre. Un día cualquiera su fantasma reapareció de la nada. En un mensaje de correo electrónico me saludaba con excesiva cordialidad. Contaba que regresaba al país por unos días y le parecía importante que nos encontráramos. Mi madre y yo no lo veíamos desde hacía veinte años. Durante ese tiempo tuvimos pocas noticias sobre el paradeo y la vida de don Andrés Villalobos Sáenz. A través de sus viejos amigos, con quienes tropezábamos en la calle ocasionalmente, nos enterábamos de que todavía seguía vivo, que andaba por allí en alguna parte.

Hablar de esto con Alejandra es imposible. Se me escapa de las manos esa mujer con la que ando desde hace un tiempo. Un instante está con expresión ausente y en otro momento se vuelve ardiente y amorosa. Una raza nueva, extraña, cuyo atractivo radicaba en su capacidad de sorprenderme. Es una lástima que el sexo con ella sea tan bueno. Como dicen por ahí: “No es ninguna virgen, pero también hace milagros”.

No le había dicho nada a mi madre sobre el asunto (¡Perdido está el Diablo y todavía aparece...!) Tampoco estaba seguro de poder hacerlo. Habría que sacudir el polvo a tantas cosas viejas. El momento oportuno llegará, me dije, para no seguir pensando en eso. Me daba miedo su reacción, los recuerdos emergiendo, el dolor revivido, su mirada larga y en silencio. Además, no habían pasado seis meses desde su última crisis. La diabetes estaba controlada gracias a medicamentos y una dieta balanceada. Según los últimos exámenes, el animal estaba acorralado, lo suficiente para que la situación no se agravara.

Un día antes de la llegada de mi padre inventé una excusa en la oficina y salí temprano para ir hasta la casa de la tía Georgina. Tenía una razón poderosa: la curiosidad. Tomé

el autobús. Miré por la ventanilla y me puse los audífonos. Entonces comprobé, una vez más, que el universo conspira, porque en la primera emisora que sintonicé en la radio estaban poniendo una canción que mi padre solía cantar:

*... cuando te hablen de amor y de ilusiones
y te ofrezcan un sol y un cielo entero
si te acuerdas de mí no me menciones
porque vas a sentir amor del bueno...*

Lo vi de nuevo salir del baño, terminar de secarse con la toalla, entrar a la habitación y salir ajustándose la camisa dentro del pantalón. Echarse gomina en las manos, frotar y peinarse con esmero el pelo azabache, dejarlo lustroso, inalterable, duro a la vista, perfecto como la superficie brillante de un piano, o de sus propios zapatos, que parecían cielos negros con lunas propias:

*... Y si quieren saber de tu pasado
es preciso decir una mentira
di que vienes de allá de un mundo raro
que no sabes llorar
que no entiendes de amor
y que nunca has amado...*

Siempre salía de casa a su lado: yo hacia el colegio y él para su trabajo, una oficina pública relacionada con denuncias donde hacía las veces de escribiente. Me acompañaba hasta un paradero de autobuses y luego yo lo veía marcharse. Le gustaba caminar, decía que era el mejor ejercicio para alargar la vida: “No te volverá inmortal, si no los carteros ya lo serían; pero tendrás más tiempo para ver más mundo”.

*... porque yo a donde voy
hablaré de tu amor*

*como un sueño dorado
y olvidando el rencor
no diré que tu adiós me volvió desgraciado...*

Entonces empezó el naufragio. Mi padre llegaba tarde del trabajo. Los fines de semana pasaba poco tiempo con nosotros. Se marchaba desde la mañana para verse con sus amigos y regresaba por la noche. Una vez escuché a mi madre preguntarle por un moretón en el cuello. Él respondió que dejara de ser cansona, que mejor volviera a su máquina, a sus tijeras y trapos.

Una tarde, después del colegio, llegué a casa y descubrí a mi madre sentada en el borde de su cama. Se cubría el rostro con las manos y lloraba bajito. Una vecina le dijo que había visto a mi padre en el centro de la ciudad, saliendo de cine, tomado de la mano con una muchacha.

Mi padre se marchó el día menos pensado, con un bolso donde metió parte de sus cosas. Dejó dicho con un vecino que no nos preocupáramos por él, que se comunicaría con nosotros. Pasaron varios días. Luego, estuvo en casa cuando yo no estaba. Mi madre y él conversaron. Ella siempre ha sido breve de palabras: “Tu padre se ha ido, es mejor que te acostumbres a la idea”. Lo que ella nunca supo es que de noche yo podía escuchar su llanto, sobre todo en las madrugadas. El tiempo hizo su trabajo. Ella se entregó de lleno a sus trabajos de modistería, y la vida tomó su nuevo rumbo.

Días después, lo descubrí fuera del colegio. Me quedé allí de pie, pero con ganas de correr muy lejos de aquel señor que atravesaba la calle hacia mí. Me agitó el pelo con la mano y me llevó a tomar un refresco en una tienda cerca del colegio. Dijo que todo había sido culpa de mi madre. Según él, ella lo había llevado a tomar la decisión de dejar la casa, pero yo siempre seguiría siendo su hijo. Podía confiar en él

para todo y nos veríamos muy seguido: “Tal vez ahora no, pero cuando seas grande entenderás estas cosas”.

Después nos encontramos varias veces. Eludíamos el tema de mamá. Volví a reírme con él, de sus ocurrencias y bromas. Era fácil reírse con él. Luego pasó el tiempo, se fue distanciando. Pasaban meses sin verlo. Cuando por fin nos encontrábamos, echaba la culpa a su trabajo y se ponía trascendente: “Cuando seas grande entenderás estas cosas, cuando tengas que valerte por ti mismo”.

La última vez que nos vimos fuimos al cine y más tarde me llevó a comer a un restaurante chino. No le dije nada sobre algo que había escuchado sin querer en una tienda cerca de nuestra casa: que lo habían detenido por hacerse pasar por cura y cobrar por las misas en un cementerio del centro.

Tenía algo importante que decirme. Un amigo le había ofrecido trabajo en una compañía extranjera, un empleo prometedor en Estados Unidos. Ya tenía legalizados los papeles, solo le preocupaba el idioma. Pero su amigo le dijo que en solo tres meses aprendería lo necesario para empezar a trabajar. Ahora solo esperaba resolver cosas menores y luego se marcharía, quién sabe hasta cuándo. Por supuesto que estaríamos en comunicación, insistió. Cuando estuviera instalado en Nueva York me llamaría para que le contara sobre mi vida.

También me dijo que cuidara a mi madre, que era una buena mujer, un poco pobre de espíritu, intransigente y sin las ganas aventureras que a él le sobraban, pero que sin duda era una buena mujer. Esa fue la última vez que lo vi.

Entonces mi madre empezó a cultivar su vicio de actriz secundaria en la película de la vida. Salía esporádicamente con algunas amigas, pero nunca la vi con otro hombre. Mi padre era un tema que no iba más allá de una referencia accidental. Se entregó por completo al trabajo. Al principio, yo cooperaba

en diferentes asuntos relacionados con su taller de confecciones, pero luego me dijo que me concentrara en los estudios. Pensando en ella, más que en mí mismo, estudié Administración de Empresas, algo con que yo pudiera ampararla en el futuro, pero nunca dejó que la auxiliara en sus asuntos.

Encontré trabajo fuera de casa, en una agencia de viajes donde, además de mi salario, tenía ganancias ocasionales, como tiquetes aéreos gratis y paquetes turísticos, gracias a los cuales mi madre y yo habíamos estado en diferentes lugares.

Mi madre seguía siendo una mujer alegre, pero yo extrañaba aquella niña feliz antes del adiós de papá, y que andaba por toda la casa cantando canciones del mexicano Juan Gabriel, Rocío Durcal, Nino Bravo, Camilo Sesto y también las tonadas de ese loro disfrazado de rruiseñor quejumbroso: Julio Iglesias, mientras ella hacía oficios de cocina, colgaba ropa en los alambres, encendía velas a sus santos y pisaba el pedal de su máquina de coser.

Con el tiempo (el pasado, el futuro, lo que está de por medio) lo que antes era una intimidad entre los dos se convirtió solo en una cercanía. Se creó una distancia entre nosotros. No se volvió una mala mujer, pero algo me decía que ella también se estaba preparando para mi adiós cuando yo conociera a alguien y tuviera que marcharme de casa. A pesar de eso, mi madre seguía siendo un ser de buena entraña, de la que emanaba ese algo limpio y generoso que tiene toda la gente invisible gracias a la cual el mundo sigue dando vueltas.

Todavía puedo verla durante todos esos años en que yo salía con mis amigos a las fiestas, bañada por la luz astillada del olvido, hundiendo el pedal a su máquina de coser, en el pequeño taller que acondicionó en el patio encementado de la casa, con techo, armarios y máquinas, lejos de sus otras posibles vidas. Tímida como una plegaria que hacemos desde el corazón y elevamos a nuestro santo, una confidencia dicha

en voz baja, escondida como un secreto, en un mundo donde la magia cada día es más escasa.

*... y si quieren saber de mi pasado
es preciso decir otra mentira
les diré que llegué de un mundo raro
que no sé del dolor
que triunfé en el amor
y que nunca he llorado...*

A pesar de su enfermedad, mi madre se veía más saludable que la tía Georgina. Menos mal que mi tía tenía una hija que la visitaba constantemente. A la tía Georgina, como a mi madre, también le había ido mal en el amor. Había tenido un novio de pocos días que, después de pasar una temporada con ella, se marchó sin ninguna razón, dejándola joven, embarazada y expuesta al destino.

Hablé con ella sobre mi vida. Me dijo que estaba flaco. Se fue hasta la cocina y regresó con un pedazo de torta. La tía era una hechicera con la harina, los huevos y el azúcar. Había sido gracias a sus pasteles de matrimonio, a los bocadillos para fiestas de aniversarios y quinceañeras y a los helados que vendía por la ventana de su casa que pudo sobrevivir y hasta educar a su hija.

Me preguntó cómo me iba en mi trabajo de vendedor en la agencia y qué películas había visto recientemente. Me pidió que le contara las historias de alguna de ellas: hacía muchos años que no iba al cine, lo extrañaba. Recordaba con mucha alegría aquellos cines de cielo abierto como el Teatro Padilla, en que se proyectaban hasta tres películas diarias.

Mi tía Georgina hablaba de mi padre con una sinceridad desarmante. Usaba con destreza de político la ironía y el sarcasmo. Decía: “Lo que le sobraba en inteligencia y encanto,

le faltaba en sentido práctico. Como todos los hombres, un perro. Van por el mundo a su propio paso, dejando su semilla por todas partes, sin importarles nada ni nadie. Se complican la vida, como si la vida ya no fuera suficientemente complicada. Debe de ser algo en la sangre, una locura heredada por todos ellos, que los hace sacrificar su casa y salir a buscar lo que no se les ha perdido. Imagino que Dios sabe cómo hace sus cosas, así como no hay noche sin día, cada quien viene al mundo a hacer lo que su sangre manda”.

Sobre mi madre decía: “Siempre está muy ocupada con sus costuras. Debería sacar tiempo para visitarme. Cada vez que voy a su casa está entregando pedidos, tomando medidas, o haciendo listas para comprar telas y botones. Le ha ido muy bien, eso me alegra. La última vez que fui tenía cinco muchachas trabajando para ella. Siempre ha sido una mujer trabajadora. Nuestra madre, tu abuela, siempre nos decía cuando niñas: ‘El caballo que trabaja no tiene tiempo de estar triste’. Creo que es un proverbio judío, pero no estoy segura”.

Cuando agotamos los temas de siempre, le pedí a la tía que me prestara sus álbumes con fotos viejas de la familia. Alejandra, mi novia, estaba insoportable. Tenía el capricho de conocer una imagen mía de cuando era pequeño. Yo no había encontrado ninguna foto presentable en mi casa, y no tenía muchas esperanzas de hacerlo, porque mi mamá tenía perdidos en algún lugar varios álbumes.

Con el paso de los años, mi madre fue despojándose de cualquier cosa que le recordara a mi padre. No fue algo premeditado, hecho con saña y rencor, para borrar cualquier huella de su paso entre nosotros. En realidad, fue algo espontáneo. Una de sus empleadas tropezó con la mesa de la sala y el portarretrato con la foto de su matrimonio se estrelló en el piso. Ella misma recogió los vidrios y metió la foto en alguno de sus cuadernos o revistas de modas de donde sacaba los

modelos para hacer sus vestidos. Otro día un tío que pasaba por una mala situación económica llegó de visita. A mi madre cualquier cosa le ablanda el bolsillo y el corazón. Ella le dio dinero y toda la ropa de mi padre, sus zapatos, sus camisas y muchas otras cosas que en otras manos serían más útiles.

Mientras yo pasaba las hojas de los álbumes, la tía Georgina regresó a la cocina. Seguramente estaba calentando leche, sacando harina de los recipientes, mezclando azúcar, huevos, canela y quién sabe que pócimas secretas para prepararme bocadillos y bizcochos con los que regresaría a casa. En medio del ruido de ollas y cubiertos, podía escuchar su voz cantando entre el humo que sale de la miel caliente, e iba descubriendo fotografías que solo se revelaban dentro de mí:

*... Al cielo una mirada larga
buscando un poco de mi vida.
Mis estrellas no responden
para alumbrarme hacia tu risa...*

Papá sacando monedas detrás de mis orejas. Imitando a su santo personal, José Alfredo Jiménez. Cantando boleros y rancheras, con una cerveza a manera de micrófono empuñada en la mano.

*... Olas que esfuman de mis ojos
a una legión de tus recuerdos.
Me roban formas de tu rostro
dejando arena en el silencio...*

Papá llevándome al mar por primera vez. Mi mano en la suya mientras se me pierden los ojos en el azul. Algunas noches los tres dormidos en una cama, oyendo nuestra propia respiración en otros cuerpos.

*... Te busco perdida entre sueños
el ruido de la gente me envuelve en un velo.
Te busco volando en el cielo
el viento te ha llevado como un pañuelo viejo...*

Papá sacando de mi pie un pedazo de vidrio enterrado y luego echándome limón en la herida, mientras dice: “Tranquilo, tranquilo, deje de llorar, ¡sea un hombre!”.

*... Y no hago más que rebuscar
paisajes conocidos
en lugares tan extraños
que no puedo dar contigo...*

Papá, mamá, yo, un domingo soleado, cruzando el torniquete para entrar a ver mi primera película en el Teatro Miramar. Una historia que hablaba de la amistad de dos muchachos que elevaban cometas.

*... En cualquier huella te persigo
(voy tras de ti)
en una sombra te dibujo
(al recordar)
huellas y sombras que se pierden
(en la soledad)
la suerte no vino conmigo...*

*... Te busco perdida entre sueños
el ruido de la gente me envuelven en un velo.
Te busco volando en el cielo
el viento te ha llevado como un pañuelo viejo...*

Papá comiendo arroz chino, hablando con la gente de las mesas vecinas, porque todo el mundo lo conocía en todos los lugares. Todos celebrando sus chistes y burlas sobre políticos, futbolistas y cantantes...

*... Y no hago más que rebuscar
paisajes conocidos
en lugares tan extraños
que no puedo dar contigo...*

Pero había olvidado su cara. Me resultaba difícil precisar sus rasgos cada vez que intentaba materializar su rostro en medio de esa nada oscura que es el olvido. Por eso ahora lo buscaba, página tras página de los álbumes, en los cientos de imágenes, en los espacios vacíos entre la gente que sonreía frente a mí, desde ese pasado perfecto de las fotografías. Me detuve en varias fotos colectivas cosechadas de sonrisas. Me pareció verlo, lejano e incompleto, en una de esas fotos de grupo, pero solo era alguien parecido que tenía el mismo pelo brillante echado hacia atrás. Lo buscaba entre la multitud de rostros y de tiempos, pero no lo encontré.

Hasta que lo tuve frente a mí al día siguiente, en el aeropuerto. Lamentaba no haber traído su nombre escrito en una hoja de papel. Minutos antes me había levantado varias veces, en la punta de los pies, para poder descubrirlo entre cabezas y hombros. Salió detrás de una pared: una mujer negra y robusta que hablaba en inglés con alguien que esperaba a mi lado en el aeropuerto. “Patricio”, me dijo alguien. Yo no supe qué decirle, salvo un “Hola, ¿Cómo estás? ¿Dónde están tus maletas?”.

Tomamos un taxi hasta su hotel. Un lugar barato que él demasiado tarde había visto por Internet y que lo había decepcionado. Había llegado por pocos días, por eso no iba a tomarse la molestia de buscar algo más cómodo, más cercano a sus expectativas y necesidades. Había dejado la organización del viaje a su secretaria, a quien por su incompetencia debería despedir apenas regresara a Nueva York.

En el camino me dijo que me veía flaco. Venía con sus años de huesos rotos, pero también con su aura de superviviente,

de hombre que ha visto más mundo que uno. “Debes fijarte en lo que comes, Patricio —me aconsejó—. Uno es lo que come, no olvides eso”. Miraba hacia fuera, rehuendo la mirada: “Esta ciudad está caótica. Ruido por todas partes, pero es el sonido del desarrollo, qué le vamos a hacer, de las cosas avanzando, abriéndose paso entre la violencia de este país corrupto de mierda, donde el verdadero evangelio es: ¡Sálvese quien pueda!”.

Cuando llegamos a la dirección, el taxista y yo sacamos la maleta. Mi padre se quedó mirando la calle, como si buscara algo en medio del bullicio, como si buscara algo que se le había perdido y no se había dado cuenta: la figura escondida en un arabesco, un dragón oculto en un laberinto poblado de imágenes. Algo que solo si miraba con atención tal vez podría recuperar. El taxista y yo esperamos un instante que pareció una eternidad. Entonces mi padre salió de su limbo, sacó su peinilla y empezó a peinarse.

Era cierto, el lugar no era un hotel cinco estrellas, pero estaba sobre una avenida concurrida: suficiente para una o dos noches en una ciudad donde se está de paso. Entramos. Le dije que mientras él se instalaba en su habitación, yo lo esperaría en el bar del hotel. Minutos después bajó. Se había bañado, por lo menos daba esa impresión. Venía con otra ropa. A pesar del tiempo, era igual al padre de todas esas fotos que había perdido. Un poco más bajo, la edad le había llenado la cara, el pelo estaba mal tinturado, con raíces blancas despuntando en algunas zonas de su cabeza.

“Ya que estamos aquí, comamos —dijo—, el viaje ha sido largo... Odio la comida de los aviones. Parece comida para perros, sin sabor ni gracia”. Entonces soltó el discurso que él sabía que yo esperaba. “Bueno, Patricio, quiero decirte que me da gusto verte. En la vida, a veces las cosas no funcionan como deberían ser. No sabes lo que es empezar de nuevo

en un lugar desconocido. Se necesitan cojones de hierro, hijo. Aprender a respirar bajo el agua y a no pensar cuando tu vida está en juego. En algunas calles el que piensa pierde. Tienes todo el derecho a una explicación. Muchas veces intenté comunicarme contigo, varias veces hablé con tu madre, también con tu tía, pero no fue posible. Menos mal que mi secretaria pudo encontrarte por Internet. Entonces pude escribirte, y aquí estoy”.

“El amigo que me prometió su ayuda cuando llegara a Nueva York”, siguió diciendo, “me recibió muy bien durante la primera semana. Luego pasó un mes, me dijo que habían surgido tropiezos con el sindicato en la compañía donde trabajaba. Había que esperar un poco. Al final no fue posible trabajar allí. Después de eso, nos vimos un par de veces; luego no me pasaba ni al teléfono. Después de muchas dificultades, salí adelante. En la misma residencia a donde llegué, conocí a unos mexicanos que me dieron la mano. Sin ellos no hubiera podido lograrlo. Hay que creer en la bondad de los desconocidos”.

“Más vale un tonto despierto que un sabio durmiendo, hijo. Cuando los mexicanos me vieron por primera vez, casi se me arrodillan al frente. Mi primer trabajo en Nueva York fue cantar canciones de José Alfredo Jiménez. Al principio fue duro, no te voy a mentir, luego nos abrieron espacio en un club muy elegante, y cantamos allí por varios meses, y más tarde uno de mis carnales escuchó sobre una vacante en un almacén de electrodomésticos y me fui a trabajar allí. Para entonces ya me defendía con el idioma. Hoy, muchos años después, soy gerente de tres locales de la misma compañía. Contar lo que te cuento es fácil, vivirlo es lo difícil, pero alcancé la orilla”.

En algún momento su voz se quebró, sus ojos se volvieron acuosos. Para cuando terminó el resumen de sus veinte años

de aventuras ya nos habíamos tomado dos botellas de ron. “Estos licores nacionales tienen su encanto —dijo en algún momento—, hace mucho que no tomaba un buen ron. Yo siempre bebo *whisky*, por recomendación del médico, y por su tradición, pues sigue siendo el mejor trago del mundo”. Cada vez que su voz se debilitaba, y parecía romperse, él se tomaba un nuevo trago, que parecía reanimarlo, darle nuevas fuerzas, rescatar del fondo a aquel hombre que los dos recordábamos. De pronto, en voz baja, empezó a cantar para sí:

*... Ojalá que te vaya bonito
ojalá que se acaben tu penas
que te digan que yo ya no existo
y conozcas personas más buenas
que te den lo que no pude darte
aunque yo te haya dado de todo
nunca más volveré a molestarte
te adoré te perdí ya ni modo...*

La vida inventa formas, extraños mecanismos para que el pasado siempre esté presente con sus muchas máscaras y voces, como presentes sucesivos que nunca acaban de pasar y que pueden transformarse en fantasmas del futuro. Me hubiera gustado decirle a mi padre, ese doble perfecto de José Alfredo Jiménez, para consolarlo y para consolarme, que no se preocupara, que de alguna manera él siempre había estado allí, porque a veces un solo gesto de la gente que amamos puede acompañarnos para siempre, borrando todo lo negativo que esa misma gente haya podido hacernos.

Esa noche insistí en invitarlo a cenar. Quería saber cosas, meter la aguja para sacar el hilo. Pronto nos volvimos confidenciales, gracias al licor y al estómago lleno. Él me empezó a contar sobre sus múltiples negocios que le permitían tomarse uno o dos meses de vacaciones en cualquier lugar del mundo.

La impresión que me quería dejar era, y yo lo entendí: “No soy un millonario, pero tengo lo mío, hijo”, y como solía decir: “Nada se lo robé a nadie ni me lo encontré en el suelo”.

Por fin, en medio de los comentarios, me preguntó lo que tanto había esperado: “¿Qué hay de tu madre? ¿Cómo está ella?... ¿Dónde viven ahora? Espero que esté bien... Siempre fue una mujer muy hermosa, de otra manera no me hubiera fijado en ella. Ja, ja, ja. Me llevé muy bien con toda su familia, menos con su hermana Georgina. Tu madre nunca se enteró, pero nosotros tuvimos un fugaz amorío. Nada importante. Ella no me dejaba en paz. Siempre buscaba llamarme la atención. Hasta que no pude más y estuvimos juntos un tiempo. No soy un santo. Uno no deja de ser un hombre, aunque esté casado por mil iglesias. Hijo, ya tú debes saber lo que significa eso. Por favor, no se lo digas a tu madre. El pasado es mejor que quede atrás si no le sirve al presente”.

Mi impresión la borré con un trago de ron. Entonces me acometió la fuerza necesaria para empezar a echar mi cuento, hecho con mentiras no muy lejos de la verdad. Un cuento con el cual había jugado mentalmente, sobre la posibilidad de contárselo a él, desde que sabía sobre su regreso. El cuento de una vida para mi madre. Una secreta venganza contra el abandono, los años de zozobra. Había jugado íntimamente con la posibilidad de hacerlo, de jugar a Dios, corregir el tiempo y fundar una vida nueva para ella, a la medida de mis sueños.

“Mi madre está bien —le dije—. Después de la separación de ustedes, al principio se sintió muy sola, pero nunca en todos estos años buscó a alguien, una nueva pareja que la acompañara. Nunca le faltaron pretendientes, pero más fuerte fue su deber para conmigo que las esperanzas de ella y lo que soñaba para su vida. Puso todo su empeño en salir adelante por medio de su trabajo. Hoy tiene una casa de confecciones con más de diez operarias. Envía sus produc-

tos a varias ciudades, y pronto empezará a exportar bordados y artesanías en tela para Canadá. Con todo el trabajo de estos años logró ahorrar, hizo préstamos, compró una casa enorme. Me educó a mí. Ahora soy administrador de empresas y trabajo en una agencia de viajes, donde por varios años he sido el mejor vendedor”. Siendo indulgente conmigo mismo, esto último era la única mentira del cuento de nuestras vidas.

Me pareció entrever en su mirada sorpresa, y un cierto respeto hacia mí que no había estado allí momentos antes. Tal vez una gotita de sangre en el orgullo herido. Sucede que la gente (¡de su gente!) había sobrevivido a su partida. Sentí pena de mí mismo, porque sabía que yo también era un juguete de las pasiones que habían jugado con mi padre. Yo mismo, muy probablemente, incurriría en sus propios errores, en las mismas decisiones que rompieran el orden natural de mundos que dependían de mi órbita. Pero el futuro ya vendría para mí, me esperaba con mis víctimas y mis victimarios: todo eso que implica vivir, morir, resucitar en vida.

Continué hablando de otras cosas superfluas, porque me incomodaba su silencio, la forma en que se esmeraba en triturar su comida, haciendo que sus maxilares se marcaran. Una película de grasa empezó a cubrir su frente. A los pocos minutos me dijo que estaba cansado, que el viaje había sido muy largo y necesitaba reposarse. Al día siguiente tenía una reunión con un abogado para resolver algunos asuntos. Debía aprovechar al máximo el tiempo de su estadía. Le dije que no se preocupara por mí, que yo también tenía varios compromisos. Nos despedimos con gestos cansados. Los veinte años que nos separaban habían caído sobre nosotros.

Durante el día siguiente a nuestro encuentro me acompañó el único temor de que, en un acto temerario, de alguna forma él pudiera presentarse en nuestra casa, aunque no le había

dado la nueva dirección. Llamé varias veces desde el trabajo a mamá, preguntando por alguna novedad, hasta el punto de que ella a su vez me preguntó el motivo de mis llamadas. Le dije que solo esperaba la llegada de un paquete importante. Por eso fui feliz cuando se hizo la noche. Ella llegó hasta la sala donde me recordó que mi comida estaba caliente sobre la estufa y que ya se iba a dormir. Fui también feliz, porque no todo era egoísmo en ese sujeto en que se había convertido mi padre. Algo quedaba del recuerdo de aquel hombre que seguía amando, a pesar de todo lo que pudiera pasar.

Un día después estaba sumergido en mi rutina de trabajo, cuando recibí una llamada suya. Había tenido que anticipar su vuelo de regreso para esa misma noche por urgencias inaplazables que habían surgido en su trabajo y que exigían su presencia inmediata: “Los negocios nunca duermen —me dijo—, eso también lo debes aprender. Para alguien que madrugaba mucho, siempre hay alguien que no se acuesta”. En su voz noté que su ímpetu había disminuido. No hablaba con la vehemencia y la inventiva de nuestra noche en el hotel. Veía venir algo, pero no presentía qué era. Era solo cuestión de tiempo para saberlo.

Nos encontramos esa noche en el aeropuerto. Nos prometimos mantener el diálogo, estar allí el uno para el otro en caso de necesidad. Nos despedimos con formalidad: dos conocidos que se despiden sin mucho entusiasmo de gestos y palabras, como si volverse a ver en la sala de un aeropuerto fuera cuestión de algunas pocas horas. Un abrazo inconcluso, un enérgico apretón de manos. Me dio la espalda y empezó a caminar por un largo corredor, con su pasaporte y otros papeles en la mano.

A lo lejos, observé que se peinaba el pelo con la mano. Esa autocaricia que nos hacemos cuando estamos en un lugar que no reconocemos, cuando no sabemos dónde estamos

o cuál camino tomar en una encrucijada: los ojos palpando un vacío. No hace falta saber todo sobre algo para poder sentirlo. Me dolía la garganta y no tenía saliva para tragar.

Días después pude encontrarme de nuevo con Alejandra sin que surgiera algún imprevisto relacionado con la visita de mi padre. Durante la cena, la noté más comunicativa, menos posesiva, más cariñosa, menos curiosa con respecto adónde había estado yo durante esos días que no nos habíamos visto. Me alegraba no haberles dicho nada, ni a ella ni a mi madre, sobre la visita de mi padre. Hubiera despertado emociones nuevas, y eso a veces provoca reacciones inesperadas. Les ahorré a todos y a mí mismo días crueles de intranquilidad y desasosiego. No me preocupaba corroborar las palabras de mi padre con respecto a la tía Georgina y seguí visitándola.

Mi madre seguía al tanto de sus negocios, haciendo sus diligencias, dirigiendo el trabajo de las empleadas. Asistía a los cumpleaños de amigas o iba de paseo por los centros comerciales. En una cena le presenté por fin a Alejandra, y se llevaron bien, tanto que me sentí culpable por no haberlo hecho antes. Nuestras vidas volvían a coincidir como dos cuerdas en un solo nudo.

Tres meses después estaba en casa, una mañana de domingo, y recibí una llamada en mi teléfono móvil. La mujer tenía ese acento mexicano de algunos cantantes y actores de telenovela. Se llamaba Yolanda, me dijo que lamentaba comunicarse conmigo para darme una mala noticia sobre alguien que seguramente yo conocía, tal vez un pariente, porque llevábamos el mismo apellido. El señor Andrés Villalobos, me dijo, había muerto la noche anterior en el Hospital Presbiteriano de Nueva York. Mis datos eran la única referencia que había encontrado entre sus pertenencias.

“Yo soy la casera del señor Villalobos —continuó—. Fui amiga de él por muchos años. A pesar de su enfermedad

cardiaca, siempre mantuvo un espíritu alegre y siguió trabajando como cantante en el grupo musical de mi esposo, hasta que se agravó su situación después de un último viaje que hizo a Colombia. Todavía recuerdo una de sus últimas bromas. Dijo que gracias a él José Alfredo Jiménez se había muerto dos veces y no una sola vez, como todo el mundo”.

La mujer quería saber qué hacer con las propiedades que don Andrés había dejado. Por lo pronto, las pondría en el depósito del edificio, a la espera de que alguien de su familia dijera qué hacer con ellas. De todos modos no eran muchas cosas: su uniforme de charro mexicano, una maleta con ropa, un aparato de música para discos de vinilo, algunos discos que podían valer algo para algún coleccionista. Nada más.

Dentro de mí buscaba las palabras que ya no existían, de dos hombres que también habían desaparecido. Recordé a uno de los santos de mi madre, san Judas Tadeo, patrono de las causas perdidas. Me sentí como si estuviera a punto de estallar en mil pedazos. Junté todo el coraje para seguir con la conversación. Esas cosas también se aprenden. Anoté los datos de la mujer en un papel. Le prometí que llamaría cuando tuviera información sobre los familiares más cercanos. Mi madre ya se había levantado. Estaba haciendo el café en la cocina y el olor nos envolvía como una suave llovizna, y después de mucho tiempo, escuché que empezaba a cantar una canción.

(2009)

SERENDIPITY

El término anglosajón *serendipity* es un neologismo acuñado por Horace Walpole en 1754, a partir de un cuento persa del siglo XVIII llamado “Los tres príncipes de Serendip”, en el que los protagonistas, unos príncipes de la isla Serendip (que era el nombre árabe de la isla de Ceilán, la actual Sri Lanka), solucionaban sus problemas a través de increíbles casualidades.

Serendipity, esa palabra parece regir la vida de algunos seres, a quienes las puertas se les abrieron sin que fueran tocadas. Hablo de lo fortuito, del accidental encuentro con lo maravilloso, que excede nuestro entendimiento. Esos hombres y mujeres que están allí, haciéndose un café, y de pronto les cae un rayo de gracia. Son ellos los primeros en dudar del resultado de lo que han creado, entretanto, el resto de la humanidad sabe que han cambiado el curso de la historia.

Un pararrayos, eso es Homero Tafur Cetina, ahora que sus novelas son objeto de análisis en incontables academias. Dicen los que saben, que es sofisticado, cáustico, que su narrativa es un taller de manufacturas narrativas del que surgen historias cuyo valor no reside en su capacidad de asombrarnos, sino en su perversa habilidad para sembrar dudas sobre nuestro mundo, ese acertijo con una desconcertante lógica interna que ignoramos, pero que intuimos que existe por sobradas razones.

Pocos testigos hay de la prehistoria de Tafur Cetina. Se habla de un joven huérfano de padre, que desde alguna provincia llega a Bogotá, empieza a vivir solo en un cuarto de pensión en el barrio La Candelaria, cerca de la Universidad Externado. Un eficiente empleado de farmacia detrás de un mostrador, que ocupa sus días en atender clientes, mientras lee libros gordos entre la llegada y salida de los compradores.

Un día renuncia a su trabajo, con una vaga excusa, después de trabajar sin falta durante cuatro años. Gracias a sus ahorros, se encierra en la pensión a escribir un libro, a los tres meses lo manda a una editorial, con la suerte de que el lector del libro es Alicia Brailier, quien reconoce ese viento viejo que regresa cada tanto a mover el molino de la Historia, y edita *Cuando el mono se bajó del árbol*, primer eslabón de la cadena dorada, que lo ha llevado incluso a que Woody Allen diga que nada le gustaría más que filmar un guion de Tafur. Por su parte, Guillermo del Toro, el director mexicano de *El laberinto del fauno*, ha expresado su deseo de llevar al cine la biografía de Lovecraft, solo si el guion lo escribe Tafur.

Su novela *Cuando el mono se bajó del árbol* consiste sencillamente en que un hombre escribe un libro, en la medida que nombra las cosas en el libro, estas desaparecen a su alrededor. Hacia el final, horrorizado, no sabe cómo volver las cosas a su estado natural. Es el último habitante del planeta, está angustiado, ya no tiene nada que perder, entonces escribe con lágrimas su propio nombre, y, en un parpadeo, el hombre se encuentra de nuevo frente a una página en blanco. A su alrededor todo vuelve a la normalidad.

Esa primera novela de Cetina, en realidad no es una novela, sino un libro de cuentos, unidos por algunas señales, lo cual es mucho mejor, pues siempre ha existido un sobrestimado respeto por la novela, ese género de páginas excesivas, que hace las veces de chicle para los ojos. Nunca ocurre eso con los cuentos, género que respeta el tiempo de quien lo lee, porque el tiempo es breve como el hombre que los lee.

El libro de Tafur Cetina ha sido editado en numerosas lenguas, incontables reseñas se han escrito sobre sus enunciados, reseñas como esta. En pocos meses, las reflexiones y conjeturas que hace el personaje sobre el mundo que poco a poco va desapareciendo se convirtieron en filosofía de cabecera para muchas personas de diferentes culturas.

Un crítico de *Magazine Littéraire* ha dicho: “Este autor tiene la maestría casi ofensiva de un estilo que integra todos los recursos en sus justas proporciones, y el irónico centelleo de una cultura refinada y exquisita. Este es el libro que hubiera querido leer Nietzsche, el que lo hubiera salvado de la locura. El personaje-escritor de este libro no es más que Dios, quien ha urdido esta pesadilla para olvidar su propia naturaleza. Y eso me recuerda un chiste, alguien le pregunta a otro, ¿y cómo sabes que eres Dios?, y el otro responde: Fácil, cuando rezo me doy cuenta que estoy hablando conmigo mismo”.

Años después, Tafur Cetina sorprendió con un libro que excedió las expectativas: *Prefiero mis balas a tus oraciones*, una obra que pretende integrar, armónicamente, todas las situaciones dramáticas presentes en las obras de Shakespeare. La trama invoca todas las pasiones del hombre, sus preguntas y jadeos mientras se arrastra por este planeta, que da vueltas en torno a una estrella menor que algún día se apagará.

La trama en que se enmarca se origina en una serie de asesinatos, al principio inexplicables, ya que las víctimas no responden a un patrón común. Las investigaciones, poco a poco, conducen a que todas las víctimas tienen la particularidad de que son usuarias de una biblioteca, y que todas han prestado el mismo libro. En desarrollo de la historia, el autor aprovecha para a través de una prosa limpia y diáfana ahondar en la fragilidad de las cosas (el amor, la familia, el sexo, las frustraciones y el éxito), así como nuestra indefensión antes las trampas de la memoria y el azar.

Un empleado de la biblioteca, introvertido, con antecedentes de una enfermedad mental leve en su adolescencia, y que tiene acceso a los datos personales de los lectores, es torturado y obligado a confesar por parte de los detectives de la policía, a su vez presionados por dar resultados. El sospechoso es sometido a juicio, sus registros de salud y una

deficiente defensa por parte de su abogado, llevan a que sea diagnosticado mentalmente incapaz, por lo cual es declarado no responsable ante la ley, razón para ser recluido en un sanatorio mental, donde muere después de algunos años.

El asesino, en sus años de encierro, lo único que hacía era escribir cartas y enviarlas a muchos destinatarios: jueces, abogados y periodistas. Cartas que nunca salieron de la institución por orden médica, en las que insistía que él no había sido responsable de esas muertes, clamaba por su inocencia, acusando de los asesinatos a un extraño personaje que visitaba todos los días la biblioteca en la que trabajaba, y acostumbraba a sentarse a leer en la mesa más próxima al mueble donde reposaba el misterioso libro. Nadie tuvo en cuenta en toda la investigación que el ejemplar que había en la biblioteca era el único que sobrevivía de una pequeña edición que circuló poco, y que durante años tuvo pocos lectores, por su escritura hermética e incomprensible.

Es la única obra de Cetina con final abierto (no se sabe mucho sobre el libro ni el asunto del que trata, entre otros vacíos), pero ese silencio, de una manera extraña, termina sosteniendo todo el edificio emocional de la historia, nos deja la sensación de que es mejor no conocer las respuestas a todos los interrogantes, que un grado de ignorancia en la vida es necesaria para nuestra propia supervivencia.

Libro extraño, híbrido, inclasificable es *Una caña de pescar en el desierto*. Una noche, cinco amigos celebran su salida del bachillerato en un bar, y discuten sobre la existencia de Dios (casi veinte páginas de argumentación, que resumen la historia de la filosofía, y desmontan todos los paradigmas), pagan la última ronda de *whisky* con billetes en los que anotan sus nombres, con el pacto de que si alguno de esos billetes regresa algún día a sus manos significa que Dios existe.

Siete años después, uno de ellos aparece muerto en una habitación, sin señales de violencia, mientras su mano empuña el billete marcado con su nombre. Los otros cuatro se enteran por los periódicos de la muerte y del detalle del billete. Hablan entre sí, deciden reunirse a discutir el extraño suceso en casa de uno de ellos, cerca de un faro frente al mar de Maine. Nunca más se tendrán noticias de los cuatro, ante la desaparición, la policía investiga y encuentra la casa del faro vacía, y sobre una mesa de la sala los billetes marcados con sus nombres.

Ha sido notable la influencia ejercida en escritores y personajes públicos de nuestro tiempo, incluso en filósofos como Alexandra Matteri, de Italia, quien aboga por la llamada entrocraia, que no es más que una aplicación práctica de lo expuesto en un largo ensayo de Cetina llamado “Apostillas a ‘Eureka’ de Edgar Allan Poe”. La entrocraia de Matteri (léase ley de entropía como fin del Estado, más que forma de gobierno) está respaldada por un postulado de filosofía política sencillo, la elaboración de un plan desde el Estado por precipitar procesos de cambio histórico a través de creación de crisis económicas dirigidas al caos, de tal forma que se acelere la llegada de esa edad dorada que nace de todo oscurantismo: Edad Media = Renacimiento. Filosofía que muerde su cola, por supuesto, porque el Estado sería el primero en colapsar. Sin embargo, llegan noticias de un partido político de extrema derecha que ha adoptado esos postulados.

Hace poco llamó la atención el registro que hicieron los diarios sobre la llamada personal que hizo Cetina, desde Harvard, a la librería Árbol de Tinta, de Bogotá, solicitando una copia del libro de cuentos *La travesía del vidente*, del escritor Mario Mendoza, el autor de *Satanás*. Bastó para que el libro de marras fuera pirateado y ahora se encuentre en esas bibliotecas ambulantes en que se han convertido las aceras y semáforos de Bogotá, México, Buenos Aires y Lima.

Más allá de los centenares de tesis sobre temas inconcebibles, relacionados con la obra de Cetina, el autor ha sido celebrado de muchas formas, por ejemplo, el caso del joven poeta Virgilio López Arce, quien le rindió homenaje en un poema de su más reciente libro, *Luna tan cerca, corazón remoto*. Un poema que le haría más justicia a Cetina si hubiera atendido a la tradición de métrica versificada, y no en ese verso libre que ha dado madera para tanto aserrín.

Aquí una pieza del libro:

El viejo poeta
Para H. Tafur Cetina

El bibliotecario camina y tose entre los
armarios. A veces su mano roza el lomo
de mi libro. Solo el polvo se demora en las páginas.
Mis palabras buscaron imitar a Dios en su misterio,
amasé acertijos insondables: no son mías las líneas de
mis manos, fui como el amanuense de un ciego que
hablaba dormido.

Mis palabras que quisieron ser como el hacha
cayendo sobre el tronco,
con ellas busqué atraer las estrellas,
separar las aguas, detener las nubes.

Mis pobres palabras, que ya olvidaron el calor
de la página abierta (de un suspiro).

En una línea hablo de un sonámbulo que
camina sobre un río, de un pescador que cierra los
ojos y el mar desaparece; en otra, un pájaro arma
su nido en el viento,

y una flecha sueña con un arquero ciego.

¿También hay un caballo pastando en alguna parte?
(ya no lo recuerdo).

Empiezo a ver el olvido como un amigo de
siempre, y a desear que llegue la noche más larga.

Pronto seré un fantasma.

Como suele ocurrir con las celebridades, Cetina también tiene sus detractores. Algunos polemizan controvirtiendo el pretendido carácter innovador de su obra, afirmando que es una obra sobrevalorada. En otro nivel de voltaje, el grupo de jóvenes de la revista *Duro de Roer*, de la ciudad de Cartagena, alguna vez publicaron un artículo sobre la obra de Cetina, donde prevalecía el afán protagonístico de los redactores. Un texto poblado de infamias que merece el olvido. Tal vez Cetina nunca se enteró de esta nota, pero algunos devotos hicieron sus descargos: “ladran Sancho, señal de que cabalgamos”: con las piedras que le tiran, él construye su morada.

El director de cine colombiano J. J. Junieles se ha servido impunemente del cuento “Un reloj sin manecillas para el relojero ciego”, del libro de cuentos *El idioma de los Ángeles*, de Cetina, para hacer adaptación libre en una película que solo resulta interesante por los nudos y contingencias dramáticas presentes en el texto, cuyo efecto disminuye y se empobrece en manos de supuesto director, que tituló el filme como *Nacidos para soñar*, obviedad carente de toda sugerencia o novedad. La película parece en realidad una fotonovela, contada a base de fotografías móviles. Cada director es como un caballo que quiere llevar el carro en su dirección, pero este no parece ir a ningún lado. Desde ese punto muerto, a intentar balbucear en el arte de Fellini, hay galaxias de por medio.

El cuento de Cetina da cuenta de un personaje, Sergio Basán, quien lee en un diario la columna de una periodista, Ángela Cortez, donde ella cuenta un sueño que él también ha tenido la noche anterior. Es solo una coincidencia, se dice Basán, y continúa su vida. Unos días más tarde, en un programa radial, la misma periodista hace una fugaz alusión a otro sueño, que él también ha soñado, esta vez cuenta más detalles y pormenores.

Basán está intranquilo, no puede borrar la realidad de los hechos. No sabe por qué, ni con qué propósito, va a las oficinas del diario en busca de Ángela. Ambos se ven por una puerta entreabierta, se reconocen porque ya se han visto en el mismo sueño. Visiblemente perturbada, ella cierra la puerta, informa que no quiere ver a ese hombre, que no está para nadie. Tiene miedo. Las llamadas telefónicas tampoco son atendidas, sin embargo, Basán deja sus datos de contacto. Esa noche, mientras él sueña, se le ocurre escribir una nota, y dejarla en el sueño sobre una mesa del decorado: “Yo estuve aquí, contigo, compartiendo este sueño. Hablemos. Sergio Basán”.

Esa misma noche, en ese mosaico de imágenes de que están hechos todos los sueños, Ángela descubre la nota sobre la mesa. Ahora es ella quien llama a Sergio, le pide que se encuentren para poder hablar sobre el asunto. Después de hurgar juntos en el pasado, buscando algo en común que explique todo, descubren que ambos son adoptados, y que los dos conservan copias de la misma foto que les dieron en el orfanato, donde murió su madre después de dar a luz. Son hermanos. En la foto, detrás de su madre, hay una casa.

Después de varias semanas investigando, acudiendo a varias fuentes que poco a poco los fueron acercando a lo que buscaban, descubren un pueblo con la arquitectura especial de la casa en la fotografía. Viajan hasta allá, recorren sus calles durante un par de días, preguntan a los lugareños, y por fin la encuentran. Cuando llegan, la puerta está abierta e ingresan, se parece mucho al escenario de sus sueños.

Llegan entonces hasta una habitación, donde hay un hombre dormido que despierta en ese instante, y se asusta al descubrirlos. Una vez más son los personajes que lo han perseguido en muchas de las pesadillas que tiene desde niño, pero cada vez son más reales, se siente todavía en un sueño. El miedo hace que abra el cajón de una mesa —aquella

misma mesa sobre la que Sergio dejó la carta para Ángela—, saca una pistola y dispara.

Ángela y Sergio caen asesinados. El hombre no puede creerlo, ¿el sueño continúa o ha despertado?, entra en pánico, nervioso los registra y encuentra la foto de su madre. ¿Qué significa esto? En realidad no necesita que nadie se lo diga, son sus hermanos, de quienes fue separado al momento de nacer. Alguna vez sus padres adoptivos, antes de morir, le revelaron su existencia, pero nunca supieron el destino que habían tomado los otros niños.

El hombre no soporta el absurdo de toda la situación, imposible detener los pensamientos que llegan a su cabeza, por eso después de meditarlo durante varias horas concluye que solo hay una posibilidad para descubrir la verdad de todo, el hombre toma el arma, y se dispara. El cuento termina allí, también la película, la imagen final es la ventana de la habitación donde ha ocurrido todo, tres cuerpos están tirados en el suelo, y una ventana que mira hacia una noche clara donde se ven las estrellas allá lejos.

Homero Tafur Cetina se fue a vivir a un pueblo de Nuevo México, que conoció por accidente en uno de sus viajes, esa es la última noticia cierta que se tiene de su existencia. Han pasado diez años desde entonces, sin que nadie sepa algo más de su vida. Él no es como esos escritores que van por ahí, como los santos, mostrando sus llagas para que sean lamidas por los perros. No hay fotos de él en las solapas de sus libros, se siguen sin saber muchos pormenores de su biografía, y por supuesto no concede entrevistas por ningún motivo.

Nadie ha cantado como él la soledad y el absurdo de esas criaturas que deambulan bajo el cielo, sobre la hierba, y entre el viento. Sus lectores saben que no se ha ido del todo, que tal vez Tafur Cetina solo quiso regresar a algún lugar donde no había estado jamás.

FIN

El periodista Homero Tafur Cetina imprimió la hoja, la leyó y se rio de sus propias ocurrencias, se complació con algunos pasajes de esos papeles producto del ocio y la nostalgia. Recordó con melancolía a ese muchacho que también fue él, que durante el bachillerato y la universidad devoraba incontables libros, veía películas hasta la madrugada, y soñaba con los ojos abiertos. ¿Sobrevivía algo de eso en el editor de noticias locales en que se había convertido? Tampoco podía quejarse, era un empleo seguro, no era el mejor salario, pero sí muy superior al de otros redactores normales, además había beneficios ocasionales: boletas para espectáculos, almuerzos gratuitos, y *souvenirs* publicitarios

Probó su puntería, lanzó la bola de papeles que le habían servido para matar el tiempo, mientras llegaba la hora de salida del diario, y verificaba que no había novedades importantes que cambiaran las páginas de noticias a su cargo.

Viernes en la noche. Alquilará películas para el fin de semana, dos de terror para él, y una de ese gracioso monstruo verde para su hija, tal vez alguna comedia para su esposa. Que descanse, señor Cetina, dice la muchacha del aseo, cuando lo ve salir de su oficina, y empieza a ocuparse en su trabajo.

Seis meses después, el periodista Homero Tafur Cetina, otra vez de regreso a casa por una avenida, al final de otro día rutinario de noticias y reuniones interminables, pensaba en la cita que tenía al día siguiente en un banco, para tramitar el préstamo que necesitaba para ponerse al día con sus obligaciones.

Entonces sintió que desaparecía el piso bajo sus pies, y se le hacía un nudo en el estómago, cuando leyó el título de un libro en la vitrina iluminada de una librería, *Cuando el mono se bajó del árbol*, con el sello de *best seller*, y bajo el título del libro un nombre que no era el suyo.

(2007)

EPÍSTOLA FINAL DE LOS MÁRTIRES

Todo lugar nuevo es una sucesión de misterios que se van desarrollando frente a nosotros. Es el encanto de lo desconocido, repiten hasta el hastío las revistas de turismo. Entonces la curiosidad se convierte en una religión para el recién llegado, que la practica sin ser consciente de los riesgos de su fanatismo.

Pienso en los ciegos, que cuando salen de sus lugares de costumbre y llegan a espacios nuevos que escapan a la luz de sus manos, inevitablemente deben volverse exploradores de su nuevo mundo y empiezan, como todos, con un bastón que les dé luces sobre el nuevo orden que los rodea.

Cuando le propuse a la revista escribir varias crónicas sobre pueblos olvidados de la Costa Caribe, es decir, aquellos pueblos que nadie conoce o recuerda y que nadie menciona en los diarios ni en la televisión, jamás pensé en descubrir un lugar como Los Mártires.

No estaba muy seguro de si aceptarían el proyecto, pero lo envié. El oficio de un periodista es tocar puertas a sabiendas de que muchas no se abren. Solo quería la oportunidad de volver al calor y todo lo que él entraña. Esa urgencia de la desnudez, la emoción extraña de retornar a los orígenes, de volver a vivir un tiempo perdido, una especie de nostalgia que sobrevive en uno, y solo en lugares como esos vuelve a hacerse presente. Para mi sorpresa aceptaron la propuesta.

En el último mensaje de la revista, sin embargo, una editora me informaba que, después de tres entregas, el entusiasmo inicial de los lectores había disminuido frente a la curiosidad despertada por otros temas que fueron surgiendo, más exóticos y coyunturales. Por eso lamentaba informar el fin de mi trabajo, pero me animaba a presentar otras ideas para reportería que considerara atractivas. Tal vez historias secretas vinculadas con personajes en el mundo del espectáculo, políticos o empresarios.

Me decía, igualmente, que no estaba obligado a enviar mi último trabajo, que lo dejaba a mi buen criterio. Por eso me alegra haber llegado por fin a Los Mártires, pues otro lugar no me hubiera entusiasmado tanto para decidir escribir esta crónica final de los pueblos perdidos y olvidados. En otra circunstancia hubiera hecho mi equipaje y me habría regresado por donde vine, tan pronto descubriera que no vendría un cheque detrás de mi trabajo.

Viajaba desde Flor de La Guajira hasta Rancho Grande, en la península de La Guajira, cuando el pequeño autobús donde viajábamos hizo un ruido extraño y se detuvo. El chofer se bajó, se quitó la gorra y se asomó entre las ruedas. Todos leímos las malas noticias en su cara. Llevábamos media hora esperando el paso de otro vehículo, cuando tuve urgencias de orinar. Hablé con el ayudante del chofer, antes de separarme del grupo hacia unos matorrales. Una camioneta llegó desde alguna parte. Me subí la cremallera rápidamente, corrí hacia el grupo mientras gritaba, pero cuando llegué todos los pasajeros habían ocupado los asientos disponibles. Hasta el techo estaba lleno de cajas, maletas y animales. Solo una mujer y yo nos habíamos quedado sin espacio.

La camioneta se echó a andar, el chofer se fue en ella para buscar ayuda, y el ayudante se puso a dormir dentro del autobús. La mujer y yo nos miramos. Le dirigí la mejor de mis sonrisas, pero ella me miró con una desconfianza que no se preocupó en disimular. Volteó su cara al tanto que acomodaba en su cabeza una pañoleta de arabescos. Le dije, sin esperar respuesta a cambio, que mejor nos metáramos al autobús antes de que el sol nos derritiera. Tampoco dijo nada. Al rato la mujer también entró a protegerse del sol. Una atmósfera somnolienta pareció envolverlo todo.

Minutos después, un jeep se detuvo a nuestro lado, tan maltricho que parecía venir de una larga guerra. Sin duda lo

habían reparado mil veces para poder llegar hasta allí. Un viejo con sombrero se asomó por la ventanilla, nos miró, pero guardó silencio. No era mestizo, tampoco indio. Era un rostro con rasgos ajenos a ese desierto guajiro. El ayudante del autobús seguía durmiendo con una gorra sobre la cara y podría decir que no advirtió la llegada del anciano.

Decidí bajarme y hablar con él. Le conté quién era y lo que había sucedido. Me dijo que más adelante en el camino, tomando un sendero, a pocos minutos quedaba un pueblo. “Los Mártires —me dijo—. Yo me dirijo hasta allá. En el pueblo hay una camioneta en mejores condiciones que esto y que puede llevarlos hasta donde ustedes quieran”. Dijo que el chofer tardaría en regresar con el mecánico y que pronto se haría de noche y en la oscuridad sería difícil arreglar el autobús.

Las piedras ponían más atención que el muchacho, quien parecía seguir durmiendo a pierna suelta. Ni siquiera intenté reclamarle una parte del dinero de mi pasaje. Monté mi bolso de viaje al jeep, cuando estábamos a punto de arrancar, la mujer, tal vez acobardada ante la posibilidad de quedarse sola con el ayudante, le dijo al viejo que también viajaría con nosotros.

Se llamaba Jacobo Patrich. No lo hubiera sabido si no le extendiendo mi mano para presentarme. Entonces supe que la mujer se llamaba Refugio, que era comerciante, venía del cabo de la Vela y estaba cansada del polvo y los indios. Yo abrí mi mapa de mano, pero no encontré ninguna referencia a Los Mártires. El viejo habló poco durante el viaje, que resultó más largo de lo que pensaba.

El sendero serpeaba entre piedras y yerbas como una difusa culebra amarilla. De pronto el verde se fue, las orillas que daban forma al camino se perdieron y la ruta se fundió con el mar de arena que se abría a los lados. Se sentía como si no hubiera nada más allá, aunque veíamos cercas con alambres

que desaparecían y luego inesperadamente volvían a ponerse en pie algunas pocas tunas verdecidas y cactus florecidos de espinas. Los pocos árboles que había tenían las ramas secas y daban la impresión que de ellos acababan de bajar un cristo.

Cuando vimos las primeras viviendas a lo lejos, el viejo dijo que llegaríamos a una casa que antes había sido escuela, y luego hotel, frente a la cual, con seguridad, estaría estacionada la camioneta. Nos cobraría lo justo por el servicio prestado. Él mismo conduciría hasta el lugar más cercano donde pudiéramos tomar un autobús.

Llegamos al pueblo. En la entrada había algunas casas de madera y palma, semejantes a las que adornan los pesebres navideños. Pero aquí la nieve es seca y se parece mucho al polvo. A medida que nos adentramos por la calle principal, yo intentaba abarcar todo con la mirada, observando en todas las direcciones: las sucesivas fachadas de las casas, empolvadas y descoloridas. Sombras en algunas ventanas. Una bicicleta oxidada con las llantas bajas recostada a una esquina, listones y cajas de madera por aquí y por allá, neumáticos, hojas secas, alambres y más polvo todavía. En el cielo ningún cable de luz eléctrica.

Nos estacionamos frente a una casa de dos pisos, en cuya fachada se veía el fantasma de un viejo aviso: “Posada Bristol”. Me pregunté por qué decía posada, en vez de hotel, residencia, pensión, o cualquier otra palabra más propia del lenguaje de esa zona. Dos perros buscaban sombra, husmeando bajo la camioneta que no era tan diferente al jeep, pero se veía más resistente a los trayectos largos.

Subí las escalinatas hasta la terraza de la posada. Había un par de hombres sentados en mecedoras frente a sus respectivas casas. Uno era tan joven como yo, pero más delgado. Tenía sombrero y manchas rojas que sobresalían bajo sus

anteojos negros. Se inclinaba hacia adelante,ladeaba su rostro, dirigiendo su expresión hacia donde yo estaba, como si intentara afianzar su visión. El otro hombre maniobraba con sus manos un tabaco, movía con esmero la boca y lanzaba gruesas nubes de humo que no dejaban ver su rostro.

Entonces, a lo lejos, vi salir a dos mujeres que cruzaron la calle tomadas de la mano. Escuché una música de cascabeles, como aquellos que los pastores de cabras y chivos amarran a las patas de los animales para que adviertan cada uno de sus pasos. Así evitan que se pierdan en los montes y es más fácil descubrirlos en la noche, cuando se han alejado del rebaño.

A mi lado reapareció el viejo Patrich. En su mano tenía una botella con algún tipo de ron amarillo que, al probarlo, me despertó todo el cuerpo, pues sentí un volcán haciendo erupción en mi boca. Me dijo, mirando hacia donde yo miraba, que el pueblo no siempre había sido así, que había tenido su esplendor. Su abuelo había sido Douglas Patrich, un gran pedagogo que llegó a Los Mártires desde Curazao a probar suerte con la importación y venta de máquinas de toda clase, así como el comercio de medicinas y víveres. Abrió un almacén, de esos de frontera, que venden de todo, desde alambre de púa hasta las hijas de los indios para labores de cocina.

“Mi abuelo tuvo una hija, mi madre, que nació ciega —sacó un pañuelo y se lo pasó con fuerza por la cara tejida de arrugas—. Entonces él se dedicó a enseñarle braille, el lenguaje para ciegos que se lee con los dedos de las manos. En la región pronto se supo que mi padre enseñaba lectura a los ciegos y les enseñaba cómo desenvolverse. Entonces desde Maicao, Dibulla, Riohacha y otros pueblos, las familias fueron trayendo a sus hijos ciegos, más de los que uno podría imaginarse. Suficientes para que mi padre terminara fundando una pequeña escuela de internados: Hogar de Ciegos Santa Lucía”.

No lo pensé dos veces: qué lugar mejor que este para cerrar la entrega de mis crónicas periodísticas con un dato histórico tan curioso como una escuela de ciegos en mitad del desierto. Además, con un nombre tan significativo para un pueblo olvidado: Los Mártires, que remite a la agonía de los santos. Porque hay que tener algo de santo para continuar viviendo en estas condiciones. Sería algo así como una epístola final de los mártires.

Decidí entonces quedarme, por lo menos una noche. Le hablé al viejo Patrich de mis intenciones: conversar con algunos lugareños, recopilar algunas anécdotas sobre el pasado del pueblo, destacar algunos personajes populares, compilar hábitos, costumbres y apropiarme de su atmósfera.

Pregunté a Patrich si quedaba en la posada alguna habitación. Le dije que mi intención era pasar la noche, levantarme temprano y que me presentara algunas personas notables del lugar. Hacerme de todo el material posible para el artículo y luego marcharme con él en la tarde. Le gustará ver el nombre de su pueblo en el papel. Una crónica sobre Los Mártires, que le recuerde al mundo su existencia. Tal vez otros periodistas se interesen, a veces salen cosas buenas de todo esto. Quizá el gobernador se entera y se preocupa por la situación que viven. Cada cien años ocurren milagros. Además, por las condiciones de vida que veo, ustedes realmente parecen unos mártires.

Me pareció ver a Patrich meditar más de lo normal mi inocente propuesta. Agregué que sin duda él era un hombre muy ocupado, por eso yo le pagaría sus servicios y las molestias que le causara.

“Déjeme pensarlo —me dijo—. Por lo pronto espéreme aquí”. Se adentró en la casa a través de un largo pasillo. De una puerta en el fondo apareció el perfil de una mujer con

bastón. Tenía en las manos unos mazos de hierba que olía mientras conversaba con Patrich.

La mujer del autobús se me acercó. “Creí que se marchaba con nosotros”, me dijo. Le dije que no, pero no le di explicaciones. Hay gente por todas partes pensando que la confianza se quita y se pone como una camisa.

—Escuché que es periodista y que piensa escribir algo sobre este pueblo. Déjeme decirle que ande con cuidado. Hay mucho contrabando en esta tierras, negocios de frontera; cosas de indios y gente mala. Hay gente a la que no le interesa llamar la atención y menos que vean su nombre en los periódicos.

El comentario me cayó como sal en el ojo. Decidí no enzarzarme en una discusión sobre el libre albedrío de la gente, la libertad de hacer con uno mismo lo que venga en gana y no andar por allí prestando atención a cualquier cosa que uno escuche. La gente que da consejos gratuitos se cosecha como polvo en las calles.

En realidad, sabía que la mujer tenía miedo de regresar sola con el viejo hasta la carretera, así como no quiso quedarse con el ayudante del bus. ¿Me vio cara de ángel de la guarda, o qué? “Gracias por el consejo”, le dije, y me alejé de ella sin más.

Ya no había nadie en la calle. Los dos hombres que había visto antes se habían marchado hacia alguna parte. Ya tendría tiempo de hablar con ellos, cuando Patrich me sirviera de guía en el pueblo. Empecé a tomar notas mentales para mi futura crónica. El tiempo en Los Mártires es como la naturaleza, evita que todo suceda de una vez. Pero creo que nunca había estado en un sitio tan cerca de su extinción. Me gustaba su atmósfera de pueblo fantasma. La vegetación escasa. El sol y la sal en el aire haciendo su oficio.

Imaginé niños jugando fútbol en un campo de tierra. El polvo levantado por cada patada y la pelota con su pequeña campana indicándoles a los ciegos el rumbo de su camino. El rostro feliz de los niños, los ojos blancos como el polvo que pisaban. Una mujer que llega y les dice que ya dejen de jugar, que vayan a bañarse. Y los niños ciegos buscando las cuerdas que van de lado a lado de la cancha y que los guían hacia donde están sus habitaciones.

Niños de varias edades, mestizos, indios, turcos. En los bordes de sus camas, rezando en voz baja, guiados por la voz de alguien. Luego se hacen la señal de la cruz y se meten en sus sábanas.

Tomé una, dos, tres fotografías. Perdí la cuenta. Me alegró saber que no había olvidado tomar unas fotos: casi siempre lo recuerdo justo cuando estoy a punto de terminar una entrevista o abandonar el lugar en cuestión. ¿Cuántos habitantes quedaban en Los Mártires? ¿Doscientos? ¿Menos de un centenar? En realidad, solo había visto cuatro, tal vez cinco, y otras personas a lo lejos, o su sombra en las ventanas. Tal vez la mayoría vivía de cultivar tubérculos, criar chivos, gallinas, vender huevos y leche.

Supongo que todo debía parecerme un poco extraño, pero solo para alguien que no vive aquí, como yo. De lo contrario uno podría conjeturar muchas ventajas a sus costumbres. Por ejemplo, las pocas personas que he observado visten igual, como si los hijos y las hijas heredaran las prendas de sus padres. Imagino que si hay que hacer algún ajuste no hay problemas, pues la costura y el bordado son oficios ancestrales en cualquier parte. Esta igualdad en el vestuario tal vez es un reflejo de igualdad entre la gente, lo que reduce de manera importante los posibles conflictos que pudieran presentarse en el trato.

Cada vez sentía más calor y la luz excesiva me hacía sentir alfileres en los ojos. La somnolencia llegó, el ron hacía su efecto. Regresé al hostel, en cuya sala había pocos muebles, entre ellos una mecedora donde me senté, y en la pared, la sombra de un cuadro, o de un espejo, que había estado colgado allí por muchos años, pero del que alguien se había cansado.

El viejo Patrich se hizo presente. Dijo que me veía cansado, que podía subir, pues mi habitación ya estaba lista. Subimos al segundo piso, me llevó hasta la puerta y me entregó la llave. Me bastó ver sobre una mesa un viejo ventilador con aspas de metal para ser feliz. Sentado en el borde de la cama sentí el aparato moviendo el aire caliente. El olor a guardado no se lograba disipar a pesar de que la ventana estaba abierta. Me quité los zapatos y me acosté boca arriba en el colchón.

Pensé en echar raíces en algún sitio, pero siempre lo fui postergando. Hoteles, pensiones y residencias han sido mi único hogar desde hace muchos años. Nadie notará mi ausencia. Mi exmujer y mi pequeño hijo viven en otro país y han hecho sus vidas con otras personas. Hace años, tras la muerte de mi madre, me disgusté con mi único hermano por un asunto de tierras. Desde entonces no hablamos, ni siquiera preguntamos el uno por el otro. Uno aprende a vivir con sus decisiones, pero ojalá pudiera pedirle perdón.

Tengo pocos amigos, debido al carácter independiente de mi oficio, que hace que viva poco tiempo en un solo lugar. Todos mis contactos los hago a través de alguna llamada ocasional o de correos electrónicos, donde solo soy unas palabras que le llegan a alguien de vez en cuando: unas palabras entre muchas otras palabras que llegan. Mi editor no espera esta crónica y con seguridad mi ausencia la llenará otro con mejor suerte. Me hubiera gustado escribir esa última crónica sobre Los Mártires, solo para recordarme a mí mismo que no estaba loco.

Hace poco he despertado con la sensación de no saber dónde me encuentro en realidad. Por eso lo primero que hice fue apartar la cortina y asomarme por la ventana. Vi un grupo de gente, en silencio, frente al hostel. Muchos tenían anteojos oscuros, otros tenían los ojos blancos de los ciegos de nacimiento, algunos tenían cicatrices en sus rostros. Allí donde debían estar sus ojos había dos hondas cicatrices. Entonces vi a Patrich y a una mujer, llevando por los brazos a la mujer que había llegado conmigo al pueblo. La conducían hasta la camioneta, casi no oponía resistencia. Su cabeza estaba rodeada por una venda que le tapaba los ojos. Había dos manchas rojas en la tela.

En el ejercicio mental de imaginar cómo viven los habitantes de Los Mártires se me olvidó suponer que, para algunos pueblos, es realmente importante proteger su forma de vida y para preservarla están dispuestos a hacer todo lo que sea necesario. Un versículo en la Biblia dice que hay algunos que no verán la muerte. Ya he olvidado hasta los santos de mi devoción cuando era niño y solo una idea me depara esperanza: tal vez los vivos somos lo que los muertos sueñan.

Me aparto de la ventana, no quiero que sepan que los he descubierto. Pero es solo un reflejo, porque un rumor de voces llega desde abajo y escucho pasos subiendo la escalera.

(2009)

DONDE NO LLEGAN LOS TRENES

Hace mucho leí algo que me causó impresión: cuando Anthony Hopkins, el actor de *The Silence of the Lambs*, era todavía un desconocido, le ofrecieron un papel en la película *The Girl from Petrovka*, basada en la novela del mismo nombre.

Hopkins buscó la novela en muchas librerías de Londres, pero, al parecer, el libro estaba agotado y no lo encontró, así que se dispuso a regresar a su casa en tren. Mientras esperaba sentado en la estación, observó que alguien había dejado olvidado algo en una de las bancas. Al acercarse descubrió que era el libro que tanto había buscado.

Pero la historia no termina aquí.

Cuando el autor del libro y Hopkins se conocieron, el primero le comentó que no le quedaba siquiera una copia de su obra, pues la última, con sus notas al margen escritas a mano, la había prestado a un amigo hacía muchos años en Nueva York y este la había extraviado. Hopkins mostró el ejemplar hallado en la estación de trenes en Londres y resultó ser el libro perdido del escritor.

Es el color de la tarde, o la manera de ir y venir que tiene la falda de una mujer que se dispone a cruzar la calle frente a mí, lo que me ha hecho recordar esa curiosa anécdota. La mujer pone los ojos en alto, como los santos, hacia el semáforo.

Entonces se enciende en mí otra luz que columpia, entre la verdad y el sueño, un recuerdo: cerca del barrio había un estanque donde yo solía ir a tirar piedras. El estanque era un agua en reposo, lenta y caliente, olía igual a la tierra que lavaba. A veces iba allí con Juliana, una vecina rubia como naranja madura, que tenía por ojos un par de mariposas aleteando.

Se sentaba en la orilla conmigo y, con la falda recogida, también arrojaba piedras. Ella sabía el nombre de todas las hierbas y me los decía mientras su risa humillaba el canto de los pájaros. Un día, después de haber arrojado muchas piedras, Juliana y yo vimos aparecer la cabeza de un hombre viejo en el estanque. No se había ahogado, era un rostro de otra parte. Nos miró un momento con ternura, sonrió, brilló un instante bajo el sol y se hundió como si jugara a las escondidas.

Ella corrió a refugiarse en mí. No tuve miedo, me sentí fuerte. Juliana era la única flor del fango, tenía el pelo suave y daban ganas de sobarlo. Regresamos al barrio tomados de la mano. Ella se fue a su casa, y yo anduve por ahí, en los corredores y esquinas, pensando en aquel viejo del estanque.

Nunca más hablamos ella y yo sobre el asunto, quizá todo fue un sueño con olor de cosa viva. Al tiempo, ella tuvo que mudarse. Deseé ser pequeño entonces, tan pequeño que siempre me llevara consigo, como un lápiz, un dulce, no lo sé. Encontré en un bolsillo un pequeño frasco de perfume que ella me había dado a guardar, me lo bebí todo, como si con eso pudiera recuperarla. Nunca más la he vuelto a ver.

No sé por qué uno recuerda o recupera determinadas cosas y otras se pierden, borradas o escondidas por una mano ciega y terrible. No sé cómo un libro regresa a su origen después de darle la vuelta a medio mundo, y otras cosas no aparecen jamás, aunque sepamos que no han salido de nuestra propia casa.

Esa mujer allí enfrente, con su falda al viento y yo, parecemos dos pasajeros que en la noche coinciden en la misma estación. Esperamos un tren que nunca pasará, mientras sufrimos la sed por un tiempo perdido, por un estanque allá lejos, donde todavía puedo ver reflejado el rostro de Juliana.

(2007)



ALMENDROS CONTRA EL SOL
(FRAGMENTOS DE NOVELAS)

NADIE JUEGA DOS VECES EN EL MISMO PATIO

(De la novela Hombre solos en la fila del cine, 2004)

Se veía elegante con su vestido negro, pero demasiado inmóvil en el ataúd. Se levantará en cualquier momento, te dices, se pondrá a reír y a celebrar la broma, como quien ríe después de asustar. Pasa el tiempo y no ocurre nada. ¿Y si los muertos siguen viéndonos, aunque tengan los ojos cerrados?

Sientes una fiebre en la sala que no viene de las velas, ni del calor de todos esos cuerpos dando el pésame a las tías y a la abuela. Algunos se echan fresco con pañuelos y sombreros, sentados en viejas sillas de madera y cuero. La fiebre abre ventanas, se ven rostros de vecinos que prefieren el corredor que da a la calle. A todos los une el comadreo, el café con ron, a pocos el padrenuestro en los labios.

Te sientes raro, la cola de un gato en una sala llena de mecedoras. Creías que solo los pájaros y los perros daban su carne a las hormigas, moscas y gusanos. Esa idea de muerte se desvanece y deja esa caja negra entrometida en el orden natural de la sala. Alguien te dijo que el abuelo compró el ataúd cuando era joven, luego lo colgó en las vigas altas de su cuarto, era lo último que veía al dormirse, y lo primero al despertar.

Aprovechas la confusión para escaparte al patio. Allí flota un aire grueso, algo haciéndose presente: una aprensión. Desde que tienes memoria tus padres se habían ido a vivir a una ciudad cercana y te habían dejado en aquella casa al cuidado de los abuelos y las tías. Veías ocasionalmente a tus padres, los amabas, debías amarlos, solo que parecían seres imaginarios, flores de una tierra prometida que siempre estaba lejos.

Pero el abuelo, su cara de telarañas, sí era real. Así como era verdadera la casona con alto techo de palmas y vigas gruesas como mástiles de barco. Un espacio con rincones que

hacían olvidar las paredes, un ámbito apacible que se volvía contingente y huracán gracias a la abuela, que se despertaba temprano invocando infiernos bíblicos, como si tuviera fiebre en la lengua. Sabías que su amargura tenía que ver con la vejez y su condición de ciega, pero era excesivo tanto rencor, conocías otros viejos ciegos del pueblo que también remaban en la escasez y no actuaban así.

Mientras tanto, el abuelo ejercía un silencio resignado, hablaba lenta y correctamente, como si cada palabra le costara centavos. Por su parte, las tías se habían quedado vistiendo santos, parecían purgar una inmerecida pena, pero no tenían el gesto agrio que suelen tener las solteras, eran dulces a su manera, pertenecían a ese escaso tipo de gente que renuncia a sus propios deseos para realizar los de los demás. Pero ¿cómo vivir la serenidad si el silencio solo era la antesala para la inminente rabia? Entonces te fugabas al patio, allí la música de los grillos derrotaba los gritos de la abuela.

El lugar era grande y cálido. Una batea de lavar ropa, enterrada en la tierra, era la tumba de tu hermano; el otro Santiago, de quien habías heredado el nombre, recién nacido y ahorcado por su propio cordón. Su cuerpo alimentaba las plantas y los árboles del patio y cuando el viento pasaba las hojas parecían rumorar la respiración de un durmiente, se sentía un calor de sangre en el aire, un aire raro dentro del aire: la carne se hizo verbo y habitaba entre nosotros.

El patio eran dos mundos. Una zona inicial domesticada por el uso donde hervían cayenas, limoneros y naranjos. Los árboles llovidos eran remecidos por el viento, sus ramas parecían hacerle cosquillas al cielo. Arriba, el sol era un mango amarillo que bajaba hasta las ramas altas de los árboles, pero nadie podía alcanzarlo. Abajo, las ramas convertían al patio en un gran encaje de luz y sombra, el escenario de una primera comunión.

Más allá otra dimensión, el palacio de las cosas olvidadas, un basurero doméstico entre troncos negros, yerbas altas y un diluvio de lianas: muebles destruidos, libros y periódicos amarillentos, lámparas de petróleo oxidadas, sombreros agujereados, ollas tiznadas y aporreadas, trapos sucios, botellas rotas, espejos quebrados repitiendo el rastrojo. Allí las ramas llevaban las huellas de las estaciones adversas, era el reino de la culebra, los alacranes y las almas en pena.

Por ambos mundos andabas. Con una totuma en la mano llena de huevos tibios de gallinas y patos. Comiendo nísperos caídos, dando de comer yerbas y conchas a las enormes tortugas de tierra, hacías sentir el trote de tu caballo de palo, amarrabas hilos de coser a las libélulas para elevarlas como barriletes, sacabas lombrices de la tierra negra y las llevabas a las cuevas de las hormigas, luego veías la guerra del ejército contra el gigante.

El patio tenía por bandera las camisas guayaberas del abuelo, los vestidos enlutados de las tías, las sábanas blancas como fantasmas recientes. Fisgoneabas por entre las cañas viendo los patios vecinos, donde las vecinas orinaban en cuclillas, a escondidas entre las matas.

El viejo se mojaba el pelo con agua y hojas de limón, luego se peinaba con esmero mirándose en un espejo cagado de moscas. Después, sentado en una silla de madera y cuero, oía boleros, charangas y partidos de béisbol en un radio de pilas mil veces reparado; un radio con gente sin cara, solo riéndose o llorando a cántaros.

Cuando no te columpiabas en las llantas colgadas de las ramas, ayudabas en el alambique de ron casero, o te la pasabas en el cuarto del viejo. Allí, acostado en la hamaca, hablaba hasta los linderos del sueño, tejiendo historias con el hilo de su saliva. De día lo veías llevando las botellas de un lugar a otro del patio, cargándolas como si adentro durmieran genios cumplideseos.

Cada vez más las nubes en los ojos le hacían difíciles los días. Un viejo cuyo orgullo había quedado reducido a unos alambiques de ron ilegal, de donde, por alguna razón, las botellas y trastos desaparecían un día antes que visitaran los gendarmes de la Aduana.

La abuela y las tías hacían sus reparos, él salía del paso diciendo cosas: “Mujeres, el ron mata lo vivo, pero conserva lo muerto”. Las botellas que, según las tías, guardaban “la sangre del mismo diablo”, daban parte del poco dinero para la supervivencia de la casa.

Las tías hablaban entre sí y tú las escuchabas a escondidas: “Pobre niño, tan solo con ese viejo. No es bueno que pasen tan juntos. Es cierto que sale a veces y juega en la calle, pero al rato regresa con papá. A pesar de ser un niño es como si no lo fuera, es como un viejo disfrazado de niño”.

El viejo aseguraba que el sentido o sinsentido de la vida no era asunto de la gente, sino de alguien más, pero sí existían cosas importantes que no había que perderlas de vista: las deudas, las mujeres, los hijos, los caballos y un buen gallo de pelea; esas cosas había que tomarlas muy en serio. Dentro de grandes frascos guardaba ungüentos y líquidos espesos. Los vecinos llevaban los niños para frenarles la tos o sacarles lombrices, daba cucharadas de malva, ruibarbo y jalapa. Ensalmaba picados de culebras, recetaba pomadas y ungüentos para aliviar achaques, sanaba llagas, quitaba rasquiñas con caraña y árnica y frenaba el escorbuto con sangre reciente de vaca.

Entonces llegaron la tos y la fiebre, llegaron para quedarse en el cuerpo del viejo. Sus ojos buscaron esa sombra que debiste ser tú y te dijo con voz de animal enfermo: “Me voy a morir, no quiero que hagas desorden por eso”. Parecía sentir una paz inaprensible, contento de librarse de un dolor de fondo, un dolor que ya no se sufre conscientemente, sino que se guarda, atenuado y familiar.

Días después de su muerte, camino a los transportes junto a tu padre y tu madre, pasaste por la plaza del pueblo: hombres con sombreros viejos sentados en las sillas de sus animales, una mujer llevaba un atado de leña sobre su cabeza y arrastraba un cerdo enorme con una cuerda. Te diste cuenta de que nunca conociste del todo esas calles, por el contrario, podías recordar el nombre y la disposición exacta de las matas en el patio, el olor y los objetos de cada rincón en la casa del viejo.

En la ventanilla del autobús escribes con el dedo nombres de colores imposibles y de animales que no existen, los perros ladran el paso de la máquina. Todo se hace pequeño, puedes ver la cabeza de la iglesia rodeada de casas enanas, la oscura cruz hundiéndose en la curvatura del mundo. Luego los campesinos encorvados sobre las siembras, el desfile de pueblos y montes. En el cielo una constelación de formas sombrías.

ALMENDROS CONTRA EL SOL

(De la novela Hombre solos en la fila del cine, 2004)

Despertarse mirando el cielo raso con susto y fiebre en una cama pequeña, en un cuarto estrecho, en una casa donde las paredes siempre quedan cerca. Porque eres un niño.

Todavía no hay visos de amanecer, tengo sed y ganas de orinar pero aún no sé cómo llegar al baño. Me pongo las sandalias y me aventuro. La nueva casa está a oscuras, solo hay luz en mi habitación, la apago, eso me hace sentir más en el ámbito. En la sala hay un ronroneo sereno, como si fuera el corazón de la casa: es la nevera. Me acerco, adentro es otro mundo. Después en puntillas hacia el baño, un espacio cómodo de luz amarilla y algo curioso: un duende azul lavándose los dientes. Es tan pequeño que no me produce temor, aunque debiera, pues tiene los ojos vacíos como los agujeros de un antifaz.

—¿Quién eres? —le digo.

El duende azul me mira, parece sopesar la pregunta, luego esboza un gesto que aspira ser sonrisa.

—Un amigo —dice, con una voz comprensible pero que suena como sierra contra madera—. ¿Y tú? —pregunta a su vez.

Lo pienso, hasta entonces no parecía una pregunta difícil.

—No lo sé.

—¿No sabes quién eres?

—No.

—Eres muy extraño.

—Vaya, quién lo dice.

Sonrí y el duende me imita en una forma peculiar, algo como entre burla y asombro.

—Lo siento —dice el duende y sale.

Termino de orinar y ya no hay rastros de él. Luego un ruido. Allí está mi padre mirándome como si yo fuera un duende azul.

—¿Qué ocurre, hijo?

—Nada. Estaba en el baño.

—Pensé que necesitabas algo.

—No, estoy bien.

Nos miramos en silencio.

—Bueno, vuelve a la cama. Es tarde.

—¿Quién es el duende azul?

Mi padre y yo nos miramos largamente, como si jugáramos el que parpadea pierde.

—¿El duende?

—Sí.

Se acerca, acaricia mi cabeza y me conduce suavemente en dirección al cuarto, una vez allí me dirige a la cama y me arroja.

—Debe haber sido un sueño, hijo.

—Estaba en el baño.

—Mañana hablaremos —dice.

Me hace una caricia en la mejilla, apaga la luz y sale.

Al día siguiente, en la mesa, el desayuno es pan, mantequilla, huevos y leche. Todo está bien hecho, sabe bien. Pero hay como un frío allí, algo que no se rompe, una pared invisible y exasperante. Mi padre no hace ningún comentario sobre el duende, lo más prudente es no sacar a relucir el

tema. Mi madre habla de la escuela donde piensa inscribirme, dice que es un lugar excelente. A sus preguntas asiento con la cabeza, algo en la garganta no me deja hablar. Sé que estoy a punto de llorar, me paro intempestivamente derramando la leche. Mi padre viene tras de mí, entonces corro y me encierro en el cuarto.

—Abre hijo, abre. ¿Qué diablos le pasa a este muchacho?

La voz de mi padre se quiebra en mí como la luz cuando choca contra el agua, me siento estúpido con aquellas lágrimas calientes en la cara. Escucho la voz de mi madre diciendo a mi padre que me deje y agradezco por dentro. Pienso en el abuelo, lo recuerdo recostado a la madera podrida de un árbol; me parece que él ya no es tan bueno como pensaba, que él es quien me ha metido en aquel lío y no entiende por qué. Presiento que no puedo parar, que no es así como se juega el juego, sé que debo inventarme algo para poder seguir, como hacen los cojos en las calles, los cojos inventan su propio modo de caminar, todo depende en dónde les duela.

Mis padres se alejan de la puerta, son buenos, pero hay algo que no logro entender, como un misterio entre ellos y yo. ¿Y aquel duende azul que mi padre finge no conocer?

Otro día:

—¿Por qué tan callado? —dice madre.

—Los de su edad son así —dice padre.

—¿Así cómo? —pregunta ella.

—Hoscos. Eso es bueno, ayuda a formar el carácter, si quieres vivir largo hazte viejo temprano.

—Yo creo que él se siente mal —dice madre.

—Claro que no, ¿cierto que no te sientes mal?

—No... no me siento mal.

Realmente me sentía como cuando entras a la mitad de una película y no tienes sino unos cuantos nombres, unos cuantos diálogos y gestos iniciales que no te dicen mucho del mundo que está frente a ti.

Ellos discuten. Ya no los escucho. Cierro los ojos y mi mente abre túneles por los que escapo en busca del patio, un ámbito con suficientes escondrijos para fugarme del planeta soberbio que me rodea.

El barrio quedaba en las afueras, una isla casi circundada por la hierba y orillada por una avenida. Había pocas casas y distaban entre sí, separadas por solares y calles que apenas se insinuaban entre matorrales y piedras que dificultaban el paso. Había casas de ladrillo entero y muchas otras con techos de hojalata sujetadas con maderos y piedras. Cuando hacía viento el tejado golpeaba espantosamente y amenazaba con echarse a volar. Con el tiempo los techos se volvían marrones al oxidarse y había que curarlos con brea de emparchar las calles. Calles que parecían no tener que ver con el resto de la ciudad, pero donde llegaban puntuales los camiones de cerveza.

El colegio quedaba a media hora de casa, diez calles a pie camino del centro. Salones de muros blanqueados con cal donde la vida era seria como un puño, una sucesión de clases donde los pizarrones se volvían paredones de fusilamientos. Los brazos de los pupitres estaban manchados de tinta, todos escribían y tallaban sus nombres en ellos, lo que hacía pensar en lápidas de cementerios pobres.

Una falla en las cuerdas vocales, una apreciación demasiado delicada de las cosas convertía a cualquiera en candidato a marica. La idea era no dejarse, hacerse sentir, sacar pecho: mierda, cabrón, hijo de puta. Dar leña con razón o sin ella, devolver todos los golpes, de lo contrario la fama de pendejo

se extendía y los abusos se multiplicaban: al que se viste de miel se lo comen las moscas.

Las simpatías bien disfrazadas, por un lado el bacán de deportes, por otro el cuchilla de matemáticas (con la madre más mentada del planeta.) Lo mejor de la jornada era el campanazo de salida, la vuelta a casa comiendo mangos verdes con sal, tocando timbres de casas ajenas para luego echarse a correr como locos.

Con el tiempo fui haciendo descubrimientos. Un sábado de encomiendas familiares iba solo y despistado en el autobús, entonces la parada de turno se pasó. En vez de bajar y devolverme sentí el impulso de quedarme allí sentado, mirando por la ventanilla.

Desde entonces empecé a escaparme y tomar buses sin rumbo. En casa creían que jugaba fútbol o béisbol en las canchas cercanas. En realidad, pasaba horas y horas viendo por las ventanillas las nuevas calles, avenidas y plazas. Cuando llegaba al final de la ruta tomaba otro autobús. Así hasta que llegaba la noche o se acababan las monedas.

Desde casi todos lados se podía ver el cerro de La Popa, el blanco monasterio coronándolo, dando la impresión de estar a punto de caerse, iluminado en medio de la noche como *La casa en el aire*, del vallenato de Escalona. Más abajo, en su falda, las casas pequeñas que de noche se volvían un pesebre disperso, unidas por caminos empinados. Luego los techos coronados de antenas, las paredes grafiteadas: “Su maldita madre el que tire basura en esta esquina”. Más allá la gente colgando de los autobuses surcando la avenida.

Con la confianza que siembra costumbres empecé a llegar hasta el centro. Desde los quioscos del muelle miraba la Torre del Reloj, un monstruo de tres fauces que levantaba sus brazos de muralla a lado y lado, en actitud de defensa o

rechazo. Anchos y altos brazos rocosos en cuyas garitas las parejas de novios se besaban en paz frente al mar de leva, como burlándose de la altivez del monstruo.

Tras la Torre y el cerco de piedras se veían las altas casonas de muros encalados, los balcones de madera labrada, las celosías moriscas de las ventanas. Casonas imperiales donde resonaban aldabas de bronce. Casas grandes, y más grandes aún por lo solas que estaban dentro, con paredes arrasadas por la lepra del salitre y la calorina.

A espaldas de los quioscos flotaban barcos de colores vibrantes con nombres de islas, mujeres y santos. Las embarcaciones llevaban y traían mercancías de las islas cercanas, timoneadas por capitanes viejos que daban órdenes de subir y bajar costales, cajas y racimos de plátanos. En los quioscos el bazar de comidas no acababa, los frascos gordos hacían un arco iris de mangos, piñas y mandarinas. La gente llegaba a comer y a escuchar salsa, vallenatos, rancheras y las nuevas placas jíbaras de los picós de moda, esos equipos de sonido del tamaño de una casa. Más allá, me dijeron que existió la mancha viva de un mercado, justo donde se levantaba un edificio amarillo, una tumba maquillada que impedía la vista del viejo barrio de Getsemaní.

Me daba la impresión de que la inminencia del mar, los caños y la ciénaga hacían pertenecer la ciudad más al agua, más al aire, más a otra parte que a los pies de la gente. Parecía que el mar, tarde o temprano, terminaría metiéndose en las casas, como los cangrejos que aparecidos de la nada paseaban por las salas de las viviendas. Una venganza del mar por toda esa tierra robada para levantar hoteles. Tiempo después descubrí que la ciudad había encontrado, en la pluma de un poeta local, el más fiel de sus retratos: “Pues ya pasó, ciudad amurallada, tu edad de folletín... las carabelas se fueron para siempre de tu rada”.

De vuelta al barrio veía a la ciudad vibrando en los andenes, esquinas y semáforos. Surgían zonas donde la vida siempre estaba como deshaciéndose, un helado dulce bajo el sol y sin contemplaciones, con perros tirados en las manchas de sombra de las aceras y terrazas, pasando el fogaje, que reverberaba en la tierra como un fantasma.

Las calles se enlazaban con canciones de Ismael Rivera, Rubén Blades, Pedro Infante o Alejo Durán. Calles de pregonos con almendros dando sombra. Casi podía percibirse el rumor de miles de televisores encendidos, mudando de mundo de canal a canal, haciendo palpitar de luz el rostro de muchacho bueno del Sagrado Corazón. Un cristo blanco con manos de pianista herido, en salas de pescadores negros, de choferes mulatos, de vendedores de café; con sus párpados indios y pómulos enfáticos.

Casas compartiendo patios que hacían imposibles los secretos, cada cual en su casa y Dios en la de todos. Los tenderos de los barrios creyéndose todas las calamidades de los vecinos y fiando por meses sin malicia alguna; tiendas donde viejos vecinos sentados en banquitas mataban mosquitos a palmadas y se echaban fresco con las gorras mientras tomaban cerveza, recordando éxitos de la Sonora Matancera y Beny Moré; las hazañas de los campeones mundiales de béisbol en los cuarenta y los combates de Antonio Cervantes “Kid” Pambelé. Era normal ver en las esquinas a los gallos de pelea picoteando piedras y semillas con la pata amarrada a una caseta donde vendían billetes de rifas y loterías.

Hastiados de rebotar pelotas contra las paredes, los del barrio nos sentábamos en los corredores, nos invitábamos cigarros y aprendíamos a retener el humo para luego echarlo haciendo anillos. Echábamos chistes y piropeábamos muchachas que iban camino de las tiendas. Construíamos carros de madera y ruedas de balinera con los que se hacían carreras en

las pendientes de la avenida. Un día armábamos partidos de fútbol y béisbol, otro nos íbamos a vagabundear y a planear incursiones en los patios ajenos de barrios vecinos, en busca de cocos, mangos y guayabas. Cuando arreciaban las lluvias eran mejores los partidos, el balón se confundía con el barro y todos resbalábamos en la cancha, terminábamos bañándonos en los chorros que caían desde los techos.

La idea era huir de las peleas en casa o matar la rutina. Junto al negro Aníbal y el indio Manaure, balón en mano nos aventurábamos por calles y fincas cercanas, entre el polvo de los baldíos y el humo de las basuras; husmeando entre gallinazos como perros de dos patas. Había otro negro al que llamaban Toyota. Se la pasaba hablando de carros, calculando cilindrajes, celebrando colores y marcas. Toyota llegaba, parqueaba su bicicleta y se quedaba soñando con los ojos abiertos, desconectado del mundo, mirando la sucesión interminable de autos que pasaban enloquecidos por la avenida. Un día, cruzando de una acera a otra, se distrajo mirando un BMW y una camioneta lo arrastró. Le quedó un yeso por meses y una cojera para toda la vida.

A las playas de Marbella íbamos a cazar cangrejos y a flotar neumáticos, a encontrar piedras raras y caracuchas. Corríamos olas chapoteando en la selva de algas encalladas y echándonos chapuzones desde los hombros del más alto. Sobre nuestras cabezas los alcatraces volaban en bandada formando una V, entonces gritábamos y los alcatraces rompían filas y se lanzaban en picada.

Los fines de semana aparecían turistas de los hoteles cercanos, con sus carpas y sillas de plástico, radios y gafas de sol, barrigas, nalgas y tetas brillantes de aceite de coco. La tarde moría con fogata en la playa, viendo al mar rebotar contra los espolones, echando espumarajos como un perro rabioso.

A veces nos íbamos desde Marbella hasta las playas de Bo-cagrande, ahí nos veíamos con Pipe rompecorazones, con quien éramos uña y mugre, un mulato alto y fuerte con porte de modelo de revista o pícher de grandes ligas. Todavía puedo verlo sentado en los corredores, en las noches de viernes y sábado o recostado en una esquina, un pie apoyado en la pared, un sempiterno cigarrillo en la boca y en el pecho brillando una cadena de plata. Allí esperaba las señales de la niña de turno: quinceañeras, veteranas, solteras, casadas o viudas. Muchas mujeres del barrio calentaban en secreto sus camas con el Pipe, en una extraña complicidad, sobre todo entre mujeres.

Pipe había sido cobrador de autobuses y ahora madrugaba paseando perros de ricos por el paseo marino de Castillogrande. En una de esas conoció una diplomática noruega que también salía temprano a exhibir su cuerpazo de atleta cuarentona. La rubia le preguntó que si podía pasear y entrenar un cachorro que tenía en casa. El perro de la noruega no aprendió mucho, porque a la semana su dueña y el Pipe se gastaban las horas de entrenamiento en otros menesteres más íntimos.

A Pipe le cambió la vida. Al mes sacó pasaporte y le dijo adiós al barrio. Todos los diciembre mandaba cajas de regalos para su madre, hermanas y sobrinos; también un botellón de *whisky* para nosotros, que lo tomábamos brindando por su suerte. Pipe había coronado, seguro andaba en algún auto brillante de placas diplomáticas al otro lado del charco. Nosotros nos quedamos esperando nuestro cuarto de hora, el turno en la caja de bateo. Mientras, seguíamos en las esquinas, aprendiendo trucos y remedando peleas de box.

Por su parte, el indio Manaure era un man bien que siempre fingía lo contrario, “es que mejor lo dice Henry Fiol, aquí el perro como perro”. Manaure quería parecerse a Baretta, un

policía encubierto de la tele, con cachucha y camisilla apretada, que siempre llevaba un cigarro o un palillo en la boca. Baretta amaba una cacatúa que se llamaba Fred, amaba ese pajarraco más que a las rubias que llegaban pidiéndole protección con faldas cortas y piernas de jamón. Al otro lado de la pantalla, muy lejos de Nueva York, Manaure espantaba moscas en el expendio de carne de su padre, que solía llegar a la casa tarde en la noche, borracho y armando peleas con puños y hebillas.

Manaure quería parecerse a Baretta, tener los bíceps suficientes para matar a su viejo.

—Ya hice las pesas de cemento, la próxima le rompo la cabeza.

—No seas hueva, consíguete un machete como el de Yeisón en *Martes 13* y esta noche destrípalo y córtale el pescuezo, como él hace con las gallinas.

—Partida de mariquitas, viven en el mundo de los conejos, lo que tiene que hacer Manaure es aprender a partir tablas y bloques con la mano, como hacen los karatecas —sentenciaba otro.

—Pero eso debe doler como el hijueputa.

—Qué va, si esos manes con el grito vencen todo, no ves cómo gritan, se les ven hasta las campanas, esos chinos no son mariquitas como tú Manaure.

—Una cosa es cacarear y otra poner el huevo. Esos chinos no pueden con los balines, apenas ven balines se cagan.

—Yo vi un chino que cogió la bala con los dientes, como un confite, luego la escupió y mató con ella al otro chino.

—Eso es embuste, ¿y por qué el otro chino no la cogió también?

—Porque no era *ninja*, y los *ninjas* son chinos más rápidos que las balas y los karatecas, y hasta respiran bajo el agua como Héctor Lavoe.

El negro Aníbal era gritón y parlanchín, se movía constantemente de un lado a otro como un radio con patas que nadie podía apagar. En el barrio tenía fama por sus piropos: “Ojos de pajarita, boquita de guayaba, mira que te miro poquito pero con ganas”. Después de clases, Aníbal atendía “Los recuerdos de ella”, el quiosco de su familia adonde todo el barrio llegaba a echar chistes y a enterarse de la vida ajena. Se vendían empanadas, cerveza, cigarros, loterías y casetes de música; también alquilaban fotonovelas, cancioneros y vaqueros de Marcial Lafuente Estefanía. Colgadas en cuerdas las revistas esperaban los fanáticos del dominó y la baraja.

Tiempo después, el papá de Manaure se torció de un infarto, esa noche nos bajamos entre todos tres botellas. Manaure se mudó, me dicen que hoy maneja un autobús, en el capó tiene una cacatúa de plata y en el parabrisas una calcomanía con su nombre de batalla: Baretta.

Varias veces al año llegaban los circos a los solares del barrio. Clavaban estacas y alzaban carpas remendadas, adornadas por largos collares de bombillas quemadas. Altavoces con rancheras, corridos y vallenatos de Diomedes Díaz. Tigrillos flacos, cotorras de tres idiomas y gente fenómeno con dos cabezas, un solo ojo o tres narices; con ellos terminábamos compartiendo cigarros y escuchando partidos por la radio. Con el circo venían vendedores de comida, cacharrerías y prostíbulos ambulantes con camas de lona. Compañías itinerantes que llegaban a romper la rutina antes de perderse en los pueblos, o al regreso de ellos.

Cuando los circos partían volvían los partidos de fútbol. Un negro flaco —Silbido de culebra, le decían— con dientes blancos y grandes como fichas de dominó, ofrecía raspados

para aliviar la sed y el calor. Movía la manivela y la cuchilla de la máquina arañaba el hielo, llenaba de nieve un cono de papel y luego le echaba jugos de miel y colores. Más de un Maradona jugó en esas canchas. Túneles, tacos, chilenas, bicicletas, tijeras, rompecinturas. Milagros sin prueba como los hechos de la Biblia.

Muchos de ellos se quedaron en los barrios ofreciendo loterías o vendiendo en carretas muebles de sala, espejos y aparejos de cocina. O se dedicaron a cambiar llantas en los talleres, levantando paredes para nuevos barrios. Otros se fueron a vender a las playas camisetas chinas, gafas de sol, tabacos cubanos. Oficios de aquí y de allá, de hoy sí, pero mañana quién sabe.

DONDE BRANDO BENDICE A SANTIAGO BARÓN ANTES DE QUE EL CRONISTA VIERA LA LUZ DEL MUNDO

(De la novela El hombre que hablaba de Marlon Brando, 2019)

La primera vez que supe de la película *Quemada* fue una mañana de domingo en la que mis padres tomaban café en la terraza que daba hacia el pequeño patio de nuestra casa en el barrio Lo Amador. Tenía dieciocho años y por aquel entonces apenas había ingresado a la universidad para estudiar Leyes, porque debía ser el abogado que mi padre nunca pudo ser.

Estaba tan flaco que mi viejo repetía que un palo de escoba tenía más sombra que yo. Mis compañeros de curso decían que parecía un gusano en una bolsa, que no me ponía la ropa sino que me la colgaba. Y, para rematar, me avergonzaban los barrotes de mi cara, lo cual me producía una timidez que me acompañaría por mucho tiempo.

Me miraba todos los días en el espejo y me decía: “Marica, Santiago, estás jodido, de verdad pareces un cristo recién bajado de la cruz”. Eso era lógico, teniendo en cuenta el estilo de vida que llevaba: de mañana asistía a clases en la universidad, de tarde trabajaba como notificador en un juzgado, y de noche me quemaba las pestañas en los libros de leyes para las clases del día siguiente.

Por aquellos días, mi dos hermanos, Alegria y Nando, deambulaban de un lado a otro haciendo sus cosas, cada cual en su mundo. Mientras tanto, esa mañana especial se llevaba a cabo el ritual de siempre: papá y mamá tomaban su legendario café con jengibre rallado y un chorrito de ron para despertar el cuerpo y el alma. Ambos, con la mano voluntariosa de su nostalgia, habían intentado convertir ese pequeño patio en algo parecido a la casa del pueblo que habíamos dejado para buscar mejores vidas en Cartagena.

Había varias mecedoras, una hamaca atravesada y en una esquina el pequeño taller de modistería de mi madre, su máquina Singer y cajas con enseres de costura, así como una pequeña selva de matas medicinales en sus macetas, yerbabuenas, mentas y ruibarbos, y en especial una planta de ruda para protegernos de las malas horas. Todo estaba bajo un techo con sombra suficiente para protegernos del sol y ver llover. Papá y mamá escuchaban la radio, organizaban su domingo y yo miraba un cuadernillo del periódico, mientras el locutor proclamaba desde la radio:

No se dé mala vida, mi querido oyente, no se caliente la cabeza buscando resolverlo todo, cada día trae su afán, viva un día a la vez, deje de ser chismoso. No más enfermedades por la angustia de la vida moderna, mejor tómese una cucharada de Emulsión de Scott, que limpia los pulmones, reconstruye el hígado, le quita hierro al alma, además lo reconcilia con la almohada. Ya sabe que nuestro elixir puede encontrarlo, con los mejores precios del mercado, ¡en la Farmacia Beetar!

La voz siguió su sermón, leía el boletín de variedades, temas políticos, informes policiales y servicios sociales, hasta que mencionó que faltaban pocos días para el inicio del Festival de Cine de Cartagena y se puso a leer el listado de películas, el nombre de las estrellas confirmadas para el evento y las salas de cine dispuestas para recibir a gente de todo el mundo.

¿Te acuerdas, Jesús —preguntó mi madre— cuando vivimos en el Edificio Benedetti de la Plaza del Tejadillo? Fue la época en que trabajé como costurera en la película de Marlon Brando. La ciudad se puso patas arriba. Ese gringo volví locos a todos con sus cosas. Salía en el periódico por sus escándalos, y estuvo en más de una pelea en la calle.

Abandoné el periódico, intrigado. Tenía una vaga idea de la anécdota, porque el episodio había sido contado por mi madre en reuniones familiares: el cuento del famoso actor que había conocido. Mis padres hablaban mucho de esa época en la que habían llegado a la ciudad, cuando los dos eran jóvenes y felices, a pesar de las limitaciones y contratiempos que pasaron. Esa felicidad se debía, en gran parte, a que no habíamos nacido, y todavía no tenían la responsabilidad de velar por nuestro futuro.

Nunca le había prestado atención a esa historia hasta ese día. Vaya a saber Dios por qué, pero en esa ocasión mi madre se ganó toda mi atención: empecé a interrogarla, que también era una forma de jalarle la lengua a mi padre, para que echaran el cuento completo.

Desde hacía tiempo el cine era parte fundamental de mi vida. Con mis hermanos nos aburríamos de ver televisión los domingos, entonces salíamos a caminar en cualquier dirección, hasta que llegábamos al mar o las murallas. Mientras paseábamos, los viejos hablaban de los vecinos, hacían proyectos o aprovechaban para quejarse de nosotros por alguna diablura, otras veces salíamos de casa directo a los cines.

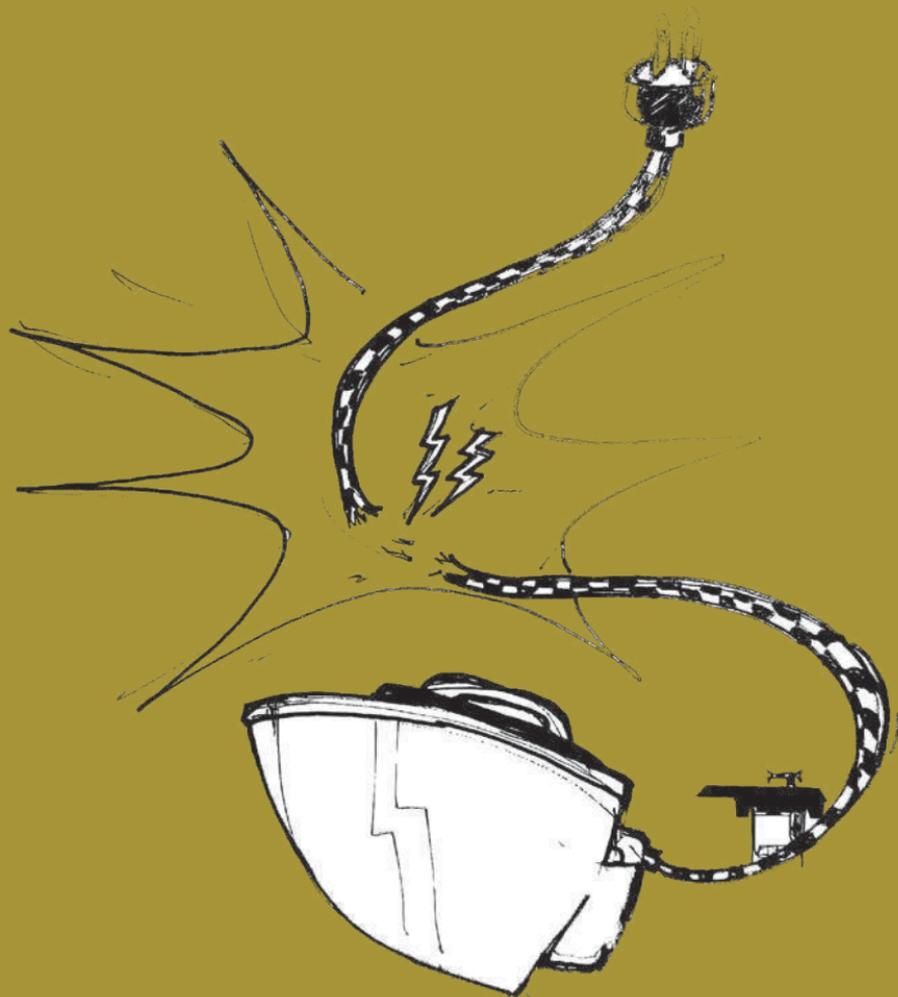
Mi madre contó esa mañana que una tarde, mientras trabajaba como costurera en el Colegio Salesiano, en uno de los salones destinados a los trabajadores de la película, el actor gringo llegó de repente. Había más de cincuenta modistas; todos hacían uniformes para los soldados que aparecerían en las batallas que filmaron.

Brando entró, seguido del negro Evaristo Márquez, que también era actor. Saludaba con la mano, miraba con curiosidad lo que hacían las modistas y, gracias a un traductor, preguntaba cosas: que cómo estaban, qué si les gustaba lo que hacían. Entonces Brando llegó a donde mi madre y vio que estaba embarazada, le tocó la enorme barriga y sonrió:

“¡Good luck, boy!”, exclamó y ella miró al traductor: “Le desea buena suerte con el embarazo”.

¿Cuántas veces me contaron la historia de ese encuentro? Y ¿cómo iba yo a saber que un día, muchos años después de ese café con mis padres, esa historia de Brando y la película tocaría otra vez a mi puerta, y me correspondería escribir las memorias de esa aventura?

La historia tendría un efecto que todavía me resulta difícil de explicar, mucho más cuando yo era aquel niño en el vientre de mi madre, al cual Brando le había deseado buena suerte.



EL SUELO BAJO TUS PIES
(SELECCIÓN DE CRÓNICAS)

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ: APUNTES DE MEMORIA SOBRE EL PALABRERO MAYOR

Una de las anécdotas que siempre me han gustado de García Márquez es la que le escuché en un taller de periodismo impartido en la fundación que auspició en vida y que ahora lleva su nombre, la FNPI. En esa historia un electricista llama a la casa del escritor a las ocho de la mañana y tan pronto como le abren dice: “Hay que cambiar el cordón de la plancha”. Inmediatamente el electricista comprende que se ha equivocado de puerta, pide excusas y se va. Horas después, Mercedes, la mujer de García Márquez, conecta la plancha y el cordón se incendia. Muchas historias como esa contaba él para exaltar, y de acuerdo con su fe, probar el poder infinito de la imaginación.

Desde hace mucho no se rendían tantos honores como los que se ofrecieron ante su muerte. Se imprimieron selvas de periódicos y revistas dedicadas a él, así como millones de fotos y artículos circularon por redes sociales. Se oficiaron misas para salvar el alma del difunto. Los poderosos repitieron su aburrido libreto oficial, echaron discursos con pañuelos secos en la mano, mientras el pueblo lo lloraba en incontables parrandas y se reunía a leer en voz alta sus cuentos y novelas.

Mientras una senadora colombiana condenaba al escritor a las pailas del Infierno, un astrónomo chileno pidió que un cráter de la Luna, o por lo menos un cometa, fuera bautizado con su nombre. Miles de ediciones piratas de sus libros tomaron los semáforos y aceras de las ciudades. Los sacerdotes, personajes frecuentes de sus historias, registraron en sus libros bautismales a cientos de niños que hoy llevan el nombre del creador de Macondo. Viendo todo ese carnaval, me resultaba inevitable pensar que su muerte ya había sido contada por él mismo, de forma indirecta, en *Los funerales de la Mamá Grande*.

En los últimos meses se han dicho tantas cosas sobre su vida y obra que resulta muy fácil llover sobre mojado, y aunque la sensatez invita a quedarse callado un buen tiempo después de ese vendaval mediático, a petición de un buen amigo intento compartir aquí algunos recuerdos, producto de los varios encuentros que tuve con él. Junto así memorias, curiosidades y observaciones sobre la vida y obra de uno de los escritores más interesantes de la historia de la literatura universal.

García Márquez, Zabala y el muchacho impertinente

Nunca he tenido la imaginación suficiente para pensar que tendría la oportunidad de conocer a Gabo, pero la vida me ha enseñado que esas cosas les ocurren a quienes no esperan que les pasen. Siempre ando con la cabeza en las nubes, más ocupado viviendo, leyendo, o viendo cine, que atento a lo que ocurre a mí alrededor, por eso me extraña lo sucedido. En virtud de esa buena suerte pude conversar algunas veces con él, aunque algunos de esos encuentros terminaron lastimosamente en desencuentros, y otros fueron fuente de una gran satisfacción.

En la Cartagena de Indias de 1995, en un taller de periodismo de la FNPI —los maestros eran el periodista Yamit Amat y el propio Gabo—, los estudiantes hacíamos un ejercicio. La idea era suponer que García Márquez se acababa de ganar el Nobel, simular una rueda de prensa, y así discutir formas, estilos y recursos periodísticos. Cuando llegó mi turno le pregunté que en cuál de sus muertos pensó en ese instante de gloria, a lo que respondió que, al colgar el teléfono, en lo primero que pensó fue en su abuelo, el coronel Nicolás Márquez, personaje trascendental de su infancia. También en su gran amigo de lecturas y parrandas, Álvaro Cepeda Samudio, aquel autor del ya clásico libro de cuentos *Todos estábamos a la espera*.

Al llegar mi segundo turno, le pregunté qué significaba para él Clemente Manuel Zabala, quien había sido su primer jefe de redacción en el diario *El Universal*, cuando no era más que un joven de veinte años, recién llegado a Cartagena de Indias, tras dejar atrás la Bogotá incendiada y saqueada por el magnicidio del líder popular Jorge Eliécer Gaitán. Para entonces ya circulaba el libro del periodista y escritor Jorge García Usta sobre la génesis periodística de García Márquez en Cartagena, titulado *Cómo aprendió a escribir García Márquez* (reeditado en 2007 por Seix Barral como *García Márquez en Cartagena, sus inicios literarios*), donde se documentaba y se comprobaba la relevante importancia de Zabala en su aprendizaje.

García Usta, quien ocupó más de quince años en la investigación de este periodo, nos dice: “desde la primera nota hasta varias más Zabala le hizo correcciones”. García Márquez ha descrito su primera hoja en el diario: “estaba absolutamente llena de enmendaduras por todos lados, hechas por el lápiz de Zabala, continuaron por un buen tiempo. Todas con el lápiz rojo”. La mano vigilante de Zabala se introduce desde su primera nota escrita, la que prácticamente, según el propio Gabo, rehízo en su totalidad, pues fue tachando aquí y allá, colocando frases sobre los renglones originales y al final la hoja parecía un campo cicatrizado por el arrojido de granadas.

El encuentro entre Gabo y Zabala fue providencial para la formación del estilo del fundador de Macondo. La afirmación de García Márquez de que sus notas eran corregidas por Zabala, y en buena parte reescritas por él, no es un gracejo de distracción sino apenas un indicativo de justicia histórica. Quizá a él le deba los arranques, los remates sorpresivos e impactantes, las frases ingeniosas, las construcciones dinámicas, la adjetivación precisa y armoniosa, la actitud sorprendida y hasta las alusiones literarias. El joven de camisas escandalosas que escribía cuentos kafkianos había cambiado para siempre su hermética, surrealista y abstracta manera de escribir.

Ahora el lector entenderá el motivo de mi pregunta en el taller que realizábamos, así como mi extrañeza cuando Gabo me responde que sin duda las enseñanzas de Zabala habían sido importantes, pues era un hombre muy inteligente, pero que él ya era un escritor formado para cuando lo conoció. No creía que su influencia hubiera sido tan importante como se contaba en el libro de García Usta. Y aquí viene el muchacho impertinente, majadero, el burro queriendo ser caballo de paso. “Maestro —le respondí—, me parece que la suya es una opinión personal, subjetiva, a la que tiene todo el derecho, pero que está desvirtuada por la gran cantidad de datos que comprueban la enorme importancia de su aprendizaje periodístico, literario, y vital, al lado de Zabala. Una experiencia que a la luz de hoy vendría a ser como una maestría intensiva en periodismo y escritura creativa. Usted nos ha enseñado que la vida se inventa sobre la marcha, pero hay cosas que, cuando las miras para atrás, se ven más fáciles de lo que en realidad fueron”.

El ambiente pacífico del taller se alteró, unos periodistas preguntaban por el título del libro que hablaba de eso, y otros opinaban al tiempo sobre el tema. El coro de voces se volvió desorden, llamaron al juicio, y los demás participantes continuaron con sus preguntas. Sin embargo, el episodio me dejó intrigado, me quedó una sensación incómoda, y un tanto desilusionada. Tal vez fue entonces cuando empecé a entender que los genios, como García Márquez, cuyas obras releo con placer a cada rato, también son seres contradictorios. O quizá, solo quizá, la vida nos marca con los mismos hechos de distintas maneras, dejándonos a algunos huellas imborrables, mientras que a otros solo rasguños que se borran con el tiempo, y en ese sentido, Zabala, quien para tantos fue un faro en la tormenta, para García Márquez solo fue un puerto más del vendaval que creó el estilo de escribir que hoy conocemos y admiramos.

Un capítulo mexicano

Muchos años después, en 2002, nos encontramos en un hotel, frente a la Plaza del Zócalo en México, D. F. Una amplia delegación de escritores colombianos, periodistas y funcionarios culturales participábamos en las conferencias y conversatorios de la Feria del Libro del Zócalo. Se programó un almuerzo en el que García Márquez era el invitado especial; esa oportunidad de compartir con él nos ilusionó a todos por igual.

Al empezar el almuerzo, hubo una rápida presentación de todos los comensales, y al final García Márquez dijo que quería saber cómo veíamos a Colombia, su situación social y política, para ver qué tan buenos observadores de la realidad éramos nosotros. Mi decepción fue inmediata, se lo comenté al novelista Alonso Sánchez Baute, autor de la novela *Al diablo la maldita primavera*, quien estaba a mi lado. La gran mayoría de quienes nos encontrábamos allí éramos escritores, poetas, cuentistas y novelistas, que deseaban conversar de lo que más nos gustaba, de la creación y sus misterios. Además, Gabo era dueño de la revista *Cambio*, y no existía la duda de que estaba más informado sobre el país que todos los que estábamos allí, gracias a las decenas de periodistas que trabajaban para él. Hablar de política, guerra y conflictos me resultaba tedioso, sobre todo cuando pensaba que ese tiempo podíamos invertirlo en hablar de sus experiencias creativas, sus formas de investigar, las técnicas y recursos de escritura, sus modelos de composición, así como los criterios acerca de aquello que se deja adentro, o se saca de las historias, para que cumplan su función, la solución invisible que une todo eso. En algún momento, Hernando Cabarcas, funcionario cultural, dijo que estaban presentes varios escritores del Caribe, y nos presentó. Me señalaron, y entonces Gabo me preguntó que cuál era el hecho noticioso

que más llamaba mi atención por esos días. Sin pensarlo, tal vez por el desgano que sentía, tras escuchar tanto sobre política, guerrilla y narcotráfico, le respondí que para mí lo más grave que pasaba era que Junior, el equipo de fútbol de la ciudad de Barranquilla, llevaba más de veinte fechas sin ganar un partido.

Todos se rieron, tal vez solo por lo inesperado de la respuesta; mientras tanto, Gabo hizo un gesto con la mano pidiendo silencio, al tiempo que decía “por respuestas como esas es que no toman en serio a los periodistas y escritores costños”. Ante un jalón de orejas en público, de tamaño proporción, decidí guardar silencio, y comentarle a Alonso Sánchez que era increíble que “un mamador de gallo” profesional, un bromista permanente como Gabo, saliera con esas actitudes de pontífice.

Afortunadamente, a los pocos minutos pude escaparme del salón, me fui a recorrer los pasillos de la feria del libro, a ver ediciones raras de libros, y conversar con gente en las esquinas, lo cual me trajo suerte porque terminé conociendo a una chica de Guadalajara, que hoy recuerdo con mucho cariño, y que se convirtió en mi lazarilla el resto de mi travesía mexicana.

El mundo, esa adivinanza

Algo que siempre me asombra al releer los libros de García Márquez es la capacidad que tuvo de prefigurar, como en un gran mapa, toda su obra antes de escribirla, de tal manera que cada libro parece responder a un gran canto coral unitario. Así, cuento tras cuento, novela tras novela, logró cifrar en un nuevo código el modo de vivir caribeño, logrando trascenderlo, hasta responder al misterio humano universal. Así logró representar una realidad paralela, a través de la ficción.

Fue el escritor y periodista Hernando Téllez quien tal vez entendió mejor el espíritu presente en su obra. Una vez en Cartagena, hablando sobre Téllez con Guillermo Arriaga, el guionista de la película *Amores perros*, este me dijo que, gracias a su cuento *Espuma y nada más*, descubrió nuevas formas de contar la realidad, más sutiles y sugerentes. Hago esta digresión para informar mínimamente de quién estamos hablando.

Y volviendo a García Márquez, nos dice Téllez en un ensayo sobre *El coronel no tiene quien le escriba*: “Su caso me parece que es el de una intuición, una adivinación admirable de la belleza y de la verdad, del horror y la hermosura del mundo. Intuición servida también en su caso por un apetito sensual del misterio de los seres y las cosas. Apetito e intuición que le permiten reemplazar el esfuerzo del conocimiento previo y lento, conseguido trabajosamente, por una súbita iluminación sobre los hechos, las personas y la vida. Peligroso y envidiable don que le ahorra mucho camino, ‘mucha transpiración’, como decía Balzac, pero que no obstante, sin la vigilancia exasperada de la inteligencia puede hacerlo caer en no pocas trampas. La impresión que deja un escritor tan fluido, tan ágil, tan iluminado, es la de que puede hacer con el tema y con su prosa lo que quiera”.

Podría decirse entonces, tras leer a Téllez, que la intuición poética de García Márquez, sumada a la capacidad observadora, ejercitada en el periodismo, logra a través de la bella y fiel tenacidad de su vocación, con alegre paciencia, sembrar una sutil esencia, con todo este feliz y doloroso misterio de estar vivo.

El último encuentro

Cartagena de Indias es un lugar especial, una ciudad donde todavía hay locos de la calle que tocan a la puerta de cualquier casa para pedir un vaso de agua, y donde todavía hay mucha gente que los da, incluso hasta tienen un vaso especial para darle esa agua que no se puede negar. Allí uno descubre, contra toda apariencia, que los milagros son cosa de la vida diaria, algo que nos rodea por todas partes, como el aire, y a veces los vivimos, pero sin saberlo.

Hoy, como si fuera ayer, recuerdo mi último encuentro con García Márquez en la Cartagena de 2007. Era enero y empezaba la noche, me marchaba para mi casa, seguro que pensaba en llegar a ver alguna película junto a una buena copa de vino, o tal vez a seguir leyendo otra novela policíaca, como quien pone en práctica aquello que nos aconseja Oscar Wilde, “adoro los placeres sencillos; son el último refugio de los hombres complicados”.

Y fue entonces cuando me tropecé en la calle con el periodista Renson Said, quien no tuvo que esforzarse mucho para convencerme de que lo acompañara en búsqueda de un sitio con buena música, pista de baile y una que otra cerveza gratis. Así fue como llegamos a Bazaruto Social Club, un bar de buena música y amigos, en el costado del parque del Centenario. Ya sabemos que el azar es más cumplido que mil citas, lo digo porque apenas entré me encontré con Jaime Abello y Roberto Pombo. Jaime me acompañó hasta donde Gabo, que se encontraba junto a su esposa Mercedes, y me presentó como un escritor que había sido su alumno en los talleres de la FNPI y que había nacido en San Luis de Sincé, el pueblo donde nació el padre del Gabo, y en donde el escritor había vivido en su infancia junto a sus hermanos, algo que cuenta con mucho fervor en sus memorias.

Soy muy tímido, por eso tengo que esforzarme en ser extrovertido, lo digo porque fue gracias a las tres cervezas que había tomado en el camino, que me atreví a saludarlo, sentarme a su lado y conversar. Me preguntó por el pueblo. Yo le respondí con mis comentarios de siempre, le dije que ya la aldea era tan importante que le habían cambiado el nombre, ahora la llamaban Sincseslovaquia, aunque algunos también la llamaban Sincequistán, así, como un imperio. También, que la única diferencia entre Sincé y Nueva York eran las torres gemelas, y esas ya se habían caído. Él por fin se rio, me llamó embustero, y no me defendí. Más bien le pregunté por aquello que me interesaba, su relación con Faulkner, le recordé el “Apéndice Compson”, ese capítulo que escribió Faulkner al final de su novela *El sonido y la furia*, y cuyo tono, ritmo y construcción se parecen tanto a las primeras páginas de *Cien años de soledad*. Fue entonces, por algún motivo que él solo sabrá, que me recordó aquella frase de Proust, “mira, muchacho, a los libros hay que tratarlos como un par de lentes para mirar el mundo, si ellos no te sirven, entonces toma otros”.

Un buen mago no revela sus mejores trucos, pensé, o tal vez pueda contarlos pero no tendrían el mismo efecto en manos ajenas. Mejor volví al tema del pueblo, le dije que un amigo mío, Antonio Hernández Gamarra, había encontrado la partida de bautismo de un personaje real, que, de acuerdo con muchos detalles, podría haber sido el modelo para inventarse a Melquiades, el gitano de *Cien años de soledad*.

No me respondió, se tomó un trago, y me preguntó en qué andaba. Le dije que seguía escribiendo, cuentos y poemas, pero que aún me faltaba aprender mucho sobre el oficio. Me contó que días atrás había visto un boceto en carboncillo de Francisco de Goya, el artista español, dibujado a la edad de ochenta años. En el boceto había un anciano encorvado por la edad y apoyado en dos bastones. El anciano era el mismo Goya, y en la parte superior estaba escrito: “Aún aprendo”. Y

agregó, después de tomarse otro trago, “pero lo importante es ser curioso, no lo olvides, me acuerdo que yo de niño era tan curioso que cuando me iba a dormir quería dejar los ojos colgados en la ventana para no perderme lo que pasaba en la calle”.

Y doblaron las campanas

Quien curiosear el nudo aprende a soltarlo, dice el refrán árabe, y como todo buen creador García Márquez era sobre todo un ser curioso. Había, entre todos los temas, un misterio que ocupaba gran parte de su atención, y para el que nunca economizó energías: el misterio de la creación. Él mismo se interrogaba al respecto en *Me alquilo para soñar*: “lo que más me importa en este mundo es el proceso de creación. ¿Qué clase de misterio es ese que hace que el simple deseo de contar historias se convierta en una pasión, que un ser humano sea capaz de morir por ella; morir de hambre, frío o lo que sea, con tal de hacer una cosa que no se puede ver ni tocar y que, al fin y al cabo, si bien se mira, no sirve para nada?”.

Hay que tener presente, a la hora de valorarlo, que García Márquez irrumpió como un pagano en la sacrosanta literatura nacional, era distinto en la forma de concebirla, como en tantas otras cosas vitales. Su literatura nace en medio de una tradición de cuentos y novelas que no buscaban contar una buena historia lo mejor posible, sino tumbar el gobierno o denunciar alguna injusticia, lo cual convertía esos libros en folletines y panfletos, mientras que los lectores querían algo que les proporcionara placer en su lectura y una forma digna de verse representados. Toda buena novela es una adivinanza del mundo, es escribir las cosas que le pasan a la gente, repetía cada vez que podía: “a mí me encanta escribir, no sé cómo se pudo inventar eso de que la literatura es un sufrimiento. Otra cosa, cierto, es lograr que el lector me crea. Esa sí es una

desesperación hasta que se calienta el brazo y todo sale, y se mezcla, y empieza, en fin, a tomar forma”.

No hay muerto malo, ni recién nacido feo, por eso ahora que ha desaparecido físicamente García Márquez es normal que muchos reconozcan su importancia como artista, y que otros lo lapiden o cuestionen públicamente por asuntos extraliterarios. En mi caso siempre estaré agradecido por sus cuentos y novelas, por habernos enseñado lo que es inventarse a sí mismo desde la nada, contra viento y marea, algo que de seguro muchos olvidarán hoy. Algunos escritores ni siquiera reconocerán que empezaron a escribir para probar que se podía escribir de forma diferente a García Márquez, pero buscando tener el mismo encanto y efecto de sus obras. Su gran influencia estética no es reconocida por muchos escritores latinoamericanos, o de lengua española; sin embargo, los autores de lengua inglesa y otros idiomas no dejan de expresar su gratitud para con su obra. La lista es larga, Salman Rushdie, Paul Auster, John Irving, Toni Morrison, y muchísimos más. Todos consideran que el mundo literario de García Márquez ayudó a construir sus propios mundos. Esa vasta meditación, a través de sus personajes, sobre el amor, la soledad, la muerte, y sobre la búsqueda de sentido y felicidad en la vida.

Ahora recuerdo lo que sobre él dijo el novelista Norman Mailer: “en este momento el único gran escritor que puede manejar cuarenta o cincuenta personajes y tres o cuatro décadas es García Márquez. *Cien años de soledad* es una obra asombrosa. Logra hacerlo, pero cómo, no lo sé”.

Yo lo evoco sobre todo por su ejemplo vital, el de aquel muchacho que llega a Cartagena con el único patrimonio de sus libros leídos, duerme su primera noche en una banca del parque Bolívar porque no tiene un centavo para pagar el hotel, y cincuenta años después tiene el mundo a sus pies,

no por el arte del dinero, que todo lo corrompe, sino por la gracia de sus historias. Lo recuerdo convencido de que la vida es buena, aunque la muerte, la muy perra, se atreva a decir lo contrario.

(Publicada en revista Global de República Dominicana, 2014)

EL SUELO BAJO TUS PIES

Dos años después de la bomba de La Macarena (Bogotá)

La bomba que pudo matarme explotó a las 10:30 a. m. del domingo 19 de febrero de 2017. Además de herir a cuarenta personas, el explosivo causó la muerte de un policía de veintitrés años, destruyó las ventanas de treinta y cuatro edificaciones y dejó una huella que todavía muchos llevan dentro, sin que puedan hacer algo para evitarlo, tal vez por la sencilla razón de que nadie se lo esperaba. Todo ocurrió en la esquina de la calle 27 con carrera 5, a una calle de distancia del edificio en donde vivo en el barrio La Macarena de Bogotá. Aquella mañana de domingo había quedado en verme con un amigo, Juan Carlos Villamizar, en su apartamento de las Torres del Parque, para desde allí dirigirnos hacia el norte y celebrar su cumpleaños. Nos pusimos la cita en su casa a las once de la mañana y para llegar hasta la torre en donde vive, inevitablemente yo tenía que pasar por la esquina en donde explotó la bomba, a las 10:30 a. m. La bomba estaba oculta debajo de una alcantarilla, muy cerca de una cabina telefónica que quedó destruida y en la que me había apoyado, un día antes, para poder anudarme el cordón suelto de uno de mis zapatos.

Sin embargo, y aquí la providencia mete la mano, la noche del sábado antes de la explosión me había encontrado con algunos amigos que me invitaron a un bar, después termina-

mos en otro lugar bailando y al día siguiente padecía todo el cansancio de la fiebre nocturna. Sin embargo, en medio del guayabo, recordaba el compromiso con mi amigo cumpleañosero. Me molestaba más la vergüenza del incumplimiento que los estragos en el cuerpo, pero no tuve otra salida que llamar a Villamizar, confesarle que no estaba bien para acompañarlo y decirle que mejor lo invitaría a comer en los próximos días. Juan Carlos dijo que no me preocupara, colgamos, y quince minutos después ocurrió lo inesperado. El estallido. Me encontraba solo en casa, incapaz de conciliar el sueño a pesar de la resaca, sentado en un sofá viendo una película. Me levanté por un vaso de agua y entonces sentí el estruendo. Se estremecieron las paredes de un solo golpe que vibró un instante que todavía dura. Mi colección de santos católicos y superhéroes de plástico volaron juntos desde arriba de la nevera, escuché el estropicio de libros, lámparas y mil cosas saltando y cayendo en las habitaciones. Un afiche de película, colgado de un clavo de acero en la sala, también cayó y quedó junto a los trozos de un florero que se hizo pedazos, dejando en el piso el rastro de las flores que flotaban en un charco de agua. Un tablero de corcho, donde conservo fotos de amigos, se derrumbó y quedaron sus fotos dispersas por todo el suelo, como víctimas irreales de la explosión. Mientras tanto, se activaron las alarmas de todos los autos en la calle, como la música sin final de una pesadilla.

No podía ser otra cosa. Lo supe antes de saberlo. Me quedé paralizado por unos segundos, esperando a ver qué más podía pasar después de todo eso, porque quienes vivimos en este país sabemos, hace mucho, que después de una primera bomba, muchas veces activan un segundo artefacto dirigido a los curiosos, que suelen llegar como testigos del espectáculo, toman fotos o filman con sus celulares, aprovechan el descuido y roban algo de las víctimas, antes de auxiliar a la gente o prestar algún servicio. Y eso lo hemos visto muchas veces.

Aunque aumentaron las sirenas de las ambulancias y los gritos de la gente en la calle, a pesar de todo eso abrí la puerta para bajar y saber más sobre lo que había pasado, pero en realidad no quería quedarme solo, con ese miedo que solo había sentido cuando tiembla en esta ciudad, dejándome mareado por varios días, apoyándome en las paredes de vez en cuando, fumando más de la cuenta, y besando mi medalla de la Virgen de Guadalupe. Un miedo sobrenatural que no sentí ni siquiera cuando una vez en el barrio Federmán me pusieron un revólver en la frente para robarle el bolso a una amiga a quien estaba acompañando, después de salir de un banco. En aquel momento actué con una indiferencia hacia mi propia suerte, que todavía hoy, después de tantos años, me sorprende y causa sospechas justificadas.

Volviendo a ese domingo de 2017. Ya dije que me disponía a bajar después de la explosión, producto de un impulso más que de una decisión, abrí la puerta al mismo tiempo que mi vecina, Constanza, también abría la suya, y me preguntó qué había pasado con los ojos muy abiertos y la voz medio dormida, me devolví con ella hacia mi ventana para mostrarle la escena de la esquina. Se llevó las manos a la boca, yo la imité, porque el olor a pólvora ya inundaba todo.

Nos quedamos mirando las ambulancias, patrullas y taxis que llegaban a recoger los heridos, mientras la gente seguía corriendo de un lado a otro. Aquel mismo día, la revista *Semana* tituló en su web un informe sobre los hechos, así: “Terror en el barrio La Macarena”. Toda una tragedia, sin lugar a comparación con el miedo que me produjo a mí y que no me avergüenza confesar porque también sentí algo en medio de la confusión de ese día, y era que de nuevo había vuelto a nacer.

Aquel día era el último de la temporada taurina en la plaza de toros, y por eso a una calle de donde pusieron la bomba

instalaron un cordón de cientos de policías, ya que desde los fines de semana anteriores, miles de manifestantes protestaban en contra de las corridas de toros, con carteles y gritos en las esquinas cercanas a la plaza. El secretario de Seguridad de Bogotá dijo después que cuando se registró la explosión apenas se estaba empezando a instalar el esquema de seguridad, y por eso ni los perros antiexplosivos ni otras tecnologías pudieron detectar la presencia de la bomba.

Una mujer y un hombre pasaron llorando bajo mi ventana, alejándose de la nube de gases y polvo que tardó en disiparse, como el mismo miedo; otro hombre de civil con una pistola en la mano y sosteniendo un trapo con sangre en su cabeza caminaba apresurado calle arriba, alejándose del lugar de la explosión. Una señora rubia y despeinada, con un sombrero de vaquera en la mano y la pestañita corrida por las lágrimas, comentó en la esquina: “Sonó igual que una bomba atómica, se lo digo yo, es un milagro que me haya salvado y no haya más muertos”.

Si una sola bomba como esta —pensé—, pequeña en comparación con otras, estremece nuestra vida urbana, cotidiana, y en apariencia segura, sembrando el terror; ¿cómo será la vida de aquellos en montes y selvas que a diario sufren horrores peores, debido a las tomas guerrilleras, masacres paramilitares, cilindros bomba, minas quebrapatas y miles de problemas más? ¿Cómo será su vida más allá de las efímeras noticias que vemos por televisión en la comodidad de nuestros hogares capitalinos?

Mi vecina Constanza y yo decidimos quedarnos mirando por la ventana. Al mismo tiempo respondíamos las llamadas de amigos y familiares que sabían que vivíamos por allí. Una amiga periodista, Yarley García, me escribió un mensaje: “Oiga, John, en el momento del estallido yo estaba en la cárcel Picota, haciendo una entrevista, y me acordé de usted.

Menos mal que está bien”. Mi mamá se puso a llorar por el teléfono y me hizo repetir con ella una oración cristiana dándole gracias a Jesucristo.

Saber que tenía que pasar por esa esquina en donde pusieron la bomba, a una hora muy próxima en la que explotó, es la curiosidad que más me quita el sueño desde entonces. Nadie se muere en la víspera, todos lo sabemos, pero también es cierto que el azar cumple más que mil citas. Aparte de las cuarenta personas heridas, la explosión dejó un fallecido; la víctima fatal fue el policía Albeiro Garibello Alvarado, de veintitrés años de edad. El dictamen médico reveló que las múltiples heridas que le causó la explosión, sobre todo en su cabeza, le ocasionaron la muerte cerebral.

Garibello era oriundo de Pasca, Cundinamarca, pertenecía a una familia humilde que reside en un barrio informal de Usme, y en su hoja de vida dejó treinta y cinco felicitaciones por su desempeño ejemplar en la Policía. En las continuas charlas con su familia, él insistía en que deseaba seguir portando el uniforme y, de esta manera, poder darle una casa a su mamá y estabilidad a sus abuelos. El Ejército de Liberación Nacional (ELN) asumió la autoría del atentado por medio de su cuenta de Twitter, donde resaltó la necesidad de pactar un cese del fuego bilateral para crear un ambiente favorable al proceso de paz.

Mi vecina Constanza, un par de horas después de la explosión, ya estaba en calma. Yo también, aunque un poco despiestado, así que decidimos sentarnos a ver televisión para intentar borrar la impresión. Más tarde nos pusimos a cocinar juntos y terminamos saliendo a cine para ver una película que estrenaban.

Aquella noche, caminando de vuelta a casa con ella y comentando la película, nos quedamos en silencio, observando el movimiento de la ciudad, la rapidez con la que todo

se mueve afuera, mientras yo pensaba —una vez más— que ese domingo pudo ser mi último día; sin embargo, todavía estaba aquí, en este mundo que seguía siendo un lugar extraño en el que muchas cosas están mal y no puedes hacer mucho para cambiarlas.

Tengo los días contados, desde ese domingo lo recuerdo más de lo habitual, en un país urbano indiferente al otro país, el de escuelas abandonadas, los centros médicos inexistentes, miles de campesinos desplazados, cientos de líderes sociales exterminados y jóvenes asesinados con botas puestas al revés para que militares ganen beneficios y hasta vacaciones. Un país en donde los gallos siguen despertando a labriegos que trabajan tierras ajenas, víctimas de una incertidumbre que los lleva a exiliarse en las grandes ciudades para ver si la vida termina mejor de lo que empezó, porque en una cabeza con miedos no hay espacio para los sueños.

Y, de pronto, Constanza me sacó de mi cabeza, en la que estaba pensando que el universo parece en realidad una broma gigantesca, cuando me pregunta si yo me sentía mareado después de la explosión, tal como le estaba ocurriendo a ella desde la mañana de ese día: ¿Sientes que se mueve el suelo bajo tus pies? Sentí un escalofrío, no sé por qué, y respondí que sí, que también sentía el suelo moviéndose bajo mis pies, algo muy extraño, como si el estallido siguiera sonando dentro de mí, en todos mis átomos, también en el espacio que hay entre ellos, quién sabe por cuánto tiempo más.

(Publicado en el diario El Tiempo, de Colombia, 2019)



PALABRAS SIN FRONTERAS
(COMENTARIOS SOBRE EL AUTOR Y SU OBRA)

“Después de la visita a sus dos libros: *Temeré por mí al final de estas líneas* y *Con la luz que me queda basta* he vuelto a regresar, como también le ocurrió a usted, a ese lugar de donde nunca me he ido. Sus dos libros, de ardida y entrañable poesía, conforman el documento de alguien que muere (y hace sangrar) la carnadura de la memoria, paladeando la angustia de sus propios deseos.

Es el hombre solo, solo de verdad, como esencialmente se encuentra cada ser vivo, embistiéndose a sí mismo. El que ya se ha acostumbrado a oír sus furoros sin inmutarse. El que sabe que siempre habrá un viento (a veces un murmullo, a veces una terrible voz) atravesando sus entrañas...

En alguna forma, dura y profunda, lo que usted ha realizado nos sirve a todos sus lectores de compañía y nos obliga a aferrarnos más y más —y en alguna forma a tratar de descifrarla— a nuestra atroz y zarandeada inocencia”.

Héctor Rojas Herazo
Escritor y periodista

* * *

“Junieles escribe como si filmara una película. Con la cámara vertiginosa de quien indaga en el otro lado más allá del paisaje. Sus palabras nos llevan al límite de lo inesperado, del absurdo urbano y de las iluminaciones y decadencias del ser humano. Su obra se enriquece con diversas vivencias que provienen del cine, la música, la literatura universal, la cultura popular y la tradición oral del Caribe colombiano.

Mientras más reafirma el patio enlunado de su aldea natal, más abraza el universo complejo de aquel niño extrañado de llevar el nombre de un hermano enterrado en el corazón del patio. Cada vez que se acuerda, piensa que su hermano no ha tenido el privilegio de ver su propia sombra, de con-

templar el cielo bajo la luz de los naranjos. Sus palabras son también el reverso de ese vacío.

Junieles nos dice: ‘Siempre he visto mucho cine, me la paso imaginando versiones nuevas de las películas que veo. Fue el cine lo que me llevó a la literatura. Si Manuel Puig tuvo su Rita Hayworth, Cortázar su Glenda Jackson, y Cabrera Infante una larga lista, yo tengo las mías: Vanessa Redgrave y Nicole Kidman. Cuando estoy triste me meto a un cine, y recuerdo que en alguna guerra un soldado se hace el muerto para seguir viviendo. Blue Demon fue mi último disfraz de día de brujas en 1978’.

Para él todo lo escrito hasta hoy son como dibujos en el agua. Se recuerda a los seis años, gritándole desde la ventana, a la gente que pasaba por la calle. Se recuerda a los siete lanzando cosas por la ventana y a los ocho lanzándose él mismo por la ventana. Es el mismo niño con cara de viejo asiático que hace veinte años vino al periódico con un cuento debajo del brazo. Pero más grande y con un ingenio creativo para juntar las palabras con la intuición de la música”.

Gustavo Tatis Guerra
Escritor y periodista

* * *

“Cuando Junieles descubrió que la desolación monosilábica de su abuelo o las ceremonias repetitivas de sus tías tenían un poder lírico tan revelador como el de una frase de Raymond Carver, su poesía comenzó a apoderarse de un dominio personal verdadero.

El artista que estaba en él, un poco cortado por dilemas secundarios, cayó de bruces en la claridad de sus obsesiones. Entendió que el nacimiento de su palabra venía de una anterioridad sabia y que las obsesiones más fértiles suelen ser travesuras del origen.

Vio que la sangre que impulsa al creador nunca es monorrítmica. Ya no volvió a recordar la dulce aspereza de su abuelo como un dato aldeano sino como un indicio, un abismo.

Casi sin darse cuenta, en su poesía fueron apareciendo las imágenes esenciales de sus insistentes trasmundos: el Sincé de los misterios familiares que desplegaban ante él todos los coros de su congoja, la Cartagena que no entrega a todo mundo sus secretos nocturnos más severos, y alguna otra ciudad del mundo en la que casi flotara un hombre solitario encerrado en su cuarto, oyendo una canción sobre una muchacha a la que se le iba a partir el corazón.

Jorge García Usta
Escritor y periodista colombiano

* * *

“En Junieles registramos la presencia de la cotidianidad, del lenguaje y del ser solitario que puebla la urbe; impulso renovador dentro de una tradición regional que parece más tributaria de aliento de lo terrígeno”.

Rómulo Bustos Aguirre
Escritor y profesor de la Universidad de Cartagena

* * *

“De cierto coloquialismo entrelazado a lo inefable, a lo que no tiene aparente explicación, como recordando que la poesía también tiene tratos con lo fantástico, la palabra de John Jairo Junieles Acosta y su relación con ángeles barriales, el pastoreo de sus horas en Cartagena de Indias, nos entrega muy buenos momentos ya celebrados con entusiasmo por Héctor Rojas Herazo”.

Juan Manuel Roca
Escritor y periodista

* * *

“La variedad de propuestas del libro (*Temeré por mí al final de estas líneas*): parábolas fantásticas, inmersiones en la familia y la infancia, autoironía, y un leve, humorístico, reconfortante soplo de ligero lirismo hace de estas prosas poéticas, como las denomina el autor, una incitación hacia razonables expectativas sobre su futuro trabajo”.

Juan Gustavo Cobo Borda
Escritor y periodista

* * *

Este poemario, *Canciones de un barrio en la frontera*, recrea aspectos de la vida cotidiana con rigor, delicadeza y pulcritud a partir de un depurado trabajo con el lenguaje. Todos sus poemas presentan una cadencia lírica original en armonía permanente con los temas que tratan y un talante fresco y desprovisto de ostentación que permite descubrir expectativas existenciales de su autor, en quien se revela, de manera indiscutible, una sensibilidad poética notable, de ahí la admirable serenidad con la cual puede mirar los hechos simples y aún la misma tragedia.

Se manifiesta también en su poesía un culto por lo popular, una forma de ahondar en el universo caribe. Estos poemas semejan las páginas de un diario. En tal aspecto, llama la atención su capacidad de contar su propia historia a manera de canto natural a la cotidianidad”.

María Mercedes Carranza,
Santiago Mutis Durán, Luis F. Macías

Acta del jurado del Premio Nacional de Poesía Ciudad de Bogotá
2002.

* * *

“John Jairo Junieles Acosta es un escritor sucreño de formación cartagenera. Sus noches de largos trasnochos y de cafés amargos lo han convertido en un narrador reconocido más allá del patio. Sabe que el difícil ejercicio de la escritura, al margen de presuntuosos derroches de inspiración, requiere el mismo empeño y la paciencia del buscador de oro de aluvi6n.

Esa misma escritura le permite salir airoso en su peregrinar como profesional del Derecho, una de las tribus que lo habita, no en vano Kafka, tanto por su est6tica como por su 6tica, es un referente obligado en su formaci6n como escritor.

En su poesía transita absorto por las calles s6rdidas de ciudades populosas mientras el peligro acecha; por bares de m6sica ligera y personajes decadentes. Pero no se olvida que habita un barrio en la frontera, adonde siempre regresa a entonarle su mejor canci6n, para descubrir en la cocina de su madre y en sus consejos de inocente apariencia su lugar m6s cierto”.

Javier Ortiz Cassiani
Historiador y periodista

* * *

“Junieles, en su libro *Viajero con pasaje a tierra extraña*, comienza a crear murmullos como pequeñísimas fugas de agua que principian a correr montaña abajo, desarrollando su forma de río.

Su voz conecta con lo íntimo de cualquier persona. Heredero de sangre francesa y judío sefardí, tal como lo acometi6 en su momento Bob Dylan, va tras sus rastros de una manera latentemente mágica, sin pretensiones intelectuales y, lo m6s asombroso, sin el tem (b) lor de aquello que va a encontrar. Atravesar la invisible capa que separa el eterno presente de un ignorado pasado requiere algunas claves de estilo para salir bien librado del viaje. ‘No es f6cil distinguir a los que

se marchan de los recién llegados', nos dice Junieles en el poema que le da título al libro. ¿Cómo saberlo? Acaso por el brillo de sus ojos, acaso por algún gesto que se escapa a una mirada de repaso convencional, o quizá en su forma de caminar o de hablar.

Pero no. Una posible manera de descubrir a los misteriosos viajeros es mediante la indeleble huella de la buena literatura, aquella hecha en las profundidades de un cielo que de la confianza que se tiene se percibe eterno, y algunos de ellos, como Junieles, lo perciben desde un pasado movedido, que desde que se tiene uso de razón se ignora, se vilipendia, se desconoce, pero que cuando se le oye pronunciar 'en murmullos el secreto, la oscura luz de los días venideros' no queda otra opción que buscar la ventana hacia el pasado, única forma de adelantar algunas casillas en el camino que conducirá, y eso lo sabemos todos, a la meta final, que para algunos es justo el principio de la verdadera carrera".

Jorge Caicedo
Crítico de revista Número de Colombia

* * *

“Iniciando el último decenio del siglo XX, en 1993, conocimos ese librito negro que parecía no pertenecer a un escritor de estas tierras. James Dean camina con un cigarrillo entre los labios bajo una lluvia fría que ha convertido la acera en un espejo de su propia soledad. Era *Papeles para iniciar el fuego*, un poemario que indaga el desconcierto de una generación que creció bajo los cantos de sirena de los desencantados, bajo las ruinas del Muro de Berlín y en el advenimiento de un siglo sin ninguna promesa pero con demasiados afanes de llegar al fin de la historia.

Tres años después llegaría *Temeré por mí al final de estas líneas*, prosas poéticas que afirman la visión del mundo que se insinuaba en su primer libro, donde nos muestra esa criatura incapaz de comunicarse con sus semejantes, encerrada en sus recuerdos y perdida en medio de sus aspiraciones y confusiones.

Con *Canciones de un barrio en la frontera*, Junieles muestra todo el esplendor del desarraigo, la ciudad se vuelve apenas pretexto para evocar el barrio, el patio, en suma: la infancia. Junieles nos hace entender que somos de las fronteras, que apenas podemos asomarnos y que tenemos derecho a no entender.

En Cartagena, ciudad donde se gastó los bluyines de su adolescencia, se cansó de ganar concursos literarios y ahora desde Bogotá nos llegan noticias suyas.

Junieles sabe de dónde viene, es la única certidumbre que persiste. Trae sus sabios: la madre, el abuelo; sus sueños: la ciudad, ganar otra pelea; su origen: un animal triste que contempla su decadencia. ‘No dejes los espejos boca arriba’ es el consejo del anciano que instala en él el misterio como tradición milenaria y ese mito retorna al poeta como otra incertidumbre, como otra ausencia:

Vengo de un cuarto, / de un rincón, / de un baúl sobre el que reposa siempre el almanaque Bristol. / Vengo de una hamaca donde el abuelo me da su primer consejo: / No dejes los espejos boca arriba, / nunca sabes lo que puede salir de ellos.

Los hombres de hoy, en cambio, desconocen esos misterios, acuden a ellos y los encuentran vacíos, solo les queda indagar esos secretos (como en *Poema madre*) a quienes pueden poseer las piezas que faltan:

¿De qué madera está hecha esta canoa que lleva medio río sin quejas, y piensa que todo mal lleva el bien amarrado en la cola?... / Dime madre con tus ojos el secreto, / dime cómo se llega alegre hasta el final, a pesar de los abismos, / dímelo a mí, / que soy la única pluma sucia de tus alas.

Para terminar, dejemos escuchar los golpes del viento en *Canción de un barrio en la frontera*, versos que resumen este recorrido: la infancia como patria abandonada hacia un exilio eterno; el descubrimiento de la soledad frente al espejo, tu propio desconocimiento; la fe como último recurso, como una fría moneda en el bolsillo roto; el ser humano al margen de su propia historia, viviendo apenas de sus recuerdos, buscando ese lugar donde golpea el viento:

De la calle vienen ruidos naturales, te asomas por la ventana y ves la escena: la lluvia cayendo y las risas de los niños bañándose en los chorros y haciendo barcos de papel. Se ven felices, como animales enjaulados que descubren el verdadero tamaño del mundo”.

Franklin Patiño

Escritor y periodista colombiano

* * *

“Al lector que se deje morder por las páginas de *El amor también es una ciencia*, nuevo libro de cuentos de J. J. Junieles, le resultará difícil encontrar un antídoto diferente a seguir leyendo, con la conciencia de que la obra de un escritor es desigual, como la vida misma, con momentos calavera e instantes de felicidad, en medio de todos esos ‘días que uno tras otro son la vida’.

Los diez cuentos que hacen parte de esta colección de Junieles no pretenden en realidad convertirse en un tratado sobre el amor (hay ciencias exactas e inexactas), la rutina o

la angustia del ser humano, ni una apología de su presencia, es una mirada humana, una respiración esencial, una manera de dejar ser a ese tipo de emociones sin arandelas, encantamientos o distractores, solamente dejarlos ser, con tendencia a sugerir que las leyes de lo complejo se obtienen combinando hábilmente las de lo simple.

Es el ser humano sometido a designios que no entiende pero que debe cumplir por instinto, por necesidad o convicción. De esta forma el autor del texto nos habla de la ruleta rusa en la que se convierte a veces la vida, en donde en el momento menos esperado suena ese disparo cuyo sonido es el último, el esperado pero a la vez al que se le ha huido. En la dinámica newtoniana también se puede consultar el azar con un dado de seis caras.

Resulta imperante hablar de algo que ha caracterizado la narrativa de Junieles: su capacidad para hacer que las imágenes que va narrando tomen en la imaginación del lector un aspecto cinematográfico. Y es que gracias a la agilidad con que se cuentan las historias, la estructura de sus textos adquiere una simbiosis entre imagen y palabra que les brinda a sus escritos un carácter propio. Junieles, como Dios, como Alfred Hitchcock, no engaña, simplemente oculta datos.

El amor también es una ciencia no es la excepción, ya que a través del conjunto de historias esto se hace manifiesto, otorgándole al relato esa fluidez tan necesaria al momento de contar las historias. No es descabellado pensar que la literatura de este autor pueda estar a un paso de poder trasladarse a la pantalla grande, dado el potencial tan enorme que guarda para permitirle formar parte de este ámbito.

En conclusión, la capacidad creativa de Junieles nos transporta a través de *El amor también es una ciencia* a parajes insospechados, dignos de ser visitados gracias a las palabras que corren tan naturalmente por el libro, como el aire que

respiramos, y que nos hablan de lo esencial de la vida y la humanidad, esa necesidad de saberse ser humano y parte de un mundo que aunque se transforma no anula los orígenes que siempre nos acompañan, como el aire que respiramos”.

Hernando Salamanca
Escritor y periodista colombiano

* * *

Sobre *Barrio Blues*: “Hay gritos que por su brevedad y su oscura circunstancia nadie escucha. Hay otros que duran toda la vida. Muchos de estos últimos son un homenaje a esos primeros que pasan desapercibidos y en los que tiene lugar la auténtica angustia, el verdadero sufrimiento. Algunos, como *Aullido* de Allen Ginsberg, honran a una luna sempiterna de seres alucinados. Otros, como *El grito de Munch* o *Guernica* de Picasso, no necesitan emitir sonido y son el retrato de un siglo. La mayoría puede leerse en silencio, mientras la voz del autor retumba en nuestro interior. Es este el caso de *Barrio Blues*, el más reciente libro de poemas de J. J. Junieles.

Algunos de los poemas de la primera parte del libro, titulada ‘Como el pez que regresa’, son pequeñas crónicas de hechos que en sí mismos son poéticos, pero que extrapolados a los territorios del papel han precisado del ligero toque de mago del autor, para su fulguración. Así el poema sobre el extinto tigre persa que solo existe ahora en los libros, y que Junieles remata de manera magistral con un breve pero esclarecedor diálogo; o la nota sobre el *hibakusha* que sobrevive sucesivamente a las bombas de Hiroshima y Nagasaki, y que, con profunda reflexión, Junieles sustrae al territorio de lo atemporal.

Ya desde el epígrafe de Peter Handke, que elige ver la tierra para siempre en vez del cielo de los bienaventurados, Junieles deja en claro el deseo vital de mundanidad que subyace en *Barrio Blues*. En el extenso poema final, que conforma

la segunda parte y da título al libro, la voz poética que el autor asume —acaso motivado por la fatídica lección de Ícaro— desiste de emprender el alto vuelo de quienes aspiran a rozar el cielo con sus alas, y opta por campar en tierra, por elevarse como un grito desde la superficie de la tierra. Pues si hay alas en ese poema, están sucias de barro, tiesas y atrofiadas por el dulce peso del vivir. Lo cual no es para menos en un tiempo en que el delirio de grandeza ha hecho olvidar a los hombres el sentido de lo humano, de lo que realmente importa, y los avatares de esta vida ‘donde hay gente con el alma partida en dos, que solo es feliz cuando llueve’.

De allí que *Barrio Blues* sea un homenaje a la vida y se entretenga en el recuento de cada una de esas individualidades por medio de las cuales trasluce lo que, de modo inconsciente y desde siempre, hemos buscado, acaso con la esperanza de que resuma en sí todo lo demás: la esencia universal, el ser, Dios. Por eso las constantes enumeraciones, las referencias con nombres propios a personajes del barrio, las citas extraídas del cine o de la misma literatura, la pluralidad de voces, los acentos, las preguntas con que nos interpela directamente la voz poética, y en su imposibilidad de respuesta dan lugar a la multiplicidad de las mismas: ‘¿A dónde va lo que no vuelve, muchachos de Barrio Blues? ¿A dónde ponemos los sueños que nos quedan?’. Intenta tú, lector, responder y alimentar con tu respuesta esa creciente manigua.

En *Barrio Blues* tiene lugar el abigarrado recuento de lo cotidiano, de lo que pasa a diario en nuestras calles y rara vez es objeto de poesía. *Barrio Blues*, el poema, es un grito de más de treinta páginas, un mosaico para recordarnos nuestra pequeñez, la indiferencia con que nos arrebató la muerte, y el que la única grandeza posible está en asumirmos tal cual somos; es un manual para aprender que lo sagrado es cosa de esta vida, y que el cielo no está en otra parte, ni puede verse de mejor manera que tirados en la calle ‘como un muerto, mientras sientes al universo entero jadear en tus oídos’.

Me atrevo a afirmar que *Barrio Blues*, el poema, es el más fiel autorretrato de la voz de su autor, el poema que más lo traduce. En él, efectivamente, toma cuerpo la voz de este poeta del Caribe, el Junieles que se sienta a conversar en un parque, entretejiendo metáforas, filtrando citas, restregándonos en la cara algún refrán o haciendo uso de expresiones propias del habla popular cartagenera. Para el autor de este poema no hay palabras menores, todas las palabras valen, todos los registros cuentan y pueden por igual bañarse en el agua de la poesía y ser parte de ella.

A *Barrio Blues* toca rastrearlo por los lados del Ferreira Gullar de *Poema sucio* y su urgente necesidad de meter en unas páginas todo lo vivido, o, si se quiere, buscarlo en esa sumatoria de músicas, voces y lamentos que confluyen en cualquier esquina de ciudad un sábado en la tarde, dando forma a una oscura polifonía, que no es poema en su más estricto sentido, pero que, en su hacerse, roza más la hondura de la vida que cualquier poema, pues es la vida misma en su autocomplacencia, masturbándose frenéticamente como un mono. Lo mismo ocurre con *Barrio Blues*, donde sin poses ni amaneramientos, la voz poética sumerge sus manos en la vida y se unta de ella, olvidándose del cielo, o simplemente mostrando que no hay más cielo que este —como dijera Jorge García Usta— ni trapo con qué tocarlo.

Pero ‘¿En qué momento el cielo dejó de ser poema?’, nos pregunta en pleno vértice de su delirio J. J. Junieles. No hay manera de saberlo, pero la sola pregunta es ya noticia: el cielo dejó de ser poema y quedaron vueltas piezas de museo las antiguas palabras con las que cantarlo. De allí esta urgencia del poeta de dejar que la vida, sobre el blanco de la página, como un grito resplandezca”.

Rodolfo Lara Mendoza
Escritor y periodista
Filósofo de la Universidad de Cartagena

* * *

“*Barrio Blues* es un libro para ser leído una y otra vez con renovada emoción. Junieles nos entrega una poesía de lirismo sobrecogedor y claro aliento narrativo, íntima, universal y evocadora, donde la palabra y la imagen resplandecen sabiamente calibradas en un viaje nostálgico a través de lo sublime y lo terreno de la condición humana”.

Nayla Chehade

Profesora de Lengua y Literatura Latinoamericana, Universidad de Wisconsin-Whitewater, Premio Internacional de Relato Ana María Matute 2013.

* * *

“Si alguien quiere averiguar en dónde está la frontera desde la que escribe John Jairo Junieles, tendrá que buscar primero en sí mismo. Luego en su niñez, en sus amores, en los patios de su barrio, en los horizontes a los que lo llevó la vida. A todos esos sitios nos lleva *Canciones de un barrio en la frontera*, libro ganador de Premio Nacional de Poesía Ciudad de Bogotá 2002.

Aunque creció en Cartagena de Indias, no esperemos ver el mar como protagonista de su obra. Escribe más bien desde un lugar recóndito dentro de él, del que surge y al que se asoma. Porque los grandes escritores han descubierto que ningún hombre es un individuo, es una unidad. Todos somos al menos dos, y a veces más de dos. Está la persona que se reconoce, que experimenta, que transcurre. Y está aquella otra persona desconocida que nos habla desde nuestro interior y a la que de vez en cuando echamos una mirada. El uno se siente falsamente libre, y el otro falsamente encadenado.

Naturalmente, está el amor. Los amores grandes y los triviales, los que se tapan con un tatuaje y los que se consiguen

fumando un cigarro. El amor ideal, para el que reservan los mejores besos, el amor frustrado, el amor abandonado. No hay rencor en estos poemas. Es posible que haya desilusión y hasta desesperanza. Su prosa es elegante, pero sin ostentaciones, dotada de una enorme lucidez.

En definitiva, volviendo al asteroide, desciendo como un avión, planto los pies sobre la tierra y les digo: Lean este libro. Léanlo despacio, deténganse en las palabras; piensen sobre él. No digo piensen ‘en él’, porque lo realmente interesante es ver qué cuestiones les suscitan las palabras de Junieles, de qué modo los coloca en la frontera de ustedes mismos. Lleguen hasta el borde y miren más abajo”.

Juan Manuel Camargo González
Escritor, Premio Nacional de Cuento Ciudad de Bogotá 2002.

2003

Germán Espinosa

--

2004

Ramón Illán Baca

--

2005

Roberto Burgos Cantor

--

2006

Jorge García Usta

--

2007

Roberto Burgos Cantor

--

2008 • 2009

José Luis Garcés

--

2010

Jaime Manrique

--

2011

Óscar Collazos

--

2012

Alberto Salcedo Ramos

--

2013

Hazel Robinson

--

2014

Rómulo Bustos Aguirre

--

2015

Fanny Buitrago

--

2016

Álvaro Miranda

--

2017

Alonso Sánchez Baute

--

2018

Julio Olaciregui



John Jairo Junieles nació en San Luis de Sincé (1970), creció en Cartagena de Indias y vive actualmente en Bogotá. Ha publicado en poesía: *Temeré por mí al final de estas líneas* (1996), *Canciones de un barrio en la frontera* (2002), *Metafísica de los patios* (2008), y *Barrio Blues* (2015); en cuento: *Con la luz que me queda basta* (2007), *El amor también es una ciencia* (2009), *Todos los locos hablan solos* (2011), *La antología de cuentos Fotos de cosas que ya no están* (2015), y la novela *Hombres solos en la fila del cine* (2004)

Durante siete años fue periodista de la Oficina de Prensa del Festival Internacional de Cine de Cartagena. Ha sido profesor de Periodismo en la Universidad de Cartagena, en la Maestría en Escritura Creativa de la Universidad Nacional y de Guión en la Universidad Javeriana de Bogotá. Sus trabajos periodísticos han sido publicados en diario *El Herald*, *El Universal*, *El Tiempo*, revistas *Semana* y *Soho*, de Colombia. También en las revistas *Global*, de República Dominicana; *Karavan*, de Suecia, y *Ecos*, de Alemania.

En 2002 ganó el Premio Nacional de Literatura Ciudad de Bogotá-Poesía, en 2007 se le otorgó la Beca de Residencia Artística Banff Centre for the Arts de Canadá, obtuvo el X Premio Internacional de Poesía Nicolás Guillén (México y Cuba), y fue escogido por el Hay Festival de Literatura y la Secretaría de Cultura de Bogotá para ser parte del proyecto Bogotá 39. Sus cuentos y poemas aparecen en antologías de México, España, Argentina, Suecia y Colombia. También han sido traducidos al inglés, portugués, alemán y sueco.

Estudió Derecho en la Universidad de Cartagena y Gobierno y Asuntos Públicos en la Universidad Externado de Colombia-Columbia University, NY. Ha sido director de Comunicaciones de la Universidad de Cartagena, Alto Consejero en materia de cultura de la Gobernación de Bolívar, asesor de la Alcaldía de Bogotá y consultor de la Universidad Nacional de Colombia.



LEER el CARIBE

2019 • John Jairo Junieles

Organizan



Secretaría de
Educación Distrital
Alcalde Mayor de Cartagena de Indias



Apoyan



Universidad de
Cartagena

